

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA



**A FRANCISCO LO PERSIGUEN LOS DEMONIOS.
LA INFANCIA DE UN OBISPO DEL SIGLO XVII.**

ESTUDIO DE CASO

Que para obtener el grado de

MAESTRO EN HISTORIA

Presenta
ALEJANDRO JESÚS QUINTERO IÑIGUEZ

Director
Dra. Perla Chinchilla Pawling

Lectores:
Dr. Antonio Rubial García
Dr. Rubén Lozano Herrera

México, D. F.

2007

Tabla de contenido

Justificación.....	3
El problema a resolver.....	5
Desarrollo y contextualización.....	7
Problema teórico.....	10
El pensamiento y la cultura del barroco.....	10
Retórica y la cultura de la oralidad.....	12
A Francisco lo persiguen los demonios: Introducción	16
Francisco de Aguiar y Seijas.....	17
Conclusión	22
Noveleta.....	28
Cap 1...otros son los demonios.....	29
Cap 2...El origen de la fe y el miedo.....	43
Cap 3...Lejano el antecedente de la fatalidad.....	59
Cap 4...En el principio fueron Alonso y Mariana.....	74
Cap 5...De Angeles y Meigas.....	91
Cap 6...El hermano Antonio.....	104
Cap 7...Solo Meigas.....	119
Cap 8...De pecado, punción y penitencia.....	132
Bibliografía.....	143

A Francisco lo persiguen los Demonios

Justificación

El objetivo de esta tesis es divulgar una reflexión sobre la sociedad mexicana del presente al ofrecer un contraste con aquella sociedad que habitaba este territorio en el siglo XVII, a partir de la observación de los cambios y permanencias que se han dado desde entonces. El siglo XVII es ideal para poder observar esta diferencia porque es ahí donde se empieza a hacer visible la modernidad occidental, y es precisamente por eso que podemos observar que a partir de ahí, esos cambios y esas permanencias dan como resultado una sociedad contemporánea mestiza que ha mantenido rasgos de una sociedad tradicional novohispana, y a la vez una sociedad moderna, que genera esta forma híbrida de sociedad. Esta hibridación la observamos a partir de los cambios característicos de las sociedades modernas y las permanencias de lo premoderno:

- 1.- El tránsito de una sociedad basada en un código religioso que se estructura a partir de la verdad revelada por Dios a otra sociedad basada en un código científico cuya estructura está fundamentada en lo verdadero-falso de la ciencia.
- 2.- El tránsito de una sociedad estamentaria con una jerarquía basada en el linaje y las vinculaciones propiciadas por corporaciones, parentescos o relaciones clientelares dentro de unos mismos estamentos, a una sociedad igualitaria democrática como ideales, aunque de clases sociales, con agrupaciones basadas en la libertad de elección y el acceso por razones de educación y no por linaje.

3.- El cambio de una sociedad basada en la cultura de la oralidad sustentada por la retórica, a una sociedad basada en el impreso y sus posibilidades de complejización y discernimiento.

En la mezcla de estas particularidades se da la sociedad mexicana contemporánea, en la que se mantienen rasgos de una sociedad tradicional y se observan elementos de una sociedad moderna.

En la sociedad mexicana contemporánea se pueden observar rasgos de una sociedad tradicional claramente visibles en el siglo XVII como las creencias, la mentalidad religiosa, la verdad revelada, el apego a la tierra, lo artesanal, y rasgos de una sociedad moderna como la alfabetización, la urbanización, tecnificación, secularización.

En esta hibridación se pueden apreciar los espacios sociales donde no hay todavía instituciones formales que soporten las necesidades que resultan de esa mezcla de sociedades, y cuyas instituciones informales y fenómenos pueden ser, por ejemplo, el populismo, la economía informal, la corrupción, el nepotismo, la pérdida de identidad, las megalópolis.

El problema a resolver

La idea de esta tesis es la de ofrecer una aproximación al mundo del siglo XVII con la intención evidenciar al lector el contraste con la realidad presente y actual. Al explicar la sociedad del siglo XVII y algunas de sus características, se generará extrañeza en el lector contemporáneo. De esta manera, podrá identificar que en la sociedad mexicana del siglo XXI permanecen rasgos de la del XVII.

A través de la observación de los roles individuales podemos observar las generalidades, es decir, las instituciones articuladas por sus lugares comunes. Estas instituciones representativas de la sociedad cortesana novohispana ofrecen la posibilidad de ser contrastadas con las instituciones que dan cabida a la modernidad del siglo XXI.

La noveleta en la que se plasmará esta problemática, pretende ilustrar una época a través de personajes que realmente existieron. Sin embargo, las reconstrucciones biográficas presentan una serie de obstáculos tanto para el historiador-autor como para el lector. El contenido tiene que ser extremadamente preciso para satisfacer los requerimientos historiográficos, pero estos aspectos son en general escasos, por lo que no queda más remedio que generalizar y construir a partir de “la intuición” de lo plausible. El personaje a estudiar tiene que corresponder al ambiente general, por lo que sus rasgos excepcionales se aplanan en el tiempo narrado. Para plasmar lo normal de una época, el historiador-novelistas tiene que contrastar la normalidad del tiempo narrado para destacar sus rasgos excepcionales.

Se asume que esta noveleta histórica *A Francisco lo persiguen los demonios* intenta lograr un acercamiento temporal mediante la reproducción de la verosimilitud de un periodo

histórico concreto. Y entonces, más que a la vida de alguien en particular –Francisco de Aguiar y Seijas-, se refiere al entramado social de una época con una circunstancialidad determinada.

Se presenta la historia de un individuo en la que se pueden observar los discursos, las reglas y las instituciones a través de los que se traslucen los cambios y permanencias de una sociedad estratificada a otra con pretensiones democráticas y modernas.

En este trabajo de divulgación se observarán características específicas del siglo XVII como son la piedad del barroco, como una manifestación externa únicamente sostenida por la fe y las prácticas externas (corporales), y no por el razonamiento reflexivo como la virtud de la castidad, del propósito del dolor, de la flagelación como forma de expiación de los pecados, de la obediencia ciega sostenida por la fe, de la retórica como resultado de una cultura de la oralidad, en la que se persuade hacia lo bueno y en contra de lo malo frente a una cultura de lo escrito donde los ejes son los de la ciencia, lo verdadero y lo falso, a través de la argumentación.

Se eligió el formato de una noveleta para la presentación de este trabajo porque entra en el espacio de la divulgación a la luz de la historia cultural y la historia de la vida cotidiana.

La narración novelada de la historia transmite experiencias en las que el lector puede identificarse al verse reflejado. En ese sentido es el que permite la divulgación. Se puede establecer un vínculo entre el lector y el acontecimiento narrado.

Este es un trabajo histórico de divulgación que ofrece una visión panorámica del mundo occidental de la Nueva España que en el siglo XVII a través de la recreación de varios personajes que en su conjunto y en lo individual guían su acción a partir de “lugares comunes” que imperan en esa sociedad y que de su observación se pueden encontrar las

permanencias y cambios en la sociedad contemporánea. Los lugares comunes entendidos como los acuerdos sociales no cuestionados pero que pueden cuestionarse, que facilitan la comunicación y por lo tanto la reproducción social. Los lugares comunes son las redes que posibilitan la cultura. Son el anclaje fundacional sin los que no podría existir la cultura.

Desarrollo y contextualización

Este trabajo no es la biografía de un hombre. Es a través de esta biografía, que pretende funcionar como referente, que se presenta el proceso de la construcción de la fe en una sociedad que se reproducía a través de la culpa, como lo fue la sociedad del siglo XVII.

En este ejercicio histórico literario se abordan diversas realidades sociales. Como por ejemplo la inexistencia, en el XVII de la infancia como concepto social¹, o de cómo la alternativa de la vida religiosa no sólo era vista como vehículo de salvación, sino además como medio de asegurar la subsistencia en un tiempo marcado por la enfermedad y el hambre². En el texto se abordan también las causas que originan el derrumbe de un imperio, el paradójico surgimiento de los mitos de fe, o el límite, siempre sutil entre el dolor y el placer.

Es por ello que el repaso cronológico en la vida de Francisco de Aguiar y Seijas se centra en la infancia y la primera juventud, porque es en esa etapa donde tiene lugar la enseñanza de los dogmas y las fobias que se desplazan desde éstos (en la noveleta se aborda la fe y la misoginia) pero también es ahí donde se estructura la personalidad, en este caso una personalidad tan agobiada como congruente. La narración de una infancia permite explicar estos mecanismos.

Y aunque esto, los elementos que dan tensión dramática al texto, le suceden en particular a Francisco de Aguiar y Seijas, de algún modo le ocurren también, en general, a un reino, a una época. O a más de una época si se acepta que en el siglo XVII se generaba incipientemente eso que llamamos modernidad y que aún no termina de estructurarse en nuestro entorno.

A Francisco lo persiguen los demonios es una noveleta histórica en la que se pueden distinguir cuando menos dos vertientes generadoras. Una es desde luego la vertiente literaria, que se fue conformando tras la lectura de la novela histórica “*Los libros del Deseo*” de Antonio Rubial³. La otra vertiente es la histórica, que incluye un extenso trabajo de investigación sobre fuentes biográficas y de contexto, así como todo el andamiaje de una teoría de la sociedad.

Luego del análisis de “*Los libros del Deseo*” en los cursos de Historiografía e Historia social de México como parte de la maestría de Historia, se acordó la generación de un hipertexto, es decir, de varias noveletas que partieran de personajes o situaciones que aparecen apenas sugeridos o brevemente desarrollados en el libro de Rubial: personajes o situaciones secundarios o sutilmente incidentales en aquel libro y que luego irían creciendo en importancia hasta generar un volumen autónomo.

A Francisco lo persiguen los demonios es parte de un ejercicio colectivo, de un grupo de historiadores que buscan entender la realidad del México actual a partir de la comprensión de las contradicciones, empalmes y traslapes que se dan entre la sociedad tradicional y la moderna.

Este trabajo se trata entonces del desarrollo de personajes o situaciones que partiendo de su contexto literario original fueron luego rastreados a lo largo de su intrincado y no siempre

abundante contexto histórico. El Arzobispo de México, Francisco de Aguiar y Seijas, a pesar de haber sido un personaje importante dentro de la estructura de la iglesia católica del siglo XVII, dejó muy pocas pistas tras de sí, y es difícil obtener referencias de su persona⁴.

Así, y partiendo de un punto de realidad, es decir, desde antecedentes extra literarios, se fue profundizando en la investigación con el objetivo de atar los escasos cabos sueltos que constan al respecto de su *sui generis* historia. La reconstrucción literaria de la vida de Aguiar y Seijas parte de su aparición en la novela de Rubial.

A Francisco lo persiguen los demonios se desprende entonces de este hecho mínimo y lleva al lector por un entretejido de realidades y ficciones, entremezclando datos de personas y contextos reales con interpretaciones subjetivas. Se recrea un pasado que siendo de suyo incognoscible, a partir de la investigación histórica es al menos parcialmente imaginable.

Así, se da un presente literario (el que plantea Rubial en su novela en el año de 1667) y se propone un viaje en sentido contrario al fluir del tiempo con la pretensión de reconstruir al menos una aproximación del pasado de Aguiar y Seijas. La investigación historiográfica cuenta con numerosas fuentes, ya que este personaje nace en Santiago de Compostela para luego trasladarse a la Nueva España. Su vida y los documentos que dan testimonio de su existencia, así como del contexto social en el que vivió se encuentran en los dos continentes.

Los tres aspectos historiográficos específicos a resaltar este trabajo que definen y caracterizan la mentalidad del siglo XVII son: 1. El pensamiento y la cultura del barroco, 2- la retórica, cultura de la oralidad y 3, la fe y la religión.

Problema teórico

Este trabajo de divulgación tiene como objetivo central presentar el contraste entre sociedad tradicional frente a sociedad moderna, donde las sociedades tradicionales trabajan con códigos teológicos, la última verdad está en Dios. En estas sociedades todo se transmite oralmente, son sociedades estamentarias que tienen códigos retóricos, mientras que la sociedad moderna tiene un código de referencia científico, no es una sociedad estamentaria sino de clases. La sociedad moderna es predominantemente urbana, mientras que la antigua es predominantemente rural.

El pensamiento y la cultura del barroco

José Antonio Maravall señala que el barroco no sólo es un estilo arquitectónico o un concepto de estilo. Describe relaciones intersociales, donde no es posible separar la cultura de la sociedad.

El barroco desde esta perspectiva no es un amaneramiento, sino una forma de conducta en un periodo específico en el mundo del mediterráneo y en las cortes de ese mundo, incluida Hispanoamérica.

Dice Rosario Villari en *El hombre barroco*:

“La conflictividad <<barroca>> ha impresionado a los historiadores por su intensidad, por su difusión y por la influencia que tuvo en el modo de pensar y de obrar. El choque de ideas, político y religioso, la continuidad y amplitud de la guerra, el crecimiento del antagonismo social, la revolución, las puntillosas cuestiones de precedencia en la cotidianidad del ritual administrativo y eclesiástico, la frecuencia del duelo han parecido caracteres propios del periodo.”⁵

El origen de la palabra barroco es peyorativo – una perla mal formada. Durante la ilustración, el uso del término sigue siendo peyorativo, pero en el siglo XX ya se utiliza para la descripción de un periodo histórico del siglo XVII.

Convendrá entender que el XVII es un siglo de admiración y temor, una época donde aún suceden los prodigios, época de apariciones tanto milagrosas como demoniacas.

“La convivencia de tradicionalismo y búsqueda de novedades, de conservadurismo y rebelión, de amor a la verdad y culto al disimulo, de cordura y locura, de sensualidad y misticismo, de superstición y racionalidad, de austeridad y consumismo, de la consolidación del derecho natural y la exaltación del poder absoluto, es un fenómeno del cual cabe hallar innumerables ejemplos en la cultura y en la realidad del mundo barroco.”⁶

La sociedad barroca basa sus relaciones en una estructura estamentaria y cortesana. Todo esto es relevante en la actualidad porque permite entender el criollismo que lleva al nacionalismo y que define a la nación mexicana y su complejidad actual como una sociedad híbrida.

“La sociedad barroca es un cuerpo, un organismo social donde cada elemento no sólo tiene un puesto y una función bien determinados sino que está estructurado y organizado en su interior según jerarquías reconocidas y aceptadas.”⁷

Hasta el siglo XVII existe una sociedad rural que obedece en términos jerárquicos. Es religiosa y autoritaria. Al emerger el impreso, la sociedad urbana se fortalece con posibilidades de saber y esto posibilita el barroco: la vulgarización de la sociedad cortesana.

El barroco también es una reacción del poder para controlar la dispersión. Las instituciones que tienen el poder, utilizan el conocimiento para persuadir al resto de la sociedad sobre las ventajas de la permanencia. El resultado es un cambio orientado a mantener el *estatus quo*.

“El aspecto peculiar de la conflictividad barroca no está tanto, en efecto, en la oposición entre los diversos sujetos, cuanto en la presencia de actitudes aparentemente incompatibles o evidentemente contradictorias en el seno de un mismo sujeto.”⁸

Este conflicto entre cambio y permanencia, obliga a la sociedad y a las instituciones a observarse desde afuera. Este es el inicio de la modernidad.

Retórica y la cultura de la oralidad

“... en la propuesta de que en el siglo XVII, pueden empezarse a percibir los rasgos del paso de una ‘cultura oral’ al de una ‘cultura de la escritura impresa’, que es, en términos comunicativos el equivalente de la sustitución de una sociedad cuyo código de referencia es ‘teológico, por otra que se auto describe a través de uno ‘científico’ o, en términos más generales, el paso de la ‘sociedad tradicional’, rural, a la ‘sociedad moderna’ urbana, en Occidente.”⁹

Las culturas que se basan en la oralidad tienen poco soporte de memoria, la comunicación redundante, repetitiva, es una construcción poética que rima y tiene una estructura que permite recordar y unificar la recordación. Debido a esta estructura queda limitada a la incorporación de nuevos datos. Es reiterativa. El orador, la oración.

La sociedad barroca es estratificada. La base de la pirámide es sólo oral y las elites tienen acceso a los textos, pero son base memorística de la emisión oral. La lectura entre líneas es interpretada por elegidos que administran la verdad revelada, es teológica. La escuela, la

iglesia y los maestros son formas de control, conducción social que facilita la reproducción de la sociedad, impide la disolución de los lugares comunes. El lugar común se presenta como una guía para la acción.

La verdad completa, total, sólo la conoce la autoridad máxima y cómo desciende en la pirámide. Se le tiene que administrar para que no le haga daño, le haga mal. La verdad es revelada para quien es bueno y virtuoso, se le revela sólo a unos pocos.

Emanuel Swedenborg (1688-1772), explica el papel de la Iglesia en la cosmovisión de la época:

“En la tierra encontramos la Iglesia, definida como <<el cielo del Señor en la tierra>> (§57). En el mundo, la Iglesia cristiana es responsable de enseñar a los fieles la cosmovisión adecuada, esto es, todo sobre los diversos mundos espirituales que rodean y envuelven el *mundus*. ”¹⁰ (*sic*)

El último interés del orador es el de persuadir por encima del demostrar. Esta estructura comunicacional está fundada en dicotomías: verdad o error, bueno o malo, abundancia o escasez.

El uso de los lugares comunes tiene la función de reducir la complejidad para hacer accesible a un grupo amplio la realidad social. Los límites entre la realidad y ficción están en las creencias o lugares comunes en los que se mueve la sociedad.

“Quienes están iluminados ven también que bien y mal son dos cosas opuestas, como opuestos son el cielo y el infierno, y que todo bien procede del cielo y todo mal del infierno”¹¹

La historia en la sociedad tradicional sirve para explicar el origen, ya que al explicarlo se explica la sociedad. La historia era entonces literatura moral, estaba en un espacio

moralizante para la reproducción de lo bueno y la designación de lo malo. La historia se presenta entonces como maestra de vida, legitima una tradición, le da validez. La historia sirve para aprender del pasado diferentes lecciones, pero también presenta una versión del futuro.

En el siglo XVII entre España y América los espacios geográficos son distintos pero las mentalidades son las mismas. Las estructuras son las mismas: son jerárquicas, propias de una sociedad estamentaria. Las elites “colonizan” con sus representaciones (imaginario) y establecen cuáles son las características que definen los roles.

La modernidad empieza cuando se rompen ciertos lugares comunes, los cambios observados desde la historia social. La sociedad moderna produce primordialmente un género literario: el científico. El género científico se basa en argumentos y persuasión, su código binario es verdadero – falso.

La escritura rompe con el paradigma de la oralidad en más de un sentido, ya que funciona como el sustento de la memoria. Esto permite aumentar la complejidad en todos los aspectos sociales, establece una distancia temporal de los acontecimientos, permite el análisis, la crítica, el cuestionamiento radical. Le da al poseedor del conocimiento la capacidad de ver la otredad, de distinguir entre los argumentos y la persuasión, se construye la “observación de segundo orden.”

La llegada de la escritura también revoluciona las formas en las que la Iglesia imparte su conocimiento. La reiteración de la retórica se hace cada vez más evidente para las audiencias, y es necesario encontrar nuevas formas de expresar la Verdad de Dios sin caer en la repetición. Los sermones durante esta época comienzan a escribirse y a transformarse en creaciones artísticas.¹²

La verdad deja de ser revelada y comienza a construirse, aparece a la distancia, es necesario aprenderla y alcanzarla. Los lugares comunes comienzan a cuestionarse, se relativizan. La imprenta permite la argumentación, la reproducción, difusión y repetición del conocimiento. Las instituciones religiosas comienzan a perder poder, el de la exclusividad del acceso al conocimiento nuevo.

La filosofía sustituye a la teología. De una construcción retórica se pasa a una construcción científica. Las audiencias se especializan, se le escribe a un lector ideal. La ruptura de estos lugares comunes propicia la fractura de esa cultura. De este modo la sociedad moderna puede observar una cultura diferente, otros lugares comunes distintos a los propios. Se permite la observación del segundo nivel, por ello se dificulta la definición de la cultura.

La modernidad también se caracteriza por la obsesión por el cambio y la novedad. La mayor parte de los juicios modernos giran alrededor de las dicotomías, permiten ofrecer juicios morales a partir de principios estéticos.

La forma de hacer historia también cambia con la modernidad. La historia moderna tiene diferentes versiones del mismo hecho y las acepta. La antigua tiene varias, pero dice que sólo hay una verdad. La pluralidad de versiones es lo que permite encontrar la verdad, esto es lo que le quita a la iglesia la verdad absoluta y única, le permite explicar las acciones de los hombres por las acciones mismas.

El cambio se construye a partir de la obsolescencia y no en el retorno a los orígenes. Para lograr el cambio es necesario refutar algo pasado, lo que resulta en un estado de melancolía.

Como ya se estableció anteriormente, la sociedad tradicional funciona con una verdad revelada y la sociedad moderna trabaja con una verdad construida.

A Francisco lo persiguen los demonios:

Introducción

Francisco de Aguiar y Seijas nace en Compostela, que en aquellos años era medida media, es decir, que atravesaba por la misma crítica situación por la que atravesaban las ciudades en la península, no era representativa de la totalidad del reino, pues las crisis de enfermedad y hambre se acentuaban aún más en el campo, un campo que a su vez enviaba a sus desprotegidos a acrecentar el cúmulo de menesterosos en las ciudades.

“Al siglo XVII se le conoce por ser el periodo de la decadencia. Crisis demográficas son las que afectaron principalmente al interior de la península. También la política exterior y numerosas guerras provocaron la pérdida de la supremacía del reino español en el mundo”¹³

El reino atravesaba por una crisis de despoblamiento, y para intentar revertir esta tendencia se estimulaban (a más de la inmigración) tanto los matrimonios como a los nacimientos con recompensas e impuestos¹⁴. Aunque se desconoce la fecha del matrimonio de los padres de Aguiar, es válido suponer que sucede en este contexto, en el año de 1626, pues un año más tarde nace Francisco, en pleno año santo.

Ante el despoblamiento de la Península, el reino había abierto las puertas a los inmigrantes con la intención de obtener mano de obra en el campo para que sustituyera a la expulsada población morisca, pero esta medida no da resultado, y estos grupos extranjeros terminan engrosando el bando de los desocupados, a dedicarse a la mendicidad¹⁵. Un caso específico es el de los irlandeses, entre los que se encuentra “la Meiga”¹⁶, que llegaron al territorio en medio de peregrinaciones paganas de los celtas.

Además, en lo social este es un periodo ajetreado, y la incapacidad de Felipe IV arroja al imperio hacia el desastre. Primero, los malos manejos diplomáticos ante las innumerables revueltas que, por ejemplo, terminan con la independencia de Portugal. Y segundo, las no menos malas estrategias militares en la guerra contra Francia, donde en una sola batalla se pierde la flota hispanoflamenca.

Durante el siglo XVII no existe el concepto de la infancia¹⁷. Se veía más como un proceso de transición a la edad adulta. Y aunque es precisamente en este siglo cuando entre las familias europeas de estrato alto, con prestigio, se inicia la conceptualización y reconocimiento de la niñez, a Francisco le toca aún un trato distante por parte de sus padres. Como parte del entorno mágico aceptado como real en ese tiempo, Aguiar tiene la peculiaridad de ser acompañado, en su primera infancia, por ocho ángeles custodios (símil de los ocho ángeles que custodiaron la cueva del sepulcro del apóstol.)

Francisco de Aguiar y Seijas

Para ilustrar las sociopatías de la época, Francisco de Aguiar y Seijas se presenta en la noveleta como un hombre “puro”, recto, misógino. Sirve para resaltar vicios y virtudes. El poder de Dios y su representante en la tierra. Es un personaje prototípico que permite encontrar y representar los lugares comunes. A partir de ahí se reproduce la vida cotidiana, los vestidos, armas, banquetes, bodas y funerales. Aguiar representa la verdad absoluta, Dios está con él. El pecado es un cáncer que hay que cortar, un hombre con una misión. El mandato de la Providencia.

Aguiar y Seijas es un personaje tan oscuro como consecuente, un hombre de firmes convicciones y prédica severa, acompañada siempre de un ejemplo rigorista, que sin

embargo es recordado por la historia más bien como alguien que no soporta la visión o el contacto con las mujeres (lo cual desde luego también fue cierto) perdiéndose sus otras características.

“Don Francisco era aprensivo, de una ardiente imaginación; la vista de las mujeres lo enajenaba y debía batallar contra sí mismo y decir que antes quería estar en un horno que tener semejantes pensamientos. Hombre de grandes pasiones, debió practicar la castidad en grado heroico y se construyó su propia cárcel y su propio tormento”¹⁸

En la novela de Rubial encontramos a Francisco de Aguiar y Seijas todavía en Santiago de Compostela, en el año de 1667. Entonces hace poco ha sido nombrado canónigo penitencial de la catedral de Santiago y está por recibir el nombramiento que lo alejará no sólo de su amada ciudad sino también de sus juramentos, para llevarlo a la Nueva España, donde habrá de terminar sus días con más pena que gloria. Aguiar es en ese momento un adulto en la edad madura, ya sus prejuicios y convicciones son inamovibles, pero de algún modo está ahora consciente de su limitada aportación en la lucha contra el mal que no sólo siempre lo supera, sino incluso a menudo lo envuelve.

Se le conmina entonces a interrumpir su devoto servicio al apóstol de Compostela para embarcarse, literalmente, en una empresa que está por encima tanto de sus posibilidades como de sus expectativas. Proyecto que además, le hace confrontar uno de sus principales miedos, su fobia al agua.

“De hecho, sus verdaderos tormentos se iniciaron cuando el rey le ofreció la ya muy importante mitra de Michoacán, porque en España nunca trató a una mujer y su nuevo cargo podía obligarlo a visitarlas.”¹⁹

Su nombramiento se debe principalmente a que se trata de un hombre congruente, no necesariamente excepcional (aunque en muchos sentidos la congruencia sea excepcional).

Fuera de la lógica de los poderes y las componendas dentro de la iglesia, lo que para los otros era un motivo de júbilo, para alguien como él era motivo de una profunda mortificación.

La de Aguiar y Seijas era una vida de claustro procurando el rigor y la disciplina, creyendo en que el único método para conservar sus virtudes era tanto el servicio a Dios como el castigo corporal.

“Durante los últimos meses de su vida, muy enfermo, no prescindía de los cilicios: traía uno de acero tan metido en la carne que los médicos debieron cortarlo con sierra y tenazas. Murió con un cilicio muy apretado y una cruz colgada de una cadenilla erizada de púas.”²⁰

Es importante destacar en la vida de este personaje la presencia constante del mal pertinaz, que ha ido acompañándolo siempre desde la infancia, y que históricamente se muestra en la encarnación del mal como cualidad femenina²¹, la meiga, mal-mujer, mal-bruja, mal-tentación²². Una hechicera que no envejece ni llama a nadie la atención, sólo a él, un mal particular, una bruja sólo para él.²³

Temeroso del pecado, Francisco de Aguiar y Seijas, como era usual en la época, se vale para mantenerse firme de la ayuda de sus instrumentos de orden: cilicios y disciplinas. Ve en el cuerpo un vehículo débil, y lo utiliza para pagar las consecuencias de tener un espíritu endeble que no logra controlar con sus pensamientos. Esta práctica representa la frustración que lo acompaña desde su infancia, cuando siendo monaguillo descubre que nunca podrá ser santo.

Detrás de todo este fanatismo se encuentra el deseo, reprimido, oculto por la presencia constante del pecado, que está esperando al final de todos los caminos, incluso al final del camino más resignado, tortuoso, de sufrimiento.

Uno de los rasgos más importantes de la personalidad de este personaje es su odio a las mujeres, a quienes culpa tanto por tentarlo a él como por ser causantes de la perdición de su padre, quien muere envuelto en situaciones bochornosas, a consecuencia de los excesos de la carne.

Francisco de Aguiar y Seijas encuentra en el dolor un sentido de vida. El empeño en el cumplimiento de una tesis mediante la cual no existe camino a la santidad más certero que el del sufrimiento.

La historia del Apóstol Santiago es importante en el desarrollo intelectual de Aguiar. El desprecio con el que fue tratado cuando llegó a la Península, su figura maltrecha y fatigada parecía que no podría cumplir con su encomienda hasta la aparición de la Virgen Santísima²⁴, que le ayuda en su misión. Su sepulcro se encuentra ochocientos años después, en una noche de milagros y acontecimientos mágicos.²⁵

El padre de Aguiar plantea un tratamiento de lo ocurrido menos mítico, pero más cercano a las conveniencias políticas y sociales de la época. Tanto la iglesia como la Corte de Alfonso II vieron en el descubrimiento de un sepulcro la posibilidad de incorporar a los peregrinos paganos al cristianismo, y ahorrarle a los cristianos el tener que peregrinar a Roma.²⁶

El papel de su madre es determinante en la conformación del adulto. La contradicción entre la idea de madre – santa y madre – pecado, contribuyen a un futuro donde la mujer encarna al pecado. Es además su madre quien desea que Francisco consagre su vida al apóstol Santiago, a la iglesia. Es por la devoción materna que Francisco idealiza la imagen del

apóstol junto con el impacto que dejan en él las numerosas y tumultuosas peregrinaciones al sepulcro. También contribuye a la seducción la impresionante arquitectura de la Catedral de Santiago de Compostela²⁷, misma que conoce de la mano de su madre y recorre todas las capillas y oratorios.

Los emblemas de linaje se fundan a través del mito del hallazgo del sepulcro del santo por una parte y de la aparición del Apóstol en la Península por otra. Estos dos factores posicionan a la familia Aguiar en una sociedad proclive a relacionar los escaños sociales con cierta relación a lo divino. La adecuación de los orígenes míticos servían para el posicionamiento de las familias en el entramado social.

La familia Aguiar cuenta con un aura de prestigio derivado de una supuesta cercanía familiar con el primer Apóstol martirizado, incluso desde los tiempos en que este cumplía con la difícil encomienda de evangelizar la península²⁸.

Las instituciones juegan un papel importante, porque son las que permiten o limitan el cambio social. Es importante entender la ubicación del personaje dentro de esas instituciones, porque son las instituciones las que validan su conducta en su espacio.

En ese entonces tener un hijo dentro de la estructura clerical era visto como un signo no sólo de gratitud con Dios, sino de distinción social. Para alcanzar esta distinción, y motivados también por la crisis económica, en esa época era común la práctica de los “donados”, niños que se abandonaban en las puertas de los templos, seminarios o conventos, que hacía crecer a un clero improductivo.

La institución religiosa también se encontraba en crisis por el elevado número de personas que se acercaban a ella atraídos los menos por la fe, los más por la oferta de casa y

sustento.²⁹ Eran tiempos donde eran propicios los misterios, los prodigios y las revelaciones, tiempos donde era importante consolidar la fe.

Las condiciones que enfrentaba la Iglesia en las Indias eran complicadas, el pecado corrompía la mayoría de las almas, según la información que se llevaba a España.

Conclusión

Así pues, *A Francisco lo persiguen los demonios* es una noveleta histórica, novela y por ello literatura, en tanto logra una representación de la verdad a través de la metáfora, histórica porque a partir de documentos y narraciones históricas conserva la plausibilidad en lo sucedido (o aceptado como sucedido) en otro tiempo.

Como todo relato histórico se trata de una metáfora que intenta representar al pasado de manera realista, y que para lograr esta representación se vale de tres niveles atendidos por igual en su realización: el estético, el científico y el ético.

Es una narración que hace de una parte del pasado un presente encerrado por un texto, con la intención de explicarlo, de aprenderlo, de comprenderlo. Y si bien queda claro que el punto de vista modifica de algún modo la veracidad del acontecimiento, en este caso se dieron múltiples modificaciones: para la construcción de este texto confluyeron muchos puntos de vista de diferentes estudiosos; tanto de la historia y la ciencia histórica como de la literatura. Diferentes puntos de vista sobre una particularidad temporal, el siglo XVII en Europa y las Indias de Castilla.

Este ejercicio reconstructivo da margen para, por un lado, asistir al suceso con curiosidad y por otro, para entender el azoro y la perplejidad de los actores históricos.

A Francisco lo persiguen los demonios es una aproximación histórica, y en tanto que aproximación resalta el trabajo que el historiador tiene siempre que realizar, dependiendo invariablemente de fuentes indirectas, de observaciones que en el mejor de los casos son de segundo nivel.- Y que sin embargo, son lo único con lo que cuenta para intentar comprender y de alguna manera reconstruir el pasado.

Tarea compleja, ya que siendo de suyo la naturaleza del tiempo discordante, el trabajo del historiador es el de dotarlo de alguna concordancia al ser narrado.

Por último, cabe aclarar que para la historia del mundo el siglo XVII es muchas cosas y dentro de ellas sólo una parte tiene que ver con la debacle del reino de Castilla, sólo una parte, aunque fundamental, tiene que ver con la condenación de lo femenino, que en adelante transitará de lo malo, en tanto que imperfecto e inacabado, a lo maléfico, en tanto que causal de nuevos males.

Es pues un siglo de temores y “crisis” de identidad social, donde la religión y la moral exaltan a los sentidos, pero no a lo sensual, en tanto que son estos, los sentidos, las puertas del pecado.

El principal objetivo de este producto de divulgación sigue siendo provocar extrañamiento en el lector, para que a partir de la confrontación con la realidad del siglo XVII observe los cambios y las permanencias en la sociedad del XXI.

La noveleta pretende mostrar al lector el tránsito de una sociedad fundamentada en un código religioso, estamentaria y basada en la oralidad, a otra sociedad moderna que se desarrolla en torno al código científico y verdades verificables, que pretende ser igualitaria y democrática, con reconocimiento de las libertades individuales y que está basada en el impreso y con todas sus posibilidades de complejización y discernimiento.

La sociedad mexicana actual es el resultado híbrido del barroco y la modernidad. A *Francisco lo persiguen los demonios* pretende, a través de la identificación del lector con los acontecimientos narrados, mostrar esta paradójica mezcla de ideas y estructuras sociales.

¹ Véase Ariés, Philippe, El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen.

² La abundancia de eclesiásticos explica que en 1689, durante el ministerio del conde Oropesa, se dirigiera la siguiente circular a todos los prelados de España: ‘ El número de los que se han ordenado de las primeras órdenes estos últimos años es tan grande que apenas se halla un mozo soltero en muchos lugares que no esté ordenado en ellas; y muchos de crecida edad, después de haber enviudado, las procuran y consiguen, y casi todos desean para gozar del privilegio del fuero, vivir con más libertad, excusarse de pagar tributos y otros motivos temporales’. Atendiendo a todo ello, se les exhorta a suspender temporalmente las ordenaciones sacerdotales. (I p44)

³ Rubial, Antonio. Los libros del deseo. Grijalbo, México, 2004

⁴ Basta como muestra de la dificultad que el rastreo de Aguiar plantea, el hecho de que dentro de la historia de los arzobispos de la Nueva España, la misma Iglesia le confiere muy pocas líneas.

⁵ Villari, Rosario. El hombre barroco. Pp.13

⁶ Villari, Rosario. El hombre barroco. Pp. 14

⁷ *Ibidem* Pp 15

⁸ *Ibidem* Pp 13

⁹ Chinchilla, Perla. De la compositio Loci a la república de las letras. Pp. 12

¹⁰ Swedenborg, Emanuel. Del Cielo y del Infierno. Pp.20

¹¹ *Ibidem* Pp. 474

¹² Véase Chinchilla Pawling, Perla. De la compositio loci a la república de las letras.

¹³ Vives, Vicens. Historia de España y América Social y Económica. Vol.3, España, Vicens Bolsillo, 1972

¹⁴ En 1623 se eximió del pago de toda clase de tributos durante dos años a los que contrajeran matrimonio, y por cuatro años más del pago de impuestos comunes. Se prohibió la migración; en las grandes ciudades se establecieron registros especiales para anotar las salidas y entradas de los vecinos, y se limitó a dieciocho criados la cifra máxima de servidumbre en las casas nobiliarias. (I p26)

¹⁵ Pedro Fernández de Navarrete se queja de que muchos emigrantes irlandeses establecidos en el país para subsistir a la población morisca, no se dediquen al trabajo sino a la mendicidad.

¹⁶ La Meiga es una bruja que acompaña a Francisco de Aguiar y Seijas durante su vida. La ve constantemente y para él representa la maldad encarnada en la feminidad. La idea de las brujas o meigas en el norte de España son aquellas que vuelan por las noches para reunirse con el demonio, se transforman en animales y entran a las casas de los vecinos para chuparle la sangre a los niños. Estas mujeres cuando se reúnen hacen cosas como admirar al diablo besándole el ano. Véase Villari, Rosario, *El hombre barroco...*

¹⁷ Philippe Ariés en *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen* describe como los niños lo oían, lo veían todo. La educación sólo empezaba alrededor de los siete años, donde se les empieza a imponer una discreción que a los niños más chicos no se les exige porque a los menores de esa edad no se les considera una persona, se les ve con indiferencia con respecto a la sexualidad. No es un ser racional, no puede concebir el pecado.

¹⁸ Benítez, Fernando. Los demonios en el convento. Pp96

¹⁹ *Ibidem* Pp.95

²⁰ Benítez, Fernando. Los demonios en el convento. Pp. 97

²¹ “A partir del último tercio del siglo XVII, cada uno ve al diablo a su manera, bajo la forma que más le conviene”. En Muchembled, Robert. Historia del Diablo siglos XII- XX.Pp. 189

²² En los tratados de la época son frecuentes las referencias a los deseos sexuales y a la conducta general de las brujas. Este hecho parece indicar que los clérigos albergaban profundos temores ante la tentación sexual, que era especialmente poderosa entre unos hombres que habían escogido una vida de castidad.” Levack, Peter en El hombre barroco. Pp.301

²³ “La bruja era una aliada de Satanás que estaba activamente comprometida en la ejecución y propagación del mal. Se dedicaba a dar la vuelta a todo el orden moral, desafiando las normas no sólo del cristianismo, sino de la propia sociedad.” Leavak, Brian en El hombre barroco. Pp.294

²⁴ Los Hechos de los Apóstoles relatan que éstos se dispersaron por todo el mundo para llevar la Buena Nueva. Según una antigua tradición, Santiago el Mayor se fue a España. Primero a Galicia, donde estableció una comunidad cristiana, y luego a la ciudad romana de Cesar Augusto, hoy conocida como Zaragoza. La Leyenda Aurea de Hacobus de Vorágine, cuenta que las enseñanzas del Apóstol no fueron aceptadas, y sólo siete personas se convirtieron al Cristianismo. Estos eran conocidos como los “Siete Convertidos de Zaragoza”. Las cosas cambiaron cuando la Virgen Santísima se apareció al Apóstol en esa ciudad, aparición conocida como la Virgen del Pilar. Desde entonces la intercesión de la Virgen hizo que se abrieran extraordinariamente los corazones a la evangelización de España. Véase *La vida de los santos de Butler...*

²⁵ El hallazgo de la tumba ocurre en un momento providencial. Los cristianos se encontraban abatidos bajo el imperio del Islam, y la fe cristiana corría el peligro de ser erradicada. La lucha por la reconquista duró hasta el año 1492. Ese largo periodo de tiempo forzó a los cristianos a una guerra de supervivencia en la que se apoyaban del auxilio del Apóstol y de la Virgen Santísima. Véase *La vida de los santos de Butler...*

²⁶ En la edad media, todos los caminos conducían a Santiago de Compostela. Jerusalén había sido conquistada por los moros y los cristianos no podían peregrinar allí. Quedaban como principales

lugares de peregrinación Roma y Santiago de Compostela, la ciudad, localizada en el extremo noroeste de España y por lo tanto de Europa. Véase *La vida de los Santos de Butler...*

²⁷ “La actual Basílica compostelana es suprema y definitiva creación del arte románico (...) con obras ojivales, platerescas, neoclásicas y barrocas es la tercera que se levantó sobre el legendario sepulcro del Apóstol. El obispo don Diego Peláez emprendió la obra en el año 1075. Don Diego Gelmírez consagró sus capillas en 1105.” Aguado, Afrodisio. España Turística 9ª edición. España, 1973

²⁸ Lo único que se sabe con certeza acerca de Santiago el Mayor, es lo que nos dice la Sagrada Escritura. Se ha discutido enormemente el problema de la relación de Santiago con España. Dicho problema comprende dos cuestiones diferentes: la de la evangelización de España y la de la autenticidad de las reliquias de Compostela. Casi todos los historiadores no españoles niegan ambos hechos. Dichos autores arguyen que, dado que Santiago fue martirizado en el año 44, es muy difícil que haya tenido tiempo de evangelizar España, y que la leyenda era desconocida en España antes del siglo VII. En cuanto a las reliquias, aunque no es imposible que las que se hallan actualmente en Compostela sean las mismas que había en el santuario medieval (que estuvieron perdidas por un tiempo), resulta siempre difícil probar la autenticidad de las reliquias medievales, y en este caso, ello es punto menos que imposible. Sin embargo, los historiadores españoles defienden apasionadamente la leyenda. Véase *La vida de los santos de Butler*

²⁹ Necesario es confesar que a muchos les llevaba al claustro no tanto sincera vocación como otros mundanos motivos, como la pobreza de la tierra y el buscar medio cómodo de asegurar la existencia, y por otra parte el que la Iglesia abría sus puertas a todo el mundo y era fácil cambio para llegar a las mayores dignidades del Estado.

**...en verdad te digo, que así como todos los
cuerpos arderán sin clemencia en el
infierno, así, en cambio, las almas todas
han sido, son y serán siempre salvas...**

David el Ateo
*Enviado a la pira por el Santo Oficio,
Ciudad de Lisboa, en el año del Señor de 1617.*

UNO

OTROS SON LOS DEMONIOS

En cuanto Francisco de Aguiar y Seijas atravesó la portería lo rodearon una docena de mendigos que, empujándose con la tosquedad de siempre, le arrebataron entre insultos los panes que cargaba entre los brazos. De poco valió que el canónigo conminara a los mendigos para que oraran y se arrepintieran de sus pecados antes de romper el ayuno, pues los mal vivientes devoraron los mendrugos ignorándolo, e incluso, muestra de la rudeza de los tiempos, alguien molesto por la magra calidad de la limosna le dio al religioso primero un empujón en la espalda, y luego un manotazo con poca convicción que sin embargo logró despertarle a Francisco el dolor en las heridas todavía frescas, en las laceraciones resultantes del infaltable castigo matinal; heridas abiertas por el buen trabajo de unas disciplinas eficientes y pertinaces que con el paso de los años habían mostrado contundencia, logrando incluso transformar, a fuerza de golpearla una y otra vez, la geografía de su espalda.

Francisco de Aguiar dejó de insistir en la importancia de la oración matinal y echó a andar. Y entonces, mientras recorría las calles lodosas, adentrándose en los últimos misterios de la ciudad y de la noche, Aguiar sintió un fuerte ardor en la espalda, y notó cómo unas gotas tibias y densas habían sido convocadas en un pequeño riachuelo sanguíneo, un hilo escarlata que escurrió lento, primero por el omóplato, para luego buscar el modo de encauzarse entre el surco de la columna.

A esas alturas de la vida, hacía mucho que para Francisco de Aguiar y Seijas ya no había dolores nuevos.

Pese a la molestia que suponía el roce del pesado jubón con sus laceraciones, el canónigo se recompuso pronto de ese sutil dolor, y de nuevo instaló en su rostro el gesto adusto que le caracterizaba. Continuó andar sin distracciones, retomando rumbo sin más dilación por entre las callejas oscuras, lóbregas, tortuosas, donde el amanecer aún no era ni tan sólo una promesa.

Y ahí fue que por fin, como lo temía, la miró, a la Meiga, en lo alto de la calle. Era apenas una silueta oscura, una mancha siniestra a lo lejos que luego de tantos años de verla a diario no requería ya de más presentaciones: la Meiga. Esa mujer intemporal que disfrazaba sus demoníacos meigallos¹ tras la apariencia de una mujer devota, que profería sus hechizos desde su boca de viuda, una mujer siempre generosa con la iglesia y que, justo era reconocerlo, había sido fiel a la promesa de acompañar a Francisco durante toda su vida. Porque la Meiga nunca faltó a su juramento de ponerlo a prueba de fe una y mil veces, de tentarlo con todos los ardides imaginables. La Meiga, que finalmente tenía más participación en la construcción de la fe de Francisco de Aguiar y Seijas que ninguno de sus mentores, y que por ello era un ser relevante en la construcción de su camino a la santidad. Porque la Meiga ejerció sobre su devoción una influencia enorme, mucho más grande de la que tuvo nadie, ni su familia, ni mucho menos el más devoto de sus hermanos en el credo.

La Meiga esa mañana de llovizna perenne iba apenas unos pasos adelante del religioso, subiendo y doblando callejas como un lazarillo, con una certera convicción que le eximía la necesidad de voltear a cada tanto para ver si él la seguía. Por eso, porque ella daba por

hecho que él iría detrás, Francisco de Aguiar supo que aquella iba a ser otra mañana de cumplimiento de malas nuevas, sin duda terribles todas ellas, a cual más.

Supo que sería mala la mañana, pero no le importó.

Anduvo despacio, sorteando absorto las irregularidades del camino, elevando plegarias al cielo pero no para pedir piedad en el porvenir, sino rogando por tener la fuerza para tolerar lo que viniera con resignación. Hacía no muchos años que algo semejante sucedió, es decir, que la Meiga en vez de asediarlo lo precedía, aquella vez también lo llamaron muy de madrugada al palacio del arzobispado, entonces, al llegar ahí su excelencia el arzobispo le extendió un papel lacrado, una caja de Pandora que una vez abierta se multiplicaría en suplicios. Ábralo, insistió entonces el prelado dibujando una enorme sonrisa, y a Francisco de Aguiar no le quedó más remedio que romper el sello, desdoblar el papel, y leer atónito. Enhorabuena, murmuró el arzobispo sonriendo, cuando Francisco terminó por fin la lectura, y después Aguiar y Seijas no pronunció palabra, no agradeció los cumplidos, besó de rodillas el anillo episcopal y salió tan pronto como pudo, rehusando la invitación a tomar la colación, como era costumbre del arzobispo.

Aquella lejana vez, ya fuera del palacio del episcopado, a Francisco primero le temblaron las piernas para luego estrujar con las manos sus sienes y elevar la vista al cielo, no como pidiendo clemencia, sino como buscando culpables. Poco más tarde, cuando iba resignado de regreso al claustro, se topó nuevamente con la silueta de la Meiga, quien tras soltar una carcajada se confundió en la oscuridad, o más bien se fundió con la oscuridad.

Poco después, ya una vez de regreso en su celda, releyó la misiva que le informaba de su nombramiento como canónigo penitencial de la catedral de Santiago. Cosa que de ningún

modo era una buena noticia para un hombre que buscaba la santidad de la renuncia, del recogimiento y la modestia. E incluso entonces, aquella mañana de hacía algunos años, pensó que ese nombramiento, que conllevaba la obligación de tener que confesar a hombres y mujeres indistintamente, era lo peor que le podría suceder.

Pero se equivocaba, porque lo peor está siempre por venir.

Por eso ahora, en esta madrugada fría de señales reiteradas y presagios funestos, a Francisco de Aguiar y Seijas le quedaba claro que si la Meiga se le adelantaba nuevamente, era sólo por la evidente prisa que tenía para llevarlo hacia otras malas noticias. Porque ni duda cabe de que, si bien a cualquier otro hombre de la iglesia le hubiera dado un inconfesable gusto recibir tales reconocimientos por su dedicada trayectoria, si era cierto que a cualquier otro religioso le encantaría cumplir tan elevadas encomiendas con gratitud y sin recelo, a Francisco de Aguiar y Seijas no, a él eso de los reconocimientos no le procuraba ningún agrado, en cambio con toda sinceridad le hubiera gustado no verse en el trance de recibir tales honores, él preferiría con mucho que lo dejaran cumplir discretamente sus dos humildes votos: servir sin pausa al apóstol Santiago, y de ser posible emular la ejemplar austeridad de San Francisco.

Se dice fácil.

Aunque de lo preferible nada ocurrió, y por eso hoy ahí está de nuevo Aguiar subiendo las escalinatas del palacio episcopal, donde hace poco más de un lustro que lo nombraron canónigo penitencial y ahora el Señor lo lleva de vuelta ante la enigmática sonrisa del arzobispo, otra vez esta recibiendo una misiva sellada, otra vez se encuentra a punto del desmoronamiento. De nueva cuenta le hubiera gustado marcharse con el papel lacrado

hasta el recogimiento de su celda, pero la mirada ansiosa del arzobispo lo conminó a cumplir con el ritual de hacer públicas las notificaciones de sus caídas. Ahora, ésta ocasión era peor que la vez anterior, mucho peor pues ahora lo nombraban obispo de Michoacán², ni más ni menos, lo que hasta al arzobispo descompuso, pues cualquiera que medianamente hubiera conocido a Francisco de Aguiar y Seijas, sabía que ordenarle que se embarcara para cruzar el océano era mucho peor que pedirle que fuera de modo propio hasta el último círculo del infierno.

En verdad te digo, son extraños los caminos del Señor.

Apenas Francisco salió del palacio episcopal hacia la madrugada lluviosa, la Meiga se le paró enfrente, y luego se postró despacio, se le plantó de rodillas, irónica e insolente obstruyéndole el paso. La Meiga con la cabeza gacha, casi sumida en el regazo, ahora silenciosa mientras tras ella un coro demoníaco ensayaba estridentes carcajadas, y a Francisco de Aguiar y Seijas, desde lo profundo de su miopía, le pareció distinguir entre los diablos que acompañaban a la Meiga los rostros iracundos de los que de pequeño supuso eran sus ángeles custodios; los mismos demonios que mal que bien le cuidaron en la infancia para luego abandonarlo en los peores momentos de su juventud. Y después de un instante que a Francisco le pareció una eternidad, la Meiga, todavía arrodillada, hizo un ademán brusco, y en el acto el coro temeroso calló las risotadas, y ya reinstalado el silencio sepulcral de la fría madrugada, la Meiga, con un tono de ultratumba y sin dignarse a levantar la mirada, le dijo:

-Cuánto tiempo llevas luchando infructuosamente, Francisco, cuántos vanos dolores a cuestas has soportado con tal de no reconocer la certeza de que sólo el mal es verdadero.

Recorrió con el semblante descompuesto el camino de vuelta, ajeno a los perros que le ladraban, y ya de regreso en paz de su celda, con la mañana aún lejana, Francisco de Aguiar y Seijas estuvo tentado a maldecir su suerte, tentado a pecar de blasfemo, pero se contuvo, controló a las palabras insensatas que encantadas se hubieran desbandado de sus labios, pero aún así, pese a contenerse, decidió administrarse un contundente castigo, pues estaba claro que pecó de pensamiento, estando como estuvo, tentado ni más ni menos que a cuestionar los secretos designios del Señor.

El Señor, el misterioso Señor del cielo a quien ahora le había dado por arrojarle encima toda clase de pruebas. Y sí Francisco se atrevía a algún reproche, a algún cuestionamiento ante los designios del altísimo, era tan sólo para preguntar por qué ahora tales pruebas, por qué a esta edad tardía y de vigos menguados era que el Señor le demandaba una entereza que no es propia de este mundo.

Pero dentro de su celda, a Francisco de Aguiar y Seijas las dudas le duraban nada más un instante, pues de inmediato buscaba bajo los tablones apolillados de su cama un estuche de cuero, desastrado a fuerza de uso, donde guardaba sus únicas posesiones, los únicos objetos que en este mundo le pertenecían: un cilicio con cuerda de cintura, dos con cuerda de muslo, y siete disciplinas de plata que, en los peores momentos de su vida y de sus dudas, habían sabido mostrarle prestos el camino de regreso a la devoción y la firmeza. Tenía el canónigo otra posesión, es cierto, un segundo cilicio de cintura, que hacía muchos años su carne había engullido. Y ahora lo llevaba ahí clavado, a medio camino entre el aire y las entrañas, para recordarle siempre, a cada instante, que él era un ser falible, imperfecto, lleno de dudas y temores.

Sacó sin ceremonia las disciplinas de su estuche, los cilicios, la *armada invencible* de su fe³, toda, en pleno, porque a su entender la magnitud de esta falta, el cuestionar un mandato que no le favorecía, ameritaba con mucho la cantidad y el rigor del castigo por venir. Francisco acarició con ternura las correas raídas, manchadas por la sangre de otras culpas, sangre suya de muchos años, mezclada toda: sangre de niño atormentado, de muchacho indeciso, de hombre sin demasiadas convicciones. Y por encima de todo sangre de viejo. Viejo devoto, convencido, creyente.

Acaso muchas sangres y un mismo miedo.

Primero se despojó despacio de la capa negra, luego arrancó el ropón otrora blanco que se le había pegado a las heridas de la espalda, después ató las cuerdas con las púas en torno a los muslos, apretándolas de entrada lo suficiente para que al enterrársele las puntas inauguraran en el acto nuevos manantiales escarlatas. Pero no bastaba, a Francisco le quedaba claro que no bastaría nunca ese dolor precario, pues además de la soberbia de cuestionar los designios del Altísimo, había roto un juramento que protegió durante años: no ver nunca más el rostro de la Meiga. Pero esa madrugada no pudo evitarlo, y tras escuchar fuera de palacio del arzobispado las palabras de la Meiga, se quedó esperando a que ella levantara el cuello, y entonces le vio de nueva cuenta la cara, entre sombras, bajo la capucha oscura, y en ese rostro que era espejo del maligno, Francisco de Aguiar y Seijas vino a confirmar la totalidad de sus dudas.

La promesa aquella, de no verla a la cara, venía desde una tarde lejana de la infancia, del tiempo cuando esa misteriosa mujer se le volvió poco a poco inevitable y por lo tanto no podía dejar de buscarla, de espiarla, de asomarse a las ventanas de la casa paterna, de

hurgar en las esquinas o en las ceremonias religiosas. En ese tiempo ahora lejano donde a Francisco le era imposible no pensarla. Sólo una vez, antes de ahora, se atrevió a mirarla a la cara, a la Meiga, sólo una vez puso atención a los labios entreabiertos, sensuales, que se movían no como a la mitad de un rezo sino como al final de una maldición. Nada más una vez antes de ahora la miró a los ojos, ojos grandes, negros, acostumbrados tanto a transitar como a transmitir oscuridades. Sólo una vez la había visto cara a cara, aunque lo que sí no pudo evitar nunca fue notar el cuerpo insinuándose bajo los finos vestidos, un cuerpo firme, vigoroso, sugerente.

Después, aunque durante años no paró de encontrársela por todas partes, logró al menos ya no buscarle la mirada. Entonces y ayudado por su miopía, fue cosa de bajar la vista al pasar junto a ella, y observar tan sólo de reojo sus faldones largos, siempre negros, viudos, arrastrándose como una caricia impía sobre la tierra. Y a pesar de ya no verla nuevamente, nunca pudo dejar de saber, aterrado, que ella siempre lo observaba con su mirar de hechicera, escudriñando la profundidad de sus dudas, nombrándolo cada vez con su nombre verdadero: Francisco, tú eres el maligno.

Y ahora, luego de tanto, él, Francisco de Aguiar y Seijas, de niño pasó a ser un viejo y en cambio ella, la Meiga, ella estaba intacta, igual de moza, acaso más perturbadora, con tal lozanía que hacía patente su pacto con el diablo. Aunque al parecer nadie, salvo Francisco, lo notaba, al parecer nadie en todo Compostela, salvo él, la miraba incorruptible.

Después, al terminar de mortificarse el muslo, el canónigo aseguró el cilicio de cintura, y se hizo daño sobre el daño, pues no había una sola parcela ahí donde hincar el metal por vez primera. La sangre aquí manó más generosa, sin prisa, sin pausa. Después Francisco

caminó despacio, fue sintiendo la contundencia del suplicio hasta el reclinatorio, se paró de frente al crucifijo para no caer en la tentación de compadecerse de sí mismo, para tener presente que existía la desmesura de dolores otros, esos que el hijo de Dios soportó y que él jamás había padecido. Y entonces finalmente se arrodilló sobre el paseílo de guijarros para ahora mortificar las rodillas, y luego tomó con un gesto de firmeza las siete disciplinas, acarició con gratitud las cuentas de plata cruda, medio bruñidas con los huesos de su espalda, y comenzó sin más dilación la tanda de azotes, la primera, que lejos de redimirlo lo llenó de mundana soberbia, porque este dolor, si bien es cierto que no tan desmesurado como el de la crucifixión, al menos era auto infligido, que eso, de seguro, al valorar los dolores, de algo ha de valer.

Se precisaron treinta y siete azotes para lograr la primera caída.

Pero Francisco cayó.

Y ahí, derrumbado, con las rodillas hiriéndose en las frías baldosas de barro, le vinieron a la mente las palabras de san Ignacio de Antioquía, el santo que de joven lo habría impresionado con sus tesis de que en la vida el principio es la fe, y el fin la caridad.

“Dejad que sea entregado a las fieras...

para que puedan ser mi sepulcro...

Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo...”⁴

Luego pensó en de algún modo reconfortarse, en prometerse que acaso tolerar el incomparable suplicio que le esperaba al atravesar el mar hacia los territorios de las Indias, resultaría en su arribo a una región mucho más pecadora que la península, una parcela más

adentrada en el infierno, tierra de idólatras, donde hicieran falta hombres con una fe como la suya para enfrentar al imperio del Demonio, un lugar donde se desconoce la fe de Cristo, una región donde por supuesto mucha más falta haría su convicción. Además, quedaba siempre la esperanza de que con el viaje remediara la cercanía de la Meiga, quizá yéndose Francisco tan lejos, ella desistiría de su gusto por seguirlo, aunque en realidad no le quedaba la menor duda de que ni marchándose tan lejos estaría a salvo de esa mujer y de su mundo tentador, porque si luego de tanto andar por la vida tenía Francisco de Aguiar y Seijas alguna certeza, era ésta: no importando cuán lejos se marchara, el demonio siempre lo seguiría. Y las Indias eran de suyo un lugar pútrido y corrupto, prueba de ello, era la cantidad de hombres de la iglesia que habían ido hasta allá con la intención de emular el martirio los santos y en cambio, a los pocos meses de tolerar un sincero sufrimiento, habían abandonado sus convicciones para empezar a enriquecerse con descaros; aceptando toda clase de prebendas, que iban desde tierras, minerales y ganado, hasta el frecuentar mujeres.

-Recibir corrompe -dijo, y se dio otros cuarenta y tres azotes.

Tras la segunda tanda de golpes volvió a derrumbarse, ahora sobre un pequeño charco formado con su sangre, y al contactar de nuevo con la fría humedad de las losas sintió ahora un consuelo que no hizo más que avergonzarlo. Parecía haber cambiado, parecía haberse debilitado su fe con los años porque empezaba a desconfiar de su salvación. De poco valdría entonces el castigo, para qué una cintura herida, unos muslos perforados, una espalda azotada, para qué un cuerpo hostilizado pagando las culpas de un ser endeble, débil, las culpas de una voluntad flaqueante.

La vergüenza.

Luego se le ocurrió pensar que quizá esto que le pasaba fuera la noche oscura del alma⁵ de la que tanto hablaban Juan de La Cruz y santa Teresa. Quizá se tratara no tanto de evidenciar su debilidad como de conminarlo a la firmeza. Francisco se levantó, todavía exhausto, para retomar la severidad en el castigo y entonces ocurrió lo inverosímil, algo que no tenía o no parecía tener nada que ver con el castigo: hacia casi veinte años que su pene no se erguía, casi veinte años sin un exabrupto que fuera preciso paliar a fuerza de azotes, lo menos cincuenta azotes, ninguna humedad nocturna que requiriera cien azotes. Y ahora ahí, de rodillas frente al crucifijo, fuera de todo contexto, mientras se abocaba a macerar las vergüenzas de la duda, venía a padecer la sensación de que la bestia entre sus piernas se alebrestaba. Lo peor era que ya ni siquiera se precisaban de los malos pensamientos para enturbiar las convicciones y alentar a la carne, porque no había hecho otra cosa que pensar en el dolor. Luego entonces: el Demonio. De muy poco valieron los muchos azotes que siguieron, ya imposible de llevar la cuenta, de poco valían también las subsiguientes caídas que lo dejaban arrastrándose como un perro, con las manos adormecidas y la piel de la espalda desgajada. De poco valía nada, si ese dolor desmesurado finalmente tan sólo logró mutar su anhelo expiatorio en una nueva vergüenza, una mayor vergüenza, un nuevo gozo, un hallazgo: el dolor no era ya el móvil de su redención sino el camino hacia el placer.

La confusión iba en aumento.

Francisco no lo podía resistir, pues acaso este hallazgo era no sólo lo peor que le pudiera suceder, sino que además era lo requerido para saber que no encontraría nunca una tregua; porque si todas las rutas, incluso las del martirio, van hacia el pecado, si también el dolor termina siendo condenante, entonces está de más cualquier suplicio.

-¿Por qué Señor me has abandonado?

Francisco deseaba la contrición, pero en cambio había terminado explotando de placer, exhausto. Y tan sólo le quedaba ahora la claridad de que lo suyo no era más que una impostura, una atrición resultante de su desaprobación ante el pecado, de su miedo a las penas del infierno.

Tarde lo supo; sin importar mucho lo que hiciera terminaría sucumbiendo en la desesperanza de la peor manera, comprendiendo que todos sus esfuerzos, que todos los dolores, pasados y futuros, habrían de ser en vano.

Y entonces, Francisco de Aguiar y Seijas, dudó si a él le sería dada la salvación.

¹ Así como a las brujas en el territorio de Galicia se les denomina como “meigas”, a sus hechizos y brujerías se les denomina “meigallos”. Mircea Eliade en su libro *Brujería, ocultismo y modas culturales*, Barcelona-México, Paidós Ibérica, 1997, 161 pp. (Paidós orientalia), analiza cómo los orígenes de la brujería occidental guardan posible relación con rituales y creencias precristianas. En general, se creía que las brujas eran capaces de provocar sequías, esterilidad, epidemias, granizos y muerte.

Eliade describe en el libro antes citado a los siglos XV, XVII y XVIII, como tiempos en los que hubo “epidemias” de brujería, si bien esto no es privativo o específico de Galicia, el autor se refiere a la manera en la que la Santa Inquisición tuvo la tendencia, en general, a asimilar la brujería con la herejía. Esto es, que las prácticas rurales y tradicionales precristianas de cada localidad fueron asociadas a la brujería. Al respecto véase: Jaime Contreras, *El santo Oficio de la Inquisición en Galicia, 1560-1700: poder, sociedad y cultura*, Madrid, Akal, c1982, 706 p., il. (Akal universitaria. Serie historia moderna ; 34); o bien, el lector también se puede dirigir a: Carmelo Lisón Tolosana, *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia: antropología cultural de Galicia 2*, 3ª ed., Madrid, Akal,1987, 453 p., il. (Akal universitaria, 54; Antropología).

José Deleito y Piñuela, en su obra, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, 384 pp; señala que en Galicia, el Tribunal de Santiago llegó a impedir una epidemia de histerismo en 1611 motivada por la aprehensión de una mujer llamada Lange Beatriz Fernández, acusada de meiga y que una vez torturada, confesó tener doscientos cómplices.

En general, a las meigas se les asociaba con las sequías, la hambruna y las pestes. La primera mitad del siglo XVII estuvo marcada por eventos económicos y sociales que provocaron pobreza y hambruna.

² El 20 de agosto de 1677 es nombrado obispo de Michoacán, actual Archidiócesis de Morelia, por lo que embarcaría con destino a América al año siguiente. No obstante, sólo permanecería en el cargo tres años, pues en 1680 es nombrado por el Papa Inocencio XI arzobispo de la Nueva España, actual Archidiócesis de México. Según la biografía que existe como recurso electrónico en www.artehistoria.com El resto de las referencias con respecto a los nombramientos de Aguiar, se desprenden tanto del texto de Fernando Benítez, *Los Demonios en el Convento*, México, Era 2003, como de Antonio Rubial, *Los libros del deseo*, México, Grijalbo 2004.

³ En referencia al nombre con que se conocía a la flota bélica del imperio español, misma que a mediados del siglo XVII comenzó a perder su preeminencia naval ante la ingeniería marítima y los ataques de los corsarios ingleses. Véase al respecto: Vicens Vives, J. (dir.), *Historia social y económica de España y América*, Vol. 3 "Los Austrias imperio español en América", 586 pp., Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1982, 5 vols., il. (Libros Vicens bolsillo).

⁴ San Ignacio de Antioquía fue discípulo directo de San Pedro y San Juan; Segundo sucesor de Pedro en el gobierno de la Iglesia de Antioquía; El primero en llamar a la Iglesia "Católica". Condenado a morir devorado por las fieras, fue trasladado a Roma y allí recibió la corona de su glorioso martirio el año 107, en tiempos del emperador Trajano. En su viaje a Roma, escribió siete cartas, dirigidas a varias Iglesias, en las que trata sabia y eruditamente de Cristo, de la constitución de la Iglesia y de la vida cristiana.

Carta a los cristianos de Roma: Esta cuarta carta es una súplica para que no le impidan ganar su corona del martirio. No quería que los influyentes trataran de obtener una mitigación de la condena, ya que el cristianismo había conseguido adeptos en sitios elevados. Había hombres como Flavio Clemente, primo del emperador y los Acilios Clabrones tenían amigos poderosos en el imperio. Luciano, satirista pagano (c. 165 P.C.), quien seguramente conoció estas cartas de Ignacio, da testimonio de lo anterior.

Temo que vuestro amor, me perjudique" escribe el obispo, "a vosotros os es fácil hacer lo que os agrada; pero a mí me será difícil llegar a Dios, si vosotros no os cruzáis de brazos. Nunca tendré oportunidad como ésta para llegar a mi Señor ... Por tanto, el mayor favor que pueden hacerme es permitir que yo sea derramado como libación a Dios mientras el altar está preparado; para que formando un coro de amor, puedan dar gracias al Padre por Jesucristo, porque Dios se ha dignado traerme a mí, obispo sirio, del oriente al occidente para que pase de este mundo y resucite de nuevo con El ... Sólo les suplico que rueguen a Dios que me dé gracia interna y externa; no sólo para decir esto, sino para desearlo, y para que no sólo me llame cristiano, sino para que lo sea efectivamente . . . Permitid que sirva de alimento a las bestias feroces para que por ellas pueda

alcanzar a Dios. Soy trigo de Cristo y quiero ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan sabroso a mi Señor Jesucristo. Animad a las bestias para que sean mi sepulcro, para que no dejen nada de mi cuerpo, para que cuando esté muerto, no sea gravoso a nadie ... No os lo ordeno, como Pedro y Pablo: ellos eran apóstoles, yo soy un reo condenado; ellos eran hombres libres, yo soy un esclavo. Pero si sufro, me convertiré en liberto de Jesucristo y, en Él resucitaré libre. Me gozo de que me tengan ya preparadas las bestias y deseo de todo corazón que me devoren luego; aún más, las azuzaré para que me devoren inmediatamente y por completo y no me sirvan a mí como a otros, a quienes no se atrevieron a atacar. Si no quieren atacarme, yo las obligaré. Os pido perdón. Sé lo que me conviene. Ahora comienzo a ser discípulo. Que ninguna cosa visible o invisible me impida llegar a Jesucristo. Que venga contra mí fuego, cruz, cuchilladas, desgarrones, fracturas y mutilaciones; que mi cuerpo se deshaga en pedazos y que todos los tormentos del demonio abrumen mi cuerpo, con tal de que llegue a gozar de mi Jesús. El príncipe de este mundo trata de arrebatarme y de pervertir mis anhelos de Dios. Que ninguno de vosotros le ayude. Poneos de mi lado y del lado de Dios. No llevéis en vuestros labios el nombre de Jesucristo y deseos mundanos en el corazón. Aun cuando yo mismo, ya entre vosotros os implorara vuestra ayuda, no me escuchéis, sino creed lo que os digo por carta. Os escribo lleno de vida, pero con anhelos de morir.

⁵ Noche oscura del alma pertenece a la literatura mística del siglo XVI. San Juan de la Cruz (Juan de Yepes) nació en Fontiveros (Avila) en 1542. Ingresó en la Orden del Carmelo donde conoció a su contemporánea Santa Teresa. Teresa de Jesús le integró en el movimiento reformador iniciado. La obra de Juan de la Cruz que aquí se refiere es Noche oscura del alma, y consta de dos libros: Libro primero: Noche pasiva del sentido, que consta de 14 capítulos, y Libro segundo: Noche pasiva del espíritu, que consta de 25 capítulos.

DOS

EL ORIGEN DE LA FE Y EL MIEDO

A pesar de ser innecesario dada su profunda miopía, el pequeño Francisco caminaba con los ojos cerrados sobre los tablones del puente, tanteando con los zapatos las longitudes de las maderas. Su madre, unos pasos adelante, no paraba de reñirlo para que se fijara por dónde camina, hasta que mejor regresó por él y lo jaló de la mano. Francisco apretó entonces los dedos salvadores, pero igual siguió caminando sin abrir los ojos, tropezando ante las irregularidades de las tablas, escuchando a intervalos las reprimendas de su madre y el rumor del Sarela cuyas aguas transcurrían bajo sus pies sin entusiasmo.

Siempre era lo mismo al cruzar un puente, siempre Francisco lo hacía con los ojos cerrados hasta llegar a la otra orilla, y entonces sí, al abrirlos tenía una buena razón para bendecir la tierra firme, y prometerle a Dios intentar no atravesar de nuevo el río, promesa desde luego difícil de cumplir, porque sabía bien que apenas un poco más tarde tendría que cruzarlo nuevamente, cuando fuera a escuchar con su madre la misa vespertina. Francisco no recordaba bien desde cuando, pero quizá desde siempre le tuvo miedo al agua¹.

Francisco y su madre atravesaron poco después el lodazal del terreno donde en otro tiempo se levantó la muralla poniente de la ciudad, y cuyos restos ahora estaban invadidos de chozas miserables, o a cada tanto, salpicados por algunas construcciones de esa piedra oscura que distinguía a Santiago de otras ciudades, y que de paso daba un aire aún más lóbrego al paisaje, y a la mañana fresca de invierno. Ese camino era el único que Francisco conocía de memoria en la ciudad, porque iban a casa, presurosos pues su madre quedó de recibir a don Fernando Burgo, un próspero comerciante que se había enriquecido

mercadeando la plata del Potosí y a quién doña Mariana de Ulloa trataba por asuntos de joyas y otros abalorios, cosas de las que el pequeño Francisco se perdía².

Aquella vez, la visita del artesano de los Aguiar era con la intención de entregar un rosario. Una impactante pieza de singular preciosura que doña Mariana deseaba ocultar a su hijo, pues era el regalo con que pretendía sorprenderlo a la mañana siguiente, día de su séptimo aniversario. El rosario estaba formado por cuentas de plata cruda; unas pseudo esferas irregularmente pulidas a intervalos y salpicadas por cráteres ennegrecidos, que le daban al abalorio por una parte cierta pátina y por otra, convidaban al frotamiento de la pieza, a escudriñar con dedos fervorosos los accidentes del metal, y luego claro, invitaban a elevar la consiguiente oración, muy apasionada, para que sin duda llegara hasta el cielo. Tenía también, el rosario de misteriosos brillos, una pequeña cruz de plata colgando, ésa sí perfectamente pulida. Trabajo en verdad fino el de aquella pieza, que contribuía a la bien ganada fama del artesano. Total, que pese a los apresuramientos al llegar a casa el comerciante de la plata ya se había marchado, y fue don Alonso Vázquez de Seijas y Lobera quien se hizo cargo de la compra, y al llegar Francisco y doña Mariana, don Alonso la riñó a ella por haber pactado tan alto precio por la joya, y con ese pretexto, se hizo seguir por su esposa hasta el despacho.

Por lo general Francisco era muy parco, y aunque se pasaba las tardes en el patio, mirando como jugaban los hijos de los sirvientes, nunca participaba con ellos en sus juegos. Nada más se quedaba mirándolos, pero ese día fue distinto; porque uno de los ángeles que a menudo lo rondaban le sugirió que echara un vistazo arriba, en el primer piso, y el niño subió despacio los escalones de piedra hacia el despacho de su padre, y a cada escalón

ascendido Francisco era embargado por una sensación de vértigo similar a la que le provocaba cruzar los puentes del río, así que cerró los ojos, y siguió su asenso tanteando las barandas de cantera.

La enorme puerta del despacho de don Alonso estaba apenas emparejada, pero el niño Francisco, educado con la cortesía propia de su estrato, hubiera sido incapaz de atreverse a abrirla. No así el ángel que lo acompañaba y que le ahorró la travesura, porque sopló un poco de viento, suficiente para abrir un tanto la puerta, sin hacer ruido. Y lo que el niño miró o creyó ver dentro, allá bien lejos del otro lado de los límites de su miopía, fue a doña Mariana, su madre, forcejeando con don Alonso; ella llorosa y con los pechos derramándose fuera del vestido negro, Francisco miró las carnes apretujadas entre las manos de su padre, quien intentaba perder el rostro en el seno blanquísimo.

-¿Qué le hacen a mi madre? Preguntó el niño al ángel, pero los ángeles nunca le contestaron ninguna de sus preguntas.

Luego le sobrevino a Francisco una piadosa negrura con voces y ruidos que iban a perderse muy a lo lejos.

Cuando recobró el sentido, Francisco estaba recostado en un camastro de sábanas suaves, aromáticas a mujer, se encontraba tendido sobre unos mantos de seda marrón que invitaban a seguir durmiendo, muy a pesar de que las chinches pertinaces lo picotearon sin misericordia, reconociendo el sabor de esa sangre familiar, dándole así la bienvenida al enorme lecho de sus padres. Delante de él, al alcance precario de su vista, estaba doña Mariana. Y mirada ella así, tan dolosa, a contra luz, parecía una santa; con el manto de encaje negro sobre la cabeza, que permitía tan sólo mirarle los ojos cerrados; la nariz

refinada, los pómulos pálidos y grandes, las mejillas lívidas, los labios moviéndose al ritmo pausado de su enorme devoción, de sus rezos. La madre de Francisco estaba lejana, pasando cuentas en el nuevo rosario, hasta que sintió la mirada penetrante de su pequeño hijo y entonces interrumpió su rezo para acudir a abrazarlo.

-¿Qué me pasó?

-Te desplomaste ¿No te acuerdas? –preguntó temerosa de lo que su hijo hubiera alcanzado a ver.

-No, no sé qué me ocurrió, yo recuerdo que estaba en el patio, creo que jugando con el perro.

Doña Mariana sonrió, satisfecha de que sus fervorosas súplicas hubieran sido escuchadas, y no pudiendo ya, o no queriendo ya demorar más la sorpresa, le adelantó a Francisco su presente de aniversario, le extendió la filigrana de plata y juntos rezaron con ayuda del nuevo rosario: *Santa María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*³.

Francisco oraba sin poner atención a las palabras, pues seguía embelesado con el perfil de su madre, que de nuevo a contraluz parecía aún más santa, si tal cosa es posible; más luminosa rodeada de esas partículas de polvo que resaltaban en los rayos de luz, luminosa a pesar de que acostumbraba vestir siempre de negro, estando siempre sumida en un duelo, en un luto eterno, propio de quien sabe que la felicidad ha muerto.

A pesar del percance, o a causa de él, por la tarde doña Mariana insistió en que Francisco la acompañara de nuevo al templo: hicieron el trayecto caminando despacio entre el lodazal, en medio de un silencio incómodo, inusualmente tomados de la mano incluso al atravesar el

puente, donde doña Mariana solía no sujetar jamás a su hijo para que hiciera costumbre de cruzarlo solo y así perdiera ese ridículo miedo que le daba el agua. La madre ahora, en cambio, iba manando de continuo lágrimas en los ojos, ella muy sufriente. Nunca antes tan enferma de culpa. Y devota como era, ofreció misas, suplicios y limosnas a cambio de que Francisco no recordara de lo que sucedió el día anterior, y fiel a su costumbre, doña Mariana todos los ofrecimientos que hizo los cumplió generosa y puntualmente, aunque ella nunca supo que Francisco cada vez fue recordando con mayor claridad lo sucedido aquel día.

Como la madre de Francisco solía decir que el pecado sólo se puede evitar pensando en Dios, gustaba de pasar horas enteras dedicada al rezo y la oración, para ello solía visitar las diversas capillas de la primitiva basílica, el edificio más antiguo de la catedral, cuyas riquezas fueron saqueadas hacía siglos por Almazor, y que por ello lucía un decorado parco que contrastaba con el resto de las capillas de la Catedral⁴. Y si a doña Mariana cuando no había razón alguna se le miraba siempre rezando, con mayor razón ahora que sin duda era necesario orar, orar mucho y con mucha devoción luego de tan penosos acontecimientos, y luego de rezar iba todos los días a confesarse, para por último arrodillarse frente a la imagen de Cristo para pedir misericordia directamente al Señor.

Siendo la Catedral de Santiago tan grande y pródiga en capillas y oratorios, a doña Mariana le gustaba alternar sus visitas; a veces iba a las Reliquias, otras se dirigía a la de la Comunión, las menos a la de la Quintana, casi nunca a la de Mondragón, y sólo siendo indispensable a la del Claustro⁵. Pero esa tarde de culpas ella y Francisco enfilaron con paso firme rumbo a la entrada del Obradoiro, hacia las naves centrales, exactamente al “El

Pórtico de la Gloria” que era sin duda lo más hermoso de toda la Catedral. En verdad que ese espacio impone, sobre todo el nártex, los arcos de las tres naves del cuerpo principal. Ahí el niño Francisco acompañaba sólo un poco a su madre en los rezos, pues estando bajo tan imponente estructura Francisco se sentía por un lado extasiado, sobre todo cuando se colocaba en el centro del tímpano, ante la estatua sedente del Cristo, y por otro lado solía sentirse sereno, tal vez porque intuía que estando en Catedral nunca iba a faltarle la tranquilidad que requiere alguien que se encuentra con los pensamientos confusos, como es el caso de Francisco, a quien lo agobian los remordimientos de quien no quiere haber visto algo que vio, algo que nunca habrá de borrarse de la memoria.

Doña Mariana imploraba con un dolor y una vehemencia distintas a las que Francisco bien conocía, pues estaba temiendo que el incidente del día anterior le restara autoridad espiritual ante su hijo, y lamentaba las consecuencias que este descrédito podría acarrear, sobre todo porque el año entrante su pequeño sería admitido como acólito en la Catedral, que era el primer paso para en algún momento obtener la tan ansiada Orden de Santiago⁶. Porque doña Mariana sólo visualizó a su hijo a salvo del mal dentro del seno de la Iglesia, pues a su entender era la Catedral el único lugar en el mundo que parecía seguro, doña Mariana esperaba que ahí, al servicio del apóstol Santiago su hijo estuviera lejos de los pecados y las tentaciones del mundo, pecados y tentaciones carnales como las que hacía tiempo los habían condenado a ella y a su marido.

Y aunque el pequeño Francisco se aburría pronto de estar ahí acompañando a su madre en las devotas oraciones, igual se quedaba quieto, contemplando en el parte luz del arco central la imagen del apóstol, de Santiago el Grande, quien se erguía muy gallardo sobre el

árbol de David, cuyo tronco denota la huella de los millones de peregrinos que han desfilado por su base⁷.

Santiago el Grande, salvador de Galicia.

Y Francisco entonces se ponía de pie y caminaba hacia el árbol para tocarlo con sus manitas anhelantes, como lo hicieron muchos peregrinos antes que él, a lo largo de cientos de años. Como lo harán muchos peregrinos después de él, a lo largo de cientos de años. Tantos y tantos peregrinos que venían desde quién sabe dónde para suplicar frente a la imagen del santo, para pedirle que les concediera el milagro de recobrar la salud, o de tener una vida mejor, a saber si a alguno de los fieles el apóstol se la otorgó.

No a todos, eso seguro.

Entonces a Francisco no le quedaban dudas, tenía más que claro, sobre todo luego de recorrer la ciudad llena de enfermos y pordioseros, que al santo le era imposible atender tantos ruegos, pues siendo tal la cantidad de la carencia en el reino, de ningún modo podría él darse abasto para remediarla. Y entonces el pequeño conmovido le rezaba al santo con una devoción que no es de este mundo, una devoción tan peculiar que sin duda a Santiago tendría que llamarle la atención, tendría que escucharlo. Sobre todo porque Francisco no pedía nada para él, al contrario de los cientos de miles de fieles que antes habían estado parados en ese mismo sitio, muy por el contrario, lo que Francisco hacía era prometer, jurar que iba a ofrendar todos los días de su vida para ayudar al santo en las titánicas faenas de brindar consuelo y socorro.

Suerte que nunca lo acompañaban, suerte que nunca entraban con él a los templos, porque esa promesa hubiera arrancado más de una carcajada a sus ángeles custodios.

Y si muy a cada tanto Francisco caía en la tentación de pedir algo al Santo, era para que éste intercediera reafirmando la que ya desde entonces Francisco adivinaba era su endeble fe, su tímida vocación. Pero ese día, y sólo de pasada, antes de despedirse, rogó para que Santiago le concediera, con respecto de ciertos recuerdos innombrables, el ansiado don del olvido.

Ya luego, vencido por el cansancio y el aburrimiento, Francisco dejaba al santo en paz y a su madre sumida en el misterio de la oración, y mejor se iba a merodear por los alrededores.

Corría primero hacia el altar mayor, para ahí recostarse en el piso frío de mármoles y jaspe, donde procuraba pegar bien la oreja a la piedra de la cripta, concentrándose, intentando escuchar con mucha atención, por si entre los sagrados restos del apóstol, desde su urna de plata, Santiago le mandaba la ansiada señal, la encomienda y el salvoconducto que lo absolverían de padecer en el mundo de los hombres⁸.

Para Francisco era la catedral, esa tierra santa, el único lugar donde desde muy pequeño se sentía a sus anchas, el único sitio donde se sabía a salvo de todo, de su familia, incluso de sus ángeles guardianes, y también de casi todas las meigas, salvo de una claro, la que para él era la peor de todas pues al parecer tenía la consigna de mortificarle. La Meiga, esa mujer que altanera y pertinaz, gustaba de hacérsele presente en todas partes, a todas horas, cada vez con más frecuencia tratando de angustiarlo.

Lo cierto era que dentro del terreno de la Catedral, espacio de influencia del apóstol, el niño se sentía extrañamente a salvo, pues estaba seguro de que en el interior del templo nada malo podría sucederle; confiaba en que dentro del templo la Meiga no se atrevería a nada distinto que estar presente. Por eso sólo ahí se le veía a Francisco contento, correteando en lugares donde otros niños no acostumbraban husmear. Su lugar favorito era con mucho la Torre de la Trinidad, a la que podía subir sin toparse con nadie en la oscura escalinata. Le gustaba jugar ahí porque en un principio la oscuridad era tan densa que no podía mirarse nada, pero luego, cuando los ojos ya se habían hecho a la negrura de la torre, cuando ya se distinguían los contornos de los escalones, disfrutaba levantar la cabeza para mirar la pequeña luz allá en lo alto; la metáfora perfecta del camino de su fe.

-Yo te lo juro, pero tú ayúdame a cumplirlo, Santiago el grande apóstol, que no habré de marcharme de Compostela nunca.

Luego de jugar un rato en las alturas de la torre bajaba para reunirse con su madre, pero antes pasaba a echar un vistazo al botafumeiro, el enorme incensario que en misa mayor recorre las alturas del crucero del templo, oscilando a manera de un péndulo, emanando un aroma grato, al menos más grato que el olor de los peregrinos. El incensario suspendido de un sistema de poleas que ahora nadie movía, por lo que a Francisco le gustaba pararse justo en el cenit, debajo del enorme caldero de plata sustraída de las entrañas de la Nueva España, para venir a honrar a la memoria del santo⁹.

Después, y viendo que su madre aún estaba en su trance oratorio, Francisco se entretenía mirando la prodigiosa ornamentación escultórica de las paredes, las impactantes obras maestras esculpidas por Mateo el artista¹⁰; sin duda un escultor enviado al mundo por Dios

con el único propósito de honrarlo. Francisco finalmente se sentó junto a su progenitora, quien luego de tanto seguía arrodillada, y la sustrajo con suavidad de sus oraciones, las que doña Mariana abandonó con un gesto cercano a una sonrisa. Madre e hijo se miraron con una complicidad que tenían a bien no sacar del templo, y tras santiguarse enfilaron hacia la salida. Cruzaron de regreso las enormes plazas atestadas de peregrinos, y un poco adelante se toparon de golpe con la ciudad verdadera, una población carente de rastro alguno de elocuencia y divinidad, la gran ciudad de Compostela, con las plazas llenas de enfermos y mendigos, de pícaros y maleantes¹¹.

Doña Mariana, al cruzar presurosa entre los menesterosos, pensó, temió, que su esposo tuviera razón, que su decir fuera verdadero, y que lo que se miraba por las calles era la señal de que los tiempos buenos se habían terminado para siempre. A doña Mariana le daba mucho miedo que resultara cierto que desde el instante en que la otrora Armada Invencible perdiera una batalla, el reino no hacía más que desmoronarse¹². El mismo don Fernando, el artesano del rosario, no paraba de quejarse por lo mucho que se habían encarecido el oro y la plata, incremento causado por los continuos atracos que los navíos del reino sufrían a manos de los corsarios ingleses y holandeses, otra señal, esta marina, pero todas demasiado contundentes, todas difíciles de ignorar.

Una vez en casa, por supuesto que las cosas para madre e hijo en nada mejoraban. don Alonso Vázquez de Seijas mantenía desde hacía mucho tiempo un humor insoportable, le molestaba cualquier cosa, sobre todo que su esposa y su hijo anduvieran todo el día en la calle, en especial en esos tiempos que corrían, y entonces por supuesto que de nada sirvieron las explicaciones, el haber pasado tantas horas en el templo.

Francisco, luego de comer, aprovechó alguna de las discusiones conyugales para escabullirse al dormitorio que, tablonés de por medio, compartía con los sirvientes. Se tiró en la cama y no pudo resistir la tentación de hacer caso a sus ángeles, esos esbirros, esos demonios disfrazados que lo conminaban cada noche a levantarse y mirar por la ventana, tras las cortinas. Donde desde hacía algún tiempo notó que alguien acechaba, una meiga, suponía, porque se quedaba quieta en su observatorio, porque no se intimidaba al saberse descubierta. Claro que Francisco con su mala vista poco podía distinguir a tal distancia, pero le bastaba mirar esa silueta para que lo invadiera el desasosiego. De nada le valía entonces volver a la cama, donde daba vueltas de un lado a otro, abatido por la mirada diabólica de la Meiga que afuera seguía montando guardia, esperando un descuido de Francisco, aguardando a por su alma, para perderla. Y cuando por fin Francisco, a fuerza de cansancio y noche lograba olvidar a la Meiga, era sólo para atender los incisivos comentarios que sus ángeles hacían con respecto a lo acontecido el día anterior, en el despacho de su padre. A Francisco entonces los pensamientos se le ocupaban con la imagen de los senos generosos y blancos de su madre, aprisionados entre unas manos toscas, eso era lo único que se empeñaba en aferrarse a su memoria, en permanecer fijo en el lienzo de sus recuerdos.

Así, la noche iba a ser larga.

Pasadas las doce Francisco está aún despierto, han transcurrido las horas, una tras otra, con él dando vueltas en la cama sin que logre conciliar el sueño. Ya las campanas de Catedral hace rato que llamaron al nuevo día, son las mismas campanas que hace cientos de años Almanzor se llevó en hombros de cristianos a las tierras herejes de la lejana Bagdad, y que

luego Fernando II trajo de vuelta a España, en hombros de árabes, por supuesto, para de nuevo perturbar el silencio nocturno en Compostela¹³.

En ese estado de duermevela Francisco a tenido una revelación, le ha venido una imagen a la mente en la que se inflige él mismo un duro castigo. Francisco está sentado en su cama, en la oscuridad, reventando ahora mismo el rosario que le diera su madre en la mañana. Según han dicho las campanas, ya el rosario legítimamente le pertenece, y no desde luego que no sería para rezar para lo que iba a utilizarlo. De un fuerte jalón lo revienta, y luego de separar todas las cuentas de la plata del Potosí anuda tres, las más irregulares, a otras tantas tiras de cuero. Paso siguiente, es quitarse solemnemente la camisola de dormir, y luego empezar a golpear su espalda con las cuentas de plata, intentando así olvidar lo que sus ojos vieran, lo que su memoria se obstina en recordar: la turgencia ya innegable de ese cuerpo que lo inquieta.

Inició entonces el trabajo de las rústicas y recién fabricadas disciplinas, primero fue un azote que le provocó un grito tenue, apagado, luego otro azote que soportó ya en silencio, apretando las manos y los dientes. Luego un tercer azote que le arrancó el llanto de niño apesadumbrado, un cuarto, quinto, sexto azotes y aunque su espalda comenzaba a desgarrarse la imagen en su mente seguía intacta. Entonces cayeron al piso de madera las cuentas del rosario que estaban sobre la cama, y para que Francisco no se distrajera de su castigo, un ángel se apresuró a levantarlas con cautela.

Plata de minas novo hispanas que primero le encienden la piel con un tono rojo subido, piel blanca que se inflama, piel joven agredida por marcas diagonales que luego se hinchan dibujando inhóspitas cordilleras en la otrora suave espalda. Plata que en la piel trata de

imitar la geografía de su origen y que a cada tanto revienta en minúsculos riachuelos de sangre, “la redención sólo se logra a través del dolor” le habían dicho los fieles en la Catedral, cuando en las fiestas del santo los miraba golpearse con sogas, o atarse cilicios.

Luego volvieron a sonar, una y otra vez, las campanas aburridas, hasta que el río escarlata de su devoción, muy rojo pero también sin mucho entusiasmo, comenzó a gotear sobre las maderas del piso.

Un dolor intenso que, desde ahora lo sabe, no basta, pues en verdad está lejos de redimir, pero en cambio logra al menos concederle la condenación en el poco transitado camino del martirio. Que es ése, y no otro, el camino que recorrieron los santos.

Treinta y uno, treinta y dos azotes, y el coro de su séquito de ángeles aplaude con unos gestos de satisfacción sin precedente, mientras el pequeño Francisco aún no puede borrar el recuerdo que le angustia en el interior de su mente, pero de cierto modo la sangría no ha sido en vano, y la penitencia a su manera le brinda algún consuelo.

Noche de luna escarlata, bautismo en el dolor para Francisco de Aguiar y Seijas, y en otra parte de la casa, sus padres ajenos, continúan discutiendo como siempre. Y en otra parte de Compostela, la Meiga sonrío porque aunque bien sabe que el camino va a ser largo, ya comenzó.

Sonaron de nueva cuenta a lo lejos las campanas llamando a primas, era ya próximo e inminente el amanecer cuando un ángel se acercó a Francisco, a su enorme sufrimiento, y entonces Francisco supuso, pensó, deseó que el ángel ése le impidieran seguirse castigando,

le dijera que el daño había logrado suficiencia, pero en cambio fue otra cosa muy distinta lo que el ángel le murmuró al oído.

-Bienaventurado, Francisco, bienaventurado.

¹ Estos datos se desprenden de la lectura de Antonio Benítez, *Los Demonios en el Convento*, México, Era 2003. Pp 95 y siguientes.

² Sobre esta cita es preciso aclarar que Fernando Burgo es un personaje ficticio, no así el comercio de plata del Potosí en Compostela (en toda Galicia). Tanto sobre las extracciones de plata como sobre el comercio de la misma puede leerse a José de Acosta, *Historia Natural y moral de las indias*, Madrid 1992, Colección Historia, Crónicas de america, 32. Y a Alvaro Alonso Barba, *Arte de los metales*, Madris 1640. Así como el prólogo de Armando Alba, a *Notas y suplementos al libro de un antiguo minero*, Potosí Bolivia 1967, XLVIII-299 p.p.

³ Para indagar lo relacionado tanto con el comercio de la plata como la producción de filigrana en la europa del XVI, ver a Flynn, D.O. *La plata hispanoamericana y los mercados mundiales en el siglo XVI*, Moneda y Crédito, Madrid 1980, No 153. Como complemento para tener en cuenta el crítico contexto del oficio de platero, ver a Juan de Vires, *la economía de Europa en un periodo de crisis 1600-1750*, España 2000.

⁴ Se habla en este punto de la iglesia prerrománica que mandó levantar Alfonso II en 863 d.C. Este fue el edificio más antiguo, cimiento de la actual catedral, que fue saqueado por Almanzor en 997 d.C, quien destruyó la traza de la antigua ciudad pero respetó únicamente los restos del sepulcro del Apóstol. Véanse: Ramón Yzquierdo Perrín, *Santiago de Compostela en la Edad Media*, España, Edilupa, 2002, 123 p., il.; y *España turística*, Guías Afrodisio Aguado, 9ª ed., España, 1973, 1146 pp.

⁵ Chocheyras, Jacques, *Ensayo histórico sobre Santiago en Compostela*, Barcelona, Gedisa, 1999, 217 p. (Econobook. Historia).

⁶ La Orden Militar de Santiago, fundada por Fernando II de León, en 1170. “Es de sobra conocida la misión medieval de estas milicias ligada a la lucha contra el Islam en la península ibérica. Por este motivo los fundadores las emplazaron en la “raya de tierra de Moros como muro y valuarte, amparo y defensa del pueblo Cristiano. Santiago fue situada en Extremadura oriental. Como es bien sabido las Órdenes definieron la nobleza de una

forma mucho más restrictiva que la hidalguía simplemente -además estas milicias la exigieron de sangre y no de privilegio-. Por otro lado, se requería también limpieza de sangre y oficios y legitimidad. Finalmente, en algunos momentos se incorporaron otras categorías, como por ejemplo la de una catolicidad fuertemente ortodoxa en el período confesional. El S. XVIII nos es todavía, en lo que se refiere a las Órdenes, bastante desconocido. No obstante, por lo poco que hasta ahora sabemos, nos aguarda todavía una nueva metamorfosis”. Esta Orden adoptó la Regla de San Agustín: votos de castidad y pobreza atenuados. En Elena Postigo Castellanos, “Santiago, Calatrava y Alcántara”, *Seminario Internacional para el estudio de las Órdenes Militares*, Universidad Autónoma de Madrid, 2002. Recurso electrónico en internet: <http://161.111.141.93/oomm/Castellanas-historia.htm>

⁷ Paolo Caucci von Saucken (dir.), *El mundo de las peregrinaciones: Roma, Santiago, Jerusalén*, textos de Fernando López Alsina *et al.*, Barcelona, Lunwerg editores, 1999, 384 p., il.

⁸ *Ibidem.*

⁹ En el texto se afirma que el Botafumeiro está elaborado con plata sustraída de la Nueva España, concretamente plata del Potosí, y sin embargo esto no se puede afirmar, ya que algunos autores sostienen que el botafumeiro puede pertenecer a la edad media. La réplica (de bastante menor peso) esa sí fue elaborada con plata del Potosí en el año de 1851.

¹⁰ Otero Tuñez R y Izquierdo Perrin, R.: *El coro del Maestro Mateo*, La Coruña, España : Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1990, 207 pp.

¹¹ A lo largo de la novela se aprovechan varias de las propuestas de estudio que existen en torno a la demografía y la base social de España en la primera mitad del siglo XVII, en donde epidemias, movimientos migratorios, polarización económica de la sociedad, la expulsión de moros y judíos, vendrían a contribuir a generar una atmósfera de pobreza y menesterosidad con la cual se juega durante la novela. Para un panorama sobre los autores y las discusiones sobre el posible estancamiento o despoblación de España es conveniente consultar: Menéndez Pidal, Ramón (dir.), *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe 1954-1999, en sus capítulos sobre demografía, potencial humano y base económica en el siglo XVII.

¹² El texto se refiere a la pérdida de 68 barcos de la Armada Invencible en 1588, cuando la Armada Invencible parte por órdenes de Felipe II contra la escuadra inglesa con el objetivo de castigar los ataques de Drake al comercio con Indias. La Armada sufrió los embates del tiempo y una tormenta cerca del cabo de Finisterre la mermó. Su campaña en el mar del Norte fue un desastre. Del desastre de la Invencible dependieron muchas

aventuras del futuro próximo y lejano: la imposibilidad de reducir a los neerlandeses, la recuperación de Francia como gran potencia europea, la ya insoslayable separación de Portugal. Jaime Vicens Vives, *Atlas de historia de España*, 14ª ed., Barcelona, Teide, 1987 [62] pp. (Colección Diccionario/atlas)

Algunos autores han llamado al siglo XVII en España “el siglo de la decadencia”. Se señalan los declives agropecuario, industrial y mercantil, y se le inscribe en lo que se ha dado por llamar “crisis general del siglo XVII”. Autores como Pierre Vilar, en su *Historia de España*, traducción de Manuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria, Barcelona, RBA, 2004, 184 pp. (Biblioteca historia de España). Se habla del desmoronamiento de España y se emplea como icono de ese declive el de la Armada Invencible a manos de corsarios. Para un contexto de los estragos ingleses en la marina española se puede consultar: Vicens Vives, J. (dir.), *Historia social y económica de España y América*, Vol. 3 “Los Austrias imperio español en América”, 586 pp., Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1982, 5 vols., il. (Libros Vicens bolsillo).

¹³ Ramón Yzquierdo Perrín, *Santiago de Compostela en la Edad Media*, España, Edilupa, 2002, 123 pp., il

TRES

LEJANO EL ANTECEDENTE DE LA FATALIDAD

La relación de Francisco con su padre fue siempre ambivalente, siendo que Alonso Vázquez de Seijas y Lobera tenía un carácter voluble a cual más, no era de sorprender que su talante fluctuara fácilmente, transitando de la sobriedad moralista a la ebriedad iracunda y concupiscente, del orgullo de su emblemático linaje, a la furia frustrante de la duda. Entonces, tenerlo en la casa era siempre, para el Francisco y su madre, un enigma, porque don Alonso podía ser con la misma facilidad tan amable como temible¹. Y entonces, madre e hijo lo miraban con atento recelo cuando don Alonso llegaba por la noche, para saber qué era lo que les esperaba en su presencia; si respondía a las miradas con una sonrisa, que alegría, sí no, habría que aguardar lo infausto.

Cuando estaba sobrio y de un humor aceptable, lo que no ocurría con demasiada frecuencia, a don Alonso le gustaba hablar con su hijo. Así que luego de atender los asuntos domésticos lo llamaba para encerrarse con él en su enorme despacho, se servía una copa y tras acercarle a Francisco un poco de agua le preguntaba:

-¿Qué quieres que te cuente el día de hoy?

Mero formulismo, la pregunta, porque la respuesta de Francisco era siempre la misma.

-La historia de Lobesio.

-¿De nueva cuenta?

Preguntaba don Luis, fingiendo que no era ése, precisamente, el relato que también él preferiría contar. La sorprendente historia de Lobesio Rivano, su célebre antepasado². Don Alonso entonces, exultante, se humedecía los labios y, con su voz de jurista implacable, soltaba la perorata que se había transmitido íntegra de generación en generación, por espacio de catorce siglos, entre el linaje de los Seijas y Lobera. A saber si en el pasado hubo alguien que la contara mejor, porque lo cierto es que don Alonso era tan prolijo en datos y detalles, que daba la impresión no de haberla escuchado, sino que más bien la contaba como si él mismo hubiera estado ahí presente, como si él mismo se hubiera adentrado, lleno de devoción, piedad y temor, en la refulgente caverna del prodigio, en la pequeña cueva custodiada por ocho ángeles donde tuvo lugar el santificado sepulcro.

Desde luego que este relato no se contaba únicamente en el seno de la extensa familia Vázquez de Seijas y Lobera, al contrario, mucho había sido el prestigio y el provecho que esta historia del origen de su linaje había dado por siglos a la estirpe materna de don Alonso, por lo que en la familia tenían a bien repetirla cuantas veces fuera necesario, tantas, que no eran pocos en Compostela los que habían oído alguna vez esas historias, ya en las cálidas discusiones de las tabernas o en la frialdad del palacio. Grandes historias ocurridas a gente común y corriente en otros tiempos, tiempos en verdad muy lejanos, cuando siendo el mundo joven aún era posible que ocurrieran los grandes prodigios.

Así pues, el padre de Francisco no escatimaba esfuerzos oratorios al momento de narrar los impecables relatos de la sufrida obra del glorioso Lobesio Rivano, que según cuentan, no sólo fue un fiel devoto, un incondicional del apóstol Santiago, sino que incluso había hecho el viaje desde la lejana, lejanísima Palestina, en una barca que dicen fue gobernada por

Dios mismo, y en la que tras navegar por el aire llegaron a Galicia los restos de Santiago el apóstol, recién entonces vuelto mártir al ser decapitado por orden de Herodes Agripa, cuando apenas transcurría el año cuarenta y cuatro del Señor³.

Entonces, y hábil como era don Alonso en la retórica, persuadía a sus escuchas con aquellas reconstrucciones de la realidad llenas de virtud y sabiduría. Con su prosa fluida, estructurada en la moral y la verdad, en la verdad de la moral. Y aquí, como siempre que contaba la historia, don Alonso hacía una pausa, se refrescaba de nueva cuenta los labios con un poco de vino, esperaba que hiciera todo el efecto en su interlocutor lo que acababa de contar, y luego de servirse un poco más de vino remataba con un elocuente suspiro:

-Santiago fue el primer apóstol martirizado.

Otra pausa, no muy larga, para luego, con el mejor de sus tonos grandilocuentes, espetar la sentencia que invariablemente sembraba un poco de envidia en los oyentes:

-Porque no sé si ustedes estén al tanto –decía orgulloso- pero Lobesio Rivano, mi antepasado, fue uno de los primeros discípulos que tuvo en la península Santiago el Mayor, el hijo de Zebedeo; Santiago apóstol, que fue uno de los tres testigos de la transfiguración.

Después, y justo antes de que la atención se cargara demasiado en favor del santo, don Alonso retomaba a su ilustre antepasado, quien en una tarde del tiempo conoció a Santiago en un bosque cercano a lo que hoy es la ciudad de Padrón, esto ocurrió una noche cuando Lobesio seguía con curiosidad una lluvia de estrellas, caminando a la vera del río Neira. Hay que recordar que entonces no existía ahí población alguna, era un bosque enorme, nada más. Así, guiado por un racimo de señales en el cielo, fue como Lobesio se encontró al

apóstol bebiendo agua en un manantial, y pronto hicieron plática como suelen hacer los viajeros que se encuentran en medio de ninguna parte, y Santiago apenas hubo traspasado los saludos de rigor, le empezó a hablar a Lobesio de la palabra de Dios, y le dijo que era por afanes de llevar esa palabra por lo que se dirigía a la ciudad romana de Cesaria Augusta, donde iba a predicarla. Y como prueba de la verdad de su dicho, refirió a las estrellas que acompañaban su camino lloviendo desde el cielo. Por la pura curiosidad que le habían despertado tanto las estrellas como las palabras de aquél hombre, Lobesio abandonó todo lo que hasta ese día fue su vida, y se decidió a en adelante acompañar a Santiago, de socorrerlo en lo que le fuera posible.

-Así, una vez en las afueras de Cesaria Augusta, que es lo que hoy conocemos como Zaragoza -decía don Luis ufano ante la mirada embelesada de su hijo- el profeta se puso a predicar.

Entonces claro, el apóstol no tenía la presencia impactante que luego se le atribuyó, sino que era tan sólo un hombre pequeño y desastrado, un hombre con la fatiga propia de quien ha andado mucho camino y que predicaba al viento, pues nadie en la Galicia pagana de aquella época mostraba interés alguno en su palabra, muy a pesar de estar narrando prodigios tan grandes, que aún es la hora en que no han vuelto a repetirse.

Pero, dicen que sin importar el generalizado desprecio que la gente de Zaragoza profesaba hacia el apóstol, Rivano tuvo en su corazón una divina certeza, algo que lo hacía creer que las palabras de aquel hombre eran de suyo ciertas, y como era usual en aquellos tiempos, bastó el decir de su corazón para que confirmara su decisión y siguiera día y noche a Santiago durante los siete meses que estuvo en la ciudad, y donde finalmente sólo siete

personas creyeron en su palabra, mismas a las que hoy se les recuerda como “Los siete convertidos de Zaragoza”.

-Poco éxito en verdad tuvo el del Apóstol en aquella su primera estancia en la península - decía don Alonso fingiendo pesar.

Y en verdad que muy frustrada habría de ser su empresa, si no es que antes de iniciar el camino que lo regresaría a tierra santa, la Virgen Santísima acude en su socorro, apareciéndosele en la noche de sus dudas.

De nuevo don Alonso hace un alto en el relato para ingerir unos buenos sorbos de vino, bien ganados, y para dar tiempo a que Francisco se acomodara las calzas y cambiara su postura en el sillón.

Gracias a esa milagrosa aparición de la Virgen -continuaba su padre- a la que luego aquí se le llamó la Virgen del Pilar, fue que la gente de esta tierra abrió su corazón y su entendimiento a las palabras que el santo había pronunciado, y se permitió, con ello, el inicio del arduo y accidentado camino de la evangelización de España.

Estaba escrito que Santiago el mayor, apóstol, no habría de permanecer demasiado en estas tierras, así que tras capacitar en lo básico de la fe a sus primeros discípulos, les comunicó que tendría que abandonarlos, pues tenía enfrente aún mucho peregrinar, porque algo en el interior de su alma le decía que era preciso que volviera a terminar su labor en Tierra Santa, y de todos los recién evangelizados, sólo uno lo siguió: Lobesio Rivano. Y si Lobesio lo acompañó en el accidentado viaje de regreso hasta Tierra Santa, fue tan sólo porque había sido elegido para que ahí testificara un martirio y un prodigio. La tragedia de ver la cabeza

del amado santo rodar en tierra yerma, y el prodigio de luego viajar acompañando los restos del mártir, que junto con los de sus discípulos Atanasio y Teodoro, quienes también fueron martirizados al igual que Santiago, habrían de ser llevados a una embarcación insólita. Lobesio fue elegido para acompañarlos en aquella nave imposible que gobernaba los aires como un milagro, y donde Lobesio Rivano supo de la implacable voluntad de Dios.

Aquí venía siempre la primera interrupción que hacía Francisco, pues su padre no acostumbraba detenerse mucho en la descripción de la nave celestial. Pero al niño le resultaba fascinante.

-¿Cuéntame cómo era la nave?

-Eso no me lo pregunta nadie más- respondía don Alonso guiñando un ojo a su hijo- y es dato importante, todos los datos son a su modo muy importantes. Pero éste en particular lo es, pues la nave en sí era sencilla: apenas una goleta como las que se ven en el mar, pero con la cualidad de que era toda de maderas blancas, inmaculadas, ni la sangre que el santo derramaba lograba mancharlas, y las sogas impecables al igual que el velamen también eran blancos, y a esta peculiar vela no lo henchía viento alguno, sino la voluntad divina.

De hecho, según dicen, Lobesio no vio sobre la nave a otro mortal, porque era toda gobernada por ángeles, y dicen que él algo les quiso preguntar, pero cayó en un sueño profundo del que no despertó sino hasta haber arribado a la costa, donde recibió de los ángeles la encomienda de dar al santo y sus discípulos sepultura en una cueva cercana al punto donde casi un año antes él, Lobesio, nuestro ilustre ancestro y el apóstol Santiago, se conocieron.

-Los ángeles nunca responden- interrumpió el pequeño Francisco.

-¿Cómo?

-Que los ángeles nunca responden a las preguntas de los humanos.

-Ah, sí, eso es verdad- decía su padre, sin mucho conocimiento al respecto, pero con una sonrisa.

Pero por supuesto que no fue con regresar a España como terminó la aventura de Lobesio, al contrario, pues apenas llegando a las costas de Galicia se topó con el desprecio y la incredulidad de Loba, una mujer que en ese tiempo gobernaba con su crueldad estas tierras, y que estuvo muy lejos de creerse aquella prodigiosa historia, y mucho más lejos de sentir cualquier simpatía por los restos del santo y los otros muertos⁴. De muy poco valieron las emotivas palabras de Rivano ante aquel corazón endurecido, y aunque algunos pastores se ofrecieron a ayudarle a localizar una cueva discreta, Loba pretendió entrapar a los recientes cristianos, diciéndoles que les facilitaría un carro y unos bueyes para que tiraran de él. Les entregó el carro y les dijo que tomaran los animales que pastaban en las cercanías, y que eran los bueyes más fieros e indómitos del campo. Loba supuso que en cuanto aquellos hombres se les acercasen las bestias los destrozarían, y he aquí que de nuevo intervino la Providencia a favor de los del santo y del custodio de su cuerpo, y por ello Lobesio se acercó a las bestias sin que estas protestaran, y luego lo siguieron con una mansedumbre sorprendente y se dejaron poner el yugo sin reparos. La reina Loba, para su suerte, tuvo la sabiduría de reconocer aquello como una señal, y la prudencia de bastarle con un solo prodigio para creer en Santiago y su santidad, por lo que en adelante facilitó a Lobesio todo lo que éste le requirió, y fue así que por fin Santiago mártir encontró sepulcro

y reposo en una cueva cercana al sitio donde hacía no mucho tiempo Lobesio y el santo se conocieron.

Y luego de sepultar a Santiago en el interior de la cueva, en ese mismo lugar, continuaba don Luis, fue que Lobesio Rivano hizo la pequeña adecuación al apellido, pues siendo que tantos y tan enormes portentos le ocurrieron por haber salido a caminar a la orilla del Neira, se le hizo lógico y natural mutar el Rivano por Riva de Neira⁵.

Después, aseguraba don Alonso retomando el tono grave que exige la conversación de los grandes temas, tuvieron que transcurrir casi ocho siglos de olvido para que, en otra noche de enormes prodigios, a Teodomiro, obispo de Ira Flavia, se le presentara el santo ermitaño Pelagio, para decirle sin mediar reverencia, obviando los saludos, dado que nunca fue muy buena la relación entre ermitaños y religiosos, que en las cercanías del monte Libredón, a no mucha distancia caminando desde la diócesis, ocurrían en el campo sucesos sin igual, recurrentes maravillas de ángeles y luminarias.

Dado que ésta era la parte que a Francisco más le gustaba del relato, aplaudía con sus manitas, nervioso, se acomodaba en la butaca y abría grandes los ojos, como si ahí ante ellos y no en una noche lejana del pasado, estuvieran ocurriendo los portentos.

Obispo, ermitaño y un gran séquito de gente se desplazaron al sitio donde supuestamente tenían lugar tan extraordinarios acontecimientos. Y fue poco antes de que despuntara el amanecer del 25 de julio del año del Señor 813, que otra lluvia de estrellas guió a la improvisada multitud hasta lo más espeso del bosque, donde en una cueva del monte, fueron para todos visibles los prodigios previamente anunciados por el ermitaño. En efecto, la insignificante cueva que normalmente pasaría desapercibida, llamaba la atención porque

era sobrevolada por ocho ángeles, además de que en la boca de la pequeña entrada danzaban luces sobrenaturales, portento que, como siempre ocurre con los prodigios, a unos causó embeleso, a otros admiración, y al mismo tiempo muchos más fueron presa del temor.

Finalmente, obispo y ermitaño, uno junto al otro, compartiendo riesgo y destino, entraron juntos los dos a la cueva, donde a flor de tierra habrían de encontrarse, por fin, con los restos intactos de Santiago, hijo de Zebedeo, apóstol mártir. Baluarte de Galicia, de España y de la cristiandad.

Esa era la historia de cómo se vinculó la familia de Francisco con el santo, y escucharla era, con mucho, la mejor forma para el niño de terminar el día, y luego ya con la noche encima se iba a la cama, no sin antes dar gracias a Dios por esa alegría, y tras renovar con firmeza el compromiso de servir al santo; de ofrendarle los actos de su vida.

Pero no siempre la plática entre don Alonso y Francisco transcurría así, otras veces en cambio, cuando la fortuna no estaba del lado de Francisco, entonces pudiera ser que don Alonso llegaba no sólo pasado de vinos, sino además bajo el influjo de algún meigallo. Y cuando esto acontecía, cuando don Luis volvía a casa dando tumbos y aromático a pecados de lujuria, entonces la historia de la familia Seijas y Lobera que don Alonso contaba, perdía por completo su halo mesiánico, perdía las anécdotas divinas y los pasajes milagrosos en favor de una sarta de herejías que ponían a Francisco en medio de una situación angustiante. De poco valían entonces sus tímidos esfuerzos por no separarse de los faldones maternos, ya que don Alonso con improperios, dirigidos por igual contra él que contra su madre, lo llevaba a empujones hasta el enorme despacho.

Y ahí, en ese espacio que perdía su carácter acogedor y parecía otro mundo cuando su padre estaba bajo los influjos del mal, don Alonso maldecía la ignorancia del vulgo, agarraba de los hombros a su pequeño hijo y zarandeándolo lo increpaba, porque, decía don Alonso, cómo era posible que alguien se creyera tantas estupideces, si la historia que tanto había servido a la familia para afianzar esa ventajosa posición de la que ahora gozaban, no eran más que a todas luces patrañas, cuál apóstol, cuál santidad.

Y entonces, en medio de su llanto, Francisco miraba suplicante al séquito de ángeles que sobrevolando los sillones aplaudían eufóricos, burlándose de él, de su fe. Festejando las blasfemias de don Alonso.

-¿Quieres saber lo que yo pienso que pasó? –le gritaba don Alonso.

Y luego le espetaba otra interpretación de lo que pudo haber en aquellos remotos tiempos, y le sacaba a cuento el hecho de que en esas tierras culminaba una constante peregrinación de infieles, una marche que venía desde Germania, pasando por las Galias. Era una peregrinación centenaria que comenzaba en cualquier parte y que iba de ruina pagana en ruina pagana acrecentándose de infieles y ofrendando rituales y plegarias a saber a qué ancestrales deidades.

En verdad que aquellos primigenios peregrinos venían desde muy lejos y no daban por terminado su andar en Compostela, sino que seguían su devota ruta hasta llegar a Finisterre, donde, frente a los impactantes acantilados y ante las furiosas investidas del mar, el ritual de expiación y gratitud a sus extrañas deidades por fin culminaba. Y entonces, no era para nada de extrañar que los religiosos del reino, viendo lo sorprendente de esa marcha que se repetía año con año, alguno fuera a la Corte de Alfonso II, y sugiriera llevar el agua de esa

fe tan ancestral como pagana al molino del cristianismo, para de paso ahorrarle al rey y a los cristianos de la península el esfuerzo de tener que realizar el trayecto hasta Roma (en aquel entonces Jerusalén estaba tomada por los moros). Para ello, el mismo rey Alfonso II le encomendó a Fernando de Seijas y Lobera Rivadeneira, descendiente de Lobesio, que fuera hasta su natal Galicia, hasta la lejana Finisterre, y que viera cómo construir ahí un templo para la cristiandad.

En tanto, el pequeño Francisco, aunque bien sabía que su padre estaba bajo el influjo de un meigallo, y por ello no daba crédito a su dicho, de todos modos quería a toda costa dejar de escuchar, y trataba de entretener toda su atención mirando los enormes libros de su padre, queriendo en vano desafiar los alcances de su mala vista para leer los títulos repujados con láminas de oro en los lomos de piel. Pero en cuanto lograba distraerse, sus ángeles se acercaban con gestos severos, casi amenazantes, para decirle:

-Pon atención, Francisco, pon atención.

Tal empresa, la de construir un templo donde finalizaba la procesión, pronto se supo que resultaría imposible, porque donde la peregrinación pagana concluía, en una de las tantas acrópolis de la ruta ancestral, era en un escarpado desfiladero frente al mar, lugar donde resultaría imposible construir nada, mucho menos un templo enorme como había ordenado el rey. Pero entonces alguien sugirió que mejor sitio sin duda era el penúltimo punto del camino de peregrinaje, una discreta parada ubicada en un pequeño altiplano rodeado por un prolongado anfiteatro de elevadas montañas, sitio que además era favorable por estar bañado por dos ríos. Además ahí se encontraba también otra de las recurrentes acrópolis y un pequeño castro celta⁶. Finalmente fue en esa planicie donde, por orden monárquica,

Fernando, ayudado por una mente ingeniosa y el ciertísimo fenómeno de una lluvia de estrellas en el cielo, fenómeno que, al igual que como ocurrió con su antepasado Lobesio, lo fue guiando a la orilla del río Neira hasta el mítico manantial donde supuestamente paró a beber Santiago. Pero como Fernando juzgó que la lluvia de estrellas siendo común en esa parte del reino no bastaba como prueba milagrosa, construyó entonces la leyenda del ermitaño, del obispo y de todas las demás señales celestes, milagros, ángeles y luminarias incluidas.

-Eso, entiéndelo -decía don Alonso gritándole encolerizado- poseído por un maleficio que horrorizaba a Francisco. Fue el único milagro verdadero, el que posicionó a nuestra familia, por eso Fernando se cambió el apellido, fue él quien dejó el Riva de Neira de Lobesio hasta quedar como hoy, que lo escribimos todo seguido.

Ya luego, una vez documentado el fenómeno de la lluvia de estrellas, que dio el primer nombre de esa región: Campo de Estrellas⁷, algún otro ingenioso en la corte se valió de que las escrituras decían que el apóstol Santiago había sido rescatado por Dios mismo (un poco tarde a decir verdad pues ya lo habían decapitado) a bordo de una barca celestial, en la que la voluntad de Dios se lo llevó a saber a dónde, y como nadie sabía a dónde, pues bien pudo haber sido al cielo, o qué mejor, a enterrarlo en una cueva junto al Río Neira, para, aun ya muerto, seguir obrándole milagros a la Iglesia. Así pues, nada tarde, el rey don Alfonso II mandó iniciar la construcción de un templo pequeño, y aplanar un terreno enorme para ahí construir plazas que sirvieran para albergar a las desordenadas peregrinaciones de gente que muy pronto, y para regocijo de la Iglesia peninsular, se convirtió al cristianismo. Y en

muy poco tiempo también, lograron estas cuantiosas peregrinaciones rivalizar con las de Roma y Jerusalén.

Entonces, sabiendo que el blasfemo desvarío de su padre estaba pronta a terminar, Francisco miraba a don Luis ya sin miedo, sin rencor, y tras dejar de escucharlo empezaba a rezarle el santo, a suplicarle para que intercediera por el perdón de su padre, a pedirle que no fuera a condenarlo, aún más, por tanta blasfemia, que en cambio ponderara, a favor de don Luis, el hecho de que desde luego se encontraba bajo el influjo de algún hechizo.

-No lo castigues a él, Santiago apóstol, castiga a quien lo tiene bajo los efectos de un conjuro.

-¿Entiendes? -Le gritaba don Alonso- son patrañas, puras patrañas.

Y como elemento probatorio de que aquella leyenda no ataba para nada con la realidad, don Alonso argumentaba que incluso el Papa León III, en su momento mandó a un nutrido grupo de especialistas para desacreditar esa enorme herejía montada por el rey de España, pero cuando sus emisarios llegaron a Compostela y se percataron de que no sólo era ya muy grande la devoción, sino que sobre todo era muy rentable, entonces el pontífice tuvo que rectificar su actitud y ratificar a regañadientes el milagro. E incluso reconocer como auténticos unos restos que no eran falsos porque ni siquiera existían, y no sólo eso, sino que también de mala gana se vio obligado a autorizar el traslado de la sede del episcopado a la naciente, vigorosa y rentable Compostela⁸.

Luego, en medio de su ya in entendible perorata, don Alonso se quedaba dormido, con la cabeza inclinada hacia el frente, como gallo herido, con un hilo de baba escurriendo por el

labio, rendido de hereje empresa. Y entonces Francisco aprovechaba ese momento para salir a hurtadillas del despacho, y después bajaba corriendo las escaleras hasta encerrarse en el área de las habitaciones del servicio, donde dormía, para que ahí junto a su camastro, se arrodillara frente a la imagen del santo, pidiéndole con una sorprendente devoción que intercediera por la salvación del alma de su padre.

Y como a tanta angustia los rezos no lograban menguarla, uno de sus ángeles, inusualmente piadoso, se acercó para decirle:

-Vamos muchacho, dónde está la firmeza de tu fe. Tan santo fue Santiago, que aun siendo falso su sepulcro, bastó para fundar una de las tres ciudades más importantes del mundo.

¹ Para perfilar en el texto la personalidad del padre Aguiar, principalmente se tomó en cuenta lo expuesto por Antonio Rubial en *Los libros del deseo*, Grijalbo 2004, p.p. 23 a 28, y 60 a 67. Así como lo que describe Fernando Benitez, en *Los Demonios del Convento*, Era 1985, p.p. 95 a 107.

² Aunque el nombre en la cita de Lobesio Rivano parte de referencias testimoniales que no pueden considerarse concluyentes, Fernando Benitez (Era 1958) cita en *los Demonios del Convento* una referencia en tal tenor: “Francisco, descendiente de aquél caballero que entró al mar con su caballo para recibir el cuerpo del rollizo Apóstol...” p.p. 95.

³ Todos los datos sobre el Apóstol Santiago en, Alban Butler, *Vidas de los padres, mártires, y otros principales santos: deducidas de monumentos originales, y de otras memorias auténticas ilustraciones con notas de historiadores y críticos juiciosos, y modernos: corregida y aumentada por manuscritos del mismo autor*, 12 vols., traducción al castellano de Joseph Alonso Ortiz, Valladolid, Viuda é hijos de Santander, 1789-91. Véase también: Santiago de la Vorágine, *Vida de Santiago el Mayor. La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Forma, 1982, vol.I. Algunos rasgos de su leyenda, como la barca en la que Dios lo transportó de regreso a Galicia, la aparición de la Virgen del Pilar, son ficcionalizados en la novela.

⁴ Sobre el personaje de la Loba, véase: Santiago de la Vorágine, *Vida de Santiago el Mayor. La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Forma, 1982, vol. I.

⁵ La construcción del apellido Riva de Neira por Rivano, aunque plausible dados los acontecimientos, no tiene sustento documental, por lo que se suscribe en el territorio de la ficción.

⁶ Sobre las rutas del camino francés de Santiago y su relación con antiguos centros ceremoniales y necrópolis celtas, así como su uso e importancia durante el predominio romano, se pueden ver: Jacques Chocheyras, *Ensayo histórico sobre Santiago en Compostela*, Barcelona, Gedisa, 1999, 217 pp. (Econobook. Historia); Julio Caro Baroja, *España primitiva y romana*, Ilustraciones seleccionadas y clasificadas por Pedro Batlle Huguet y Julio Caro Baroja, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1957, 373 pp.; Paolo Caucci von Saucken, (dir.), *El mundo de las peregrinaciones: Roma, Santiago, Jerusalén*, textos de Fernando López Alsina *et al.*, Barcelona, Lunweg editores, 1999, 384 pp., il.

⁷ Ver la obras Ramón Yzquierdo Perrín, *Santiago de Compostela en la Edad Media*, España, Edilupa, 2002, 123 p., il.; y *España turística*, Guías Afrodisio Aguado, 9ª ed., España, 1973, 1146 pp.

⁸ *Ibidem.*

CUATRO

EN EL PRINCIPIO FUERON ALONSO Y MARIANA

Cuando era pequeña, Mariana de Ulloa a medio día gustaba de subir a una loma para mirar desde ahí el Cantábrico de azules tormentosos, el mar enorme salpicado a cada tanto por los velámenes de las barcas pesqueras que navegaban de regreso a la costa. Lo que a le gustaba era sentir en su rostro la virtud de la brisa; ese rumor de lejanías y tempestades que le desordenaban el pelo. Después, Mariana de Ulloa abría los brazos en cruz y disfrutaba el ruido que sus ropas blancas hacían al henchirse, Mariana, entonces, lamentaba no haber nacido hombre, y a regañadientes se conformaba con ser la vela de un barco imposible que soñaba con marcharse hacia otra parte.

Luego vino la jugarreta de la vida, y aunque ella era aún muy pequeña, llegó la providencia a bordo de una carreta tirada por dos caballos para decirle que no se hiciera ilusiones, que jamás iría a las Indias como esperaba, y que nunca sería ella parte de las leyendas fantásticas que llegaban del otro lado del mar. Pero Mariana era aún muy pequeña para entender a la vida y sus ironías, así que solo notó que en aquella carreta llegaba un matrimonio amigo de sus padres, que venían con sus dos hijos, de los cuales uno, al que menos recordó después de esa visita, habría de convertirse años más tarde en su marido. Así, sin saberlo en ese momento, ocurrió que en la carreta aquella venía el ancla que habría de convertirla en vela de tierra adentro, esas que no encuentran viento que las hinche y que, por supuesto, no van a ninguna parte.

Pero la niña no tenía manera de saber todo lo que la providencia tramaba en ese instante, y sin embargo dejó de jugar a que era el velamen de su destino, y corrió cuesta abajo para unirse a sus hermanos que rodeaban la carreta, que acariciaban a los caballos; uno alazán y el otro tordo, porque así son los caballos de la fatal voluntad de Dios.

A Mariana de Ulloa, aquella ocasión Alonso Vázquez de Seijas y Lobera ni siquiera la miró, porque desde entonces Alonso era un mozalbete petulante y altanero, en cambio, el hermano de Alonso, Fernando, que era unos años más joven, él sí resultó ser buena compañía porque era un muchacho accesible y bromista que pronto se unió al coro ruidoso de chiquillos que se entretenían jugando caja, lanzando por el aire las pulidas piedras de río y chillando cada que de casualidad alguno lograba acertar al pequeño orificio del cajón de madera.

Luego de la prolongada comida en casa, Mariana propuso a los niños que fueran todos a jugar a las velas, pero sus hermanos rotundos se opusieron, así que se subió la loma acompañada únicamente por Fernando, y una vez en lo alto le dijo que se pusiera de frente al mar, y le mostró lo básico que debe saber una vela respetable, le indicó cómo pararse de cara al viento, cómo extender los brazos y aprovechar la holgura de la ropa, y por último le explicó cómo es que se precisa mover a cada tanto la cintura, apenas un poco, lo suficiente para rectificar el rumbo. A los pocos minutos Fernando se aburrió de que siendo tan buena vela no lograra ir a ninguna parte, y mejor bajó corriendo para integrarse a los juegos y alborotos de los otros niños que correteaban en el patio. Mariana, en cambio, fiel a su costumbre y su paciencia, siguió ahí parada, con los ojos cerrados, durante horas,

navegando con la mente la mar de lejos, hasta que encima de sus ganas de marcharse cayó la noche, y su padre salió a llamarla.

* * *

Alonso Vázquez de Seijas y Lobera había mostrado pronto, ya desde muy pequeño, que lo suyo era la astucia, y que además tenía un efectivo y elocuente poder de convencimiento, y eso, si se vive dentro de una familia de jurisconsultos, era desde luego una buena señal. Así que no es de sorprenderse que aun sin terminar sus estudios auxiliara ya a su padre, reconocido jurista, en alguno de los más sonados casos de Galicia.

Y entonces, siendo Alonso un joven exitoso y docto en una vida licenciosa, no se veía por ningún lado en su horizonte la necesidad de sentar cabeza, y por ello no es de extrañar la manera como gastaba tanto su dinero como su juventud en los excesos, hasta que la crisis por la que hacía años atravesaba la provincia alcanzó finalmente a su familia. Estuvieron a punto los Vazquez de sumirse en la decadencia que acarreaba tanto libertinaje, pero coincidió entonces que la corona, aterrada por esa paulatina despoblación de la península con la consecuente merma en los impuestos, ideó un plan de beneficios tributarios para aquellos súbditos que contrajeran matrimonio y procrearan.

De poco importaba que Alonso no conociera a mujeres apropiadas, pues para entonces sus padres ya habían tanteado el terreno, y sin dudarle le impusieron a la hija mayor de los Ulloa; la joven Mariana. Luis por supuesto que ni siquiera la recordaba, sólo había

acompañado a sus padres una vez, hacía mucho, a visitar a la familia Ulloa, pues luego lo imposibilitó de repetir la visita el hecho de asistir con un denodado esmero a sus estudios.

-¿Cómo es Mariana? –preguntó en la cena familiar.

-Es una vela blanca. –acotó Fernando, su hermano.

-Ese era un juego en el que Mariana se entretenía de pequeña –terció la madre- ahora es una muchacha virtuosa y agraciada.

-Quizá debiéramos hacerle una visita.

En algún momento Alonso Vázquez de Seijas y Lobera tendría que mostrarse juicioso, y sus padres, que no veían para cuando, agradecieron que de algo sirviera la crisis por la que atravesaba la corona en ese tiempo. Eran los años en que los reinos de ultramar empezaron a dar más problemas que beneficios, porque dejaron de ser bien administrados, fueron también los años de la debacle de la otrora Armada Invencible. Todo se caía en el reino con la premura de un castillo de naipes. Y si bien la proliferación de la venta de títulos nobiliarios, la legitimación de propiedades adquiridas ilegalmente y la concesión de cargos públicos favorecieron a la familia por los continuos conflictos que estos irregulares asuntos ocasionaban. Aún así no estaba de más prevenirse, porque si bien y para fortuna de la familia parecía que no iban a terminar nunca las confrontaciones derivadas de los *foros*¹ y el consecuente pago de las quintillas, lo que de algún modo mantenía un flujo constante de ingresos en el despacho de jurisconsultos de los Vázquez, de igual modo eran tiempos que llamaban a la prudencia. Y dado de que desde hacía cinco años la corona eximió del pago

de toda clase de tributos durante dos años a los que contrajeran matrimonio, y por cuatro años más del pago de impuestos comunes a quienes procrearan, entonces el matrimonio pasó a ser un negocio a todas luces ventajoso².

Además, optar por Mariana de Ulloa no sólo parecía una buena elección por lo que la muchacha en sí representaba, poseedora ella de todas las virtudes (incluyendo por supuesto una jugosa dote), sino también porque era otra forma de ratificar el vínculo de esas cuatro familias: de los Vázquez, los Seijas y Lobera, los Ulloa y los Rivadeneira, que hacía muchos años, en la terrible peste del 1569³, salieron huyendo de Compostela, dejando tras de sí un sembradío de muertos que terminó reduciendo no sólo a sus respectivas familias, sino también la población de la ciudad, que terminada la peste quedó mermada a menos de la tercera parte. En esas cuatro familias, que pese a tener tantas afinidades no tenían uniones en la tercera generación, había sido algo común y tradicional escuchar en boca de los abuelos el penoso errar a la vera de caminos desolados, sembrados de muertos, en un viaje que duró casi cuatro años y que no lo regía mapa alguno, sino la sola necesidad de no atravesar por poblados o caseríos que a la entrada tuvieran las fúnebres banderolas de trapos negros que señalaban al lugar como territorio tomado por la peste.

Fueron días difíciles, días de un peregrinar menesteroso por los caminos a veces enfangados, a veces polvorientos de la provincia. Años difíciles de los que sólo por la gracia divina algunos integrantes de esas cuatro familias lograron salir bien librados.

Pero aún ya discutida la importancia y la conveniencia del matrimonio entre sus hijos, a los padres de Alonso y Mariana les llevó casi un año lograr que sus vástagos se encontraran

nuevamente, por los muchos compromisos de Alonso con su trabajo y sus estudios. El encuentro no tuvo lugar sino hasta la fiesta de Santiago. Así, por fin y por ventura, vinieron a verse las caras nuevamente en el atrio de la catedral de Compostela, el sábado 23 de julio de 1626, durante los tradicionales festejos de la semana de Santiago apóstol mártir, y, a pesar de que era irrelevante pues su boda ya había sido pactada, Alonso y Mariana se agradaron, y ambos creyeron que de nueva cuenta la fortuna les sonreía.

Después, de poco les valieron a los Vázquez y a los Ulloa sus respectivos prestigios, y sus no pocas influencias, porque al ser el entrante año jacobeo⁴, al caer el 25 de julio en domingo y ser por ello un año santo, les fue imposible pactar la fecha de la boda para después de marzo, pues como es de imaginarse, las capillas estaban todas comprometidas desde hacía años. Entonces, el del 27 iba a ser desde luego un año de multitudes continuas, dado que serían interminables los aludes de peregrinos que llegarían por el camino francés a expiar sus culpas, pues como es sabido, la Iglesia Católica decretaba que en año santo, y cumpliendo ciertos requisitos menores, se puede alcanzar la Indulgencia Plenaria. Así, estaba claro que toda clase de pecadores buscarían la gracia en el año santo Compostelano, para obtener de un solo golpe el perdón de todos sus pecados, incluso los mortales. Todos estos beneficios a cambio de tan sólo andar unas cuantas leguas con ánimo devoto, peregrinar unos cuantos días para finalmente acudir a rezar en Catedral y allí celebrar los sacramentos eucarísticos y penitenciaros.

Con todo, los padres de la joven pareja no se desanimaron y terminaron por conseguir un espacio para que entrada la primavera, el mismo y recién nombrado arzobispo

Metropolitano de Santiago, don José González Villalobos⁵, bendijera el esperado enlace. Esta sería, por cierto, la primera liturgia del religioso ya como príncipe de la iglesia.

Y pese a que tuvieron el tiempo encima para hacer todos los preparativos, la boda fue un evento grato y emotivo, don Alonso y doña Mariana contrajeron matrimonio a medio día del 27 de marzo, en la nave central de la Catedral de Santiago de Compostela, ceremonia que dio inicio puntualmente con la llegada de los novios, a ese que era uno de los espacios más recientemente remozados de la catedral, que fue construido sobre la bella arquitectura románica del claustro original levantado en el siglo doce. Como era de esperarse la boda fue suntuosa, a la altura del lugar, y del linaje de las familias, y por ello el cuadrado de 39 metros por lado apenas se dio abasto para recibir a los invitados.

Para iniciar la ceremonia y ataviada con una albura cegadora, Mariana de Ulloa bajó de un carruaje que era tirado por cuatro caballos e iba finamente engalanado. Descendió despacio por la escalinata de madera para ser recibida por la furia de una aireada celosa que le hinchó el vestido, y entonces Mariana volvió a ser por un momento la vela memorable de un bergantín que evade a los piratas, pero fue sólo un instante, porque prestas sus doce damas de compañía se encargaron pronto de plisarle el vestido, y junto con el vestido le plisaron también las renovadas ansias de marcharse mar adentro, y luego, ya sin la vigorosa ventisca, sólo quedó una pañoleta ondeando sobre el aire, como nostálgico estandarte de un navío que recién encalla en los arrecifes de su desgracia. Mariana después de esa mañana nunca volvió a ser vela, y por si fuera poco también dejó de ser niña luego que dijo el:

-Sí, acepto como esposo a don Alonso Vázquez de Seijas y Lobera.

Y ya iniciada la boda se ubicó, en la parte posterior de la nave, discreta, una muchacha en la que necesariamente se repara, es una mujer joven y elegante a pesar de sus ropas un tanto anticuadas, y demasiado luctuosas. Y aunque en realidad no hace nada sobresaliente, sino nada más estarse ahí parada, su sola presencia llama la atención, sobre todo luego de que no saludó a nadie, que nadie recuerda no sólo no haberla visto antes en el templo, sino ni siquiera por la ciudad de Compostela, aunque nada más por no dejar, alguien dice que la ha visto en cercanías.

La mujer espera con cierta tranquilidad fingida hasta escuchar a Alonso jurando fidelidad eterna, entonces se le crispa un hechizo en la mirada, se le ensombrece el rostro con un gesto de rabia que aunque dura sólo un instante basta para avejentarle las facciones. Pero es nada más un momento, que pronto recobra la compostura, y deja incluso que de sus labios se fugue una sonrisa.

Se le miró todavía, a la extraña mujer, cuando los novios se marchaban, fue ella de los muchos que en el atrio lanzaban arroz al aire, esa costumbre que hacía poco los expedicionarios de la Armada Invencible trajeron de oriente, lugar donde dicen al arroz se le vincula con la fertilidad, y que se les arroja a los novios con la doble esperanza y el deseo de que procreen varios hijos y además gocen los desposados de una próspera abundancia. Lo segundo ocurrió pronto, lo primero no pasó nunca, porque Mariana de Ulloa solo iba a parir un hijo⁶.

Luego, una vez terminado el ritual pero sin jamás haberse persignado, la misteriosa mujer se marchó tras el carruaje de los novios, y ella sí que iba en paz, a su manera.

Para la incipiente pareja empezaron pronto los problemas y las desavenencias, pues justo el mismo día del enlace, por la noche, una vez terminado el banquete, y ya por fin los esposos a solas en la alcoba florida. Fue cosa de que por una parte don Alonso había bebido demasiado, y por otro lado estaba acostumbrado a mujeres de mayores ligerezas. Entonces, y aunque es verdad que en un principio a don Alonso Vázquez le agradó el exagerado pudor de su esposa, e incluso de algún modo le excitó tener que forcejear para descubrirla del ropón de dormir. Luego le malhumoró tanta aburrida pasividad. Para fortuna de ambos, desde un principio su vida íntima resultó insatisfactoria, y para remediarla a don Alonso le bastaron como siempre las cortesanas, y a doña Mariana, que pronto vino a disgustarle su nueva vida de mujer desposada, encontró en el cobijo de la iglesia el bálsamo de su nueva obsesión, y a partir de la mañana siguiente al matrimonio, empezó a pasar más y más tiempo en catedral, rezando con una devoción recién estrenada, jurando al santo que si toleraba todo aquél pecaminoso sacrificio, era nada más con la intención de procrearle al más fiel de sus discípulos.

Así que doña Mariana sólo permitió que su marido la tocara hasta saberse preñada, luego los contactos carnales se fueron distanciando, evitados primero por causa de un complicado embarazo, luego por razón de no estar de acuerdo él con que no se hicieran cargo de la alimentación del pequeño las nodrizas, después por artanica de don Luis, que hartado de la monotonía de su lecho encontró alivio en las mujeres de su vida de antes.

Doña Mariana desde que se supo preñada quiso parir a un hombre virtuoso, un hombre que se dedicara a predicar la palabra de Dios, un hombre casto cuya voluntad lo salvara de los males que azotaban al mundo y que ofrendara su vida al servicio del apóstol Santiago.

Doña Mariana quería parir a alguien que convenciera al santo de volver, para que ayudara de nuevo a paliar la miseria en estas tierras, como ya lo había hecho antes, hace cientos de años en la batalla de Clavijo, cuando a caballo, espada en mano y portando altivo el estandarte de alférez de la milicia, vino a ser partícipe de la victoria de los cristianos frente al Islam, en la célebre batalla de La Rioja⁷.

Pero desde entonces, hacía siglos de esa mítica batalla y del santo no se había vuelto a tener noticia, era como si ahora definitivamente Santiago los hubiera abandonado, como si para él los estragos que no fueran estrictamente de índole religiosa no le merecieran suficiencia, como si no juzgara de ningún modo a la peste o la hambruna como motivo que bastara para preparar su regreso. Pero Mariana, devota como era, no paraba de rezarle, cientos, miles de veces. A cualquier hora se le podía ver postrada, con sus cuatro meses de preñez, frente al Tímpano de la batalla de Clavijo, en el brazo meridional del crucero de la catedral. Rogando por su hijo y por el reino ante la imagen del santo resucitado, el santo que en esa representación montaba en un imponente caballo blanco, caballo que por cierto buena falta le hubiera hecho en su primera vida, para ayudarlo a evangelizar la Península con más presteza.

En cambio los planes de don Alonso para con su hijo, pragmático como era, resultaron ser bastante distintos. Aunque él también pensaba que probablemente lo correcto sería reservar al primogénito para el servicio de Dios, antes de tomar esa decisión quería aguardar a tener otro hijo, pues le quedaba claro que de ningún modo era su intención ofrendar a su progenie. Entonces, por lo pronto y mientras doña Mariana no le diera más descendencia, juzgaba suficientemente saldada su deuda con la Iglesia a través de las generosas

donaciones que tanto él como doña Mariana hacían a menudo, y en cambio, tenía otros planes para su hijo. Uno planes bastante más pragmáticos porque en él veía a alguien que naturalmente en el futuro continuaría los negocios familiares, aquellos negocios las más de las veces algo turbios que poco o nada tenían en concordancia con los preceptos cristianos, pero que no obstante tan afines eran a los de la Iglesia.

Además de sus intereses personales, como heredar a algún hijo su puesto de regidor perpetuo de la ciudad de Betanzos, era cierto que don Alonso estaba en contra de contribuir a esa desmedida creciente de prelados ociosos, que según su entender, en buena parte eran responsables de la difícil situación por la que atravesaba el reino. De algún modo don Alonso intuía que la difícil situación por la que cruzaba España no era en realidad una desgracia pasajera, había demasiadas señales, demasiados elementos apuntando por todas partes más bien hacia una rotunda decadencia. Don Alonso era lo suficientemente astuto para notar que el reinado de Felipe III era el parte aguas de los Austrias, el punto del antes y el después: antes todo había sido crecimiento y abundancia, después no quedaba más que un camino, la caída hacia el abismo. A la monarquía en esos tiempos se le iban juntando todas las desgracias, pues no únicamente se trataba de la creciente rebeldía de las colonias, ni de la ruina de las rutas del tránsito marítimo, sino que a eso además había que aunarle a esos problemas la preocupante la aridez del campo en la península, las perennes cosechas deficientes, la incontenible emigración hacia las Indias y las colonias, la frecuencia de las fanáticas expulsiones, las tierras yermas y sus campesinos de manos muertas, el desmedido aumento de vagabundos y limosneros, el crecimiento desmedido de un clero improductivo, los impuestos de escándalo, las desgastantes guerras en varios frentes, la peste⁸.

Todo, absolutamente todo parecía empeinado en confabularse en contra del reino.

A fin de cuentas, y luego de unos meses difíciles, doña Mariana parió en el año santo a un crío escuálido y enfermizo, fue un alumbramiento doloroso y extenso, con un trabajo de parto que se demoró horas ante la fatiga de la comadrona y el hartazgo de don Alonso, que terminó marchándose a la calle. El pequeño finalmente nació en Betanzos, en la casa donde por aquél entonces habitaban, y donde habría de pasar el primer año de su vida luchando contra las enfermedades, entre friegas de alcohol y paseos cortos para beneficiarse de la brisa salada del mar⁹. Junto al crío, sin que nadie más que el pequeño lo notara, vinieron al mundo sus ocho ángeles espurios, esos seres dudosos que luego mostraron su naturaleza maléfica, pero que durante el alumbramiento rondaban invisibles entre el tumulto de sirvientas que asistían a la partera. Miraban, los ángeles, al niño con mucha atención, y luego sobrevolaban las cabezas de la gente cruzando apuestas para ver si aquél crío sobreviviría o no. Y sólo después de un rato, cuando la madre y el niño fatigados se durmieron, fue que los ángeles se asomaron por la ventana, y sí, ahí estaba ella, la Meiga, del otro lado de la calle, semioculta en el quicio de una puerta, oscura y encapuchada, esperando una señal, esa señal.

Ya estaban por fin todos reunidos, pequeños, Meiga y ángeles, podía entonces empezar el juego de la vida.

Los ángeles, tras sentir la mirada iracunda de la Meiga, dejaron de lado sus juegos, sus bromas y sus sonrisas, y en cambio, empezaron a planear sus estrategias a tejer el hilo con el que la Meiga y el pequeño habrían de estar unidos.

A pesar de la fuerte oposición de don Alonso, que a toda costa deseaba que su hijo se llamara Alonso Francisco, doña Mariana logró imponerse y al pequeño se le bautizó sólo con el nombre de Francisco, pues de todos los caminos hacia la santidad, era el de San Francisco de Asís el que a su madre más le agradaba, y por supuesto que no quería enturbiar ese trayecto hacia lo santo contaminándolo de entrada con algo que le recordara a su esposo, aunque fuera nada más el nombre. Quería sólo y limpio el nombre del santo, porque pocas cosas doña Mariana valoraba más que los atributos de san Francisco, aunque tales virtudes en realidad ella nunca las practique, a saber: la modestia, la humildad, la obediencia. Es decir el desapego hacia las cosas del mundo.

Luego de unas semanas difíciles, el pequeño Francisco fue llevado en brazos a bautizar a la Catedral de Santiago de Compostela, y en la suntuosa ceremonia bautismal el arzobispo González Villalobos predijo, ante el beneplácito de doña Mariana, que ese pequeño estaba llamado a ser un gran servidor de la Iglesia de Dios. Y hasta don Alonso cedió por un momento a la idea de que su hijo consagrara la vida a la virtud de la Iglesia, pues sabido es que el delirio de los pecadores es buscar la santidad. Pero fue sólo un momento, pues luego don Alonso prefirió de nueva cuenta que su primogénito sea como él, que herede el negocio familiar y eso sí, que sea muy generoso en obras pías.

A la ceremonia bautismal no acudieron los ángeles del pequeño Francisco, por alguna extraña razón ellos nunca pudieron traspasar el umbral de la Catedral, y entonces se quedaban siempre inquietos afuera, revoloteando sobre las plazas de los peregrinos. En cambio, la Meiga, esa mujer misteriosa que algunos recuerdan haber visto el día de la boda, ella sí entra, ella sí traspasa el pórtico, camina altanera entre los ángeles mirándolos con

sorna y va hasta el primer círculo en torno a la pila, comparte sin pudor entre las familias, los amigos, y luego se acerca al pequeño Francisco de Aguiar y Seijas que llora desconsolado, con un atrevimiento insólito la Meiga le da al pequeño un beso en la frente todavía húmeda de agua bendita y el niño se calla, eso, el que Francisco deje de llorar, hace que todos reparen en ella, en la mujer que siendo Meiga de nuevo sonrío, ahora indulgente, y se marcha discreta, ligera, como una sombra.

Luego la mujer que siempre viste de negro sale del edificio, va hasta el patio de peregrinos que se encuentra lleno de fieles y se sienta en una banca junto a los ángeles. Se quedan todos, ángeles y Meiga, mirando con curiosidad al enjambre de creyentes, contemplando atentos los sufridos rostros, aquél era ya el año de la gran hambruna, era la víspera de las grandes pestes, tiempos malos y de suyo menesterosos de milagros.

-¿Saben? El niño ya me pertenece.

Por último, y por así convenir a la familia, el año siguiente la incipiente familia se mudó de nuevo y ahora definitivamente a la ciudad de Compostela, ahí compraron una casa que de nuevo el arzobispo González bendijo, y así como su primer acto público luego de su nombramiento fue casar a don Alonso y doña Mariana, el último fue el otorgar esa bendición, pues al salir de la casa, durante el camino de regreso hacia la Catedral, se topó con la misteriosa mujer del luto eterno que le interrumpió el paso.

-Muchas gracias su eminencia.

Dijo la Meiga mientras se postraba de rodillas, para besarle al cura el dorso de la mano y así, con un beso, sacarlo para siempre de esta historia.

La vida para doña Mariana, después del bautizo de Francisco, encontró por fin su ritmo, un ritmo monótono que la salvaba de extrañar su pasado y preocuparse por el futuro. Hasta que una tarde, ya hecha costumbre a la enorme casa nueva, mientras doña Mariana revisaba el lavado de sábanas, mientras demorándose recorría los tendederos que formaban un laberinto de telas húmedas, escuchó el sonido aquél que tanto placer le había dado en los primeros años de su vida; escuchó una ráfaga de viento de otros tiempos que produjo el ruido seco de las telas tensadas, las telas ansiosas por someter el rumbo. Luego, envalentonadas por la aireada las sábanas todas hicieron cóncavo al laberinto del tendedero, y doña Mariana se sintió en medio de una flota épica, su propia armada invencible que en complicidad con un viento inverosímil le marcaba por última vez el rumbo de hacia unos sueños lejanos. Pero ya era tarde, y entonces al pasar revista a los velámenes sólo encontró uno con un motivo para reprender a la criada, destendió esa sábana, la dejó caer hacia el suelo de tierra y luego se fue corriendo.

A saber lo que en realidad ocurrió dentro de sus pensamientos, cosas de la vida y las mujeres, pero lo cierto es que luego de ese incidente, doña Mariana empezó también a vestir de negro, se impuso un luto riguroso, propio de quien sabe que la felicidad ha muerto.

¹ El foro es un derecho real enajenable, adquirido sobre cosa e inmueble ajeno, que permite el uso y goce de la misma como si fuera propia, mediante el pago al dueño de cierta pensión anual por razón de las utilidades que ha de rendir la finca. Enrique Gacto Fernández, *El derecho histórico de los pueblos de España: temas y textos para un curso de historia del derecho*, Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, 1994. 8a ed., 732 pp.

² En 1623 se eximió del pago de toda clase de tributos durante dos años a los que contrajeran matrimonio, y por cuatro años de pagos de impuestos comunes. Al crearse en 1624 la Junta de Población, Agricultura y Comercio, se reconoció expresamente la despoblación del reino. Véase Ramón Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe 1954-1999, en sus capítulos sobre demografía, potencial humano y base económica en el siglo XVII.

³ Se registró una peste que duró año y medio y comenzó en octubre de 1567, en todo el territorio de Galicia. Hay, incluso, registro de la importancia de la misma en el Tumbo E de la catedral compostelana como recuerdo. Véase la monografía sobre las pestes en Galicia titulada “La peste en Galicia en el siglo XVI”, en Atanasio López, *Nuevos estudios crítico-históricos acerca de Galicia*, introducción y notas por Lino Gómez Canedo, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, 1947.

⁴ Quintín Aldea Vaquero (dir.), Tomás Marín Martínez y José Vives Gatell, *Diccionario de historia eclesiástica de España*, 4 vols., Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1972.

⁵ Arzobispo Metropolitano de Santiago de 1627 a 1630, según lo publica la página en Internet de la Arquidiócesis de Santiago de Compostela, en su *episcopologio*. www.archicompostela.org

⁶ Juan Francisco Muñoz García, *El matrimonio, misterio y signo: siglos XVII y XVIII*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, c1982, 553 p. (Colección Canónica de la Universidad de Navarra).

⁷ María Soledad Lázaro Damas, “Una iconografía de frontera: Santiago Matamoros en el privilegio de Pegalajar”, *Sumuntán: Revista de Estudios sobre Sierra Mágica*, Vol. 15 (2001), Colectivo de Investigadores de Sierra Mágica.

⁸ Sobre las diferentes opiniones acerca de la cantidad de manos ociosas y el aumento enorme de prelados y sacerdotes; y sobre las migraciones, pobreza y vagabundismo que aquejaban a España, en general, sobre el contexto socio-económico durante el reinado de Felipe IV, véanse: Ramón Menéndez Pidal, (dir.), *Historia de*

España, Madrid, Espasa-Calpe 1954-1999, en sus capítulos sobre demografía, potencial humano y base económica en el siglo XVII. Vicens Vives, J. (dir.), *Historia social y económica de España y América*, Vol. 3, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1982, 586 pp. (Libros Vicens bolsillo). Y Pierre Vilar, *Historia de España*, traducción de Manuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria, Barcelona. RBA, 2004, 184 pp. (Biblioteca historia de España).

⁹ Los datos sobre el nacimiento de Aguiar (que no aparecen en el historial de la Iglesia), fueron de Los gallegos y el Nuevo Mundo en la época virreinal, Grupo, Nono 1987, Art. Banco Pastor.

CINCO

DE ÁNGELES Y MEIGAS

Aunque si bien es cierto que guiados por razones y esperanzas muy distintas, el caso es que ambos padres de Francisco lo acompañaron cuando finalmente ingresó de monaguillo.

A doña Mariana, la madre, la asistía no sólo una esperanza sino la jubilosa certeza de que, sí desde tan temprano su pequeño quedaba al cobijo de la piadosa Iglesia, sin duda más pronto que tarde alcanzaría la salvación y la gloria, privilegios que tanto a ella como a su esposo les serían difíciles de acceder, pues en innumerables ocasiones habían cedido ante las tentaciones de la vanidad, ante los apremios de la carne.

En cambio a don Alonso, el padre, aunque no le tenían sin cuidado la gloria eterna y la salvación celestiales, le bastaba por lo pronto con quedar a salvo del infierno, razón por la cual no dejaba de cooperar con generosos, muy generosos donativos a la Iglesia. Donativos que por lo menos le garantizaban que, al morir, tendría a un nutrido grupo de curas haciendo lo necesario, profiriendo los rezos suficientes por si sucede que en verdad sea posible de alguna forma ir al cielo, sobre todo luego de una vida tan incierta en la fe como la suya, una vida tan constante en el pecado. Pero lo que en realidad le agradaba a don Alonso de eso, de aquella nueva actividad de su hijo, era que por fin Francisco se despegaría un poco de las faldas de la madre.

Además, y más acorde con su lúdica naturaleza, a don Alonso lo llevaba a la catedral otro motivo, una razón de suyo más pueril: la curiosidad por esa mujer de la que desde hacía unos años todos hablaban en Compostela, la viuda rica que aun habiendo caído en la

desgracia de la soledad, y encima siendo tan joven y atractiva, había decidido mudarse ahí para consagrar su devota vida en la ciudad santa. Al parecer la viuda pretendía una nueva existencia dedicada enteramente a la oración y la virtud, por lo que se entiende que no habiendo aceptado caer en desgracia moral, rechazó sistemáticamente las innumerables insinuaciones de los hombres de la corte, insinuaciones éstas, también hay que decirlo, que venían las más de las veces de hombres casados, aunque tampoco fueron pocas las propuestas matrimoniales que prefirió no aceptar, privilegiando su recuperada castidad.

Ella, la mujer que siempre vestía de negro portando un luto sin concesiones, y que en realidad no había dado fundamento alguno a los rumores que corrían por toda Compostela. En ese momento, además de sus siempre puntuales y generosas donaciones a la Iglesia, también se había interesado vivamente por recoger a uno de esos muchachos que son abandonados por sus padres recién al nacer: los donados, hijos de madres desvalidas que ven en las puertas de templos o conventos la última esperanza de sus vástagos, y dejan a sus críos en el torno para ver si la piedad de los curas o las monjas les cambia el sino de la suerte, que para ellos, sus hijos, ya de entrada fue muy mala¹. Pero esa opción, la del abandono en las puertas de un templo, por despiadada que parezca, es siempre mejor idea que la de llevar a sus hijos al bosque y dejarlos al arbitrio de la fortuna en la noche de los lobos, como algunas otras mujeres se veían forzadas a hacer, ya por la soledad o por la desesperación que resultaba de las hambrunas.

La viuda, además, al parecer era irlandesa, o al menos así lo sugerían los cabellos rojizos, crespos, y los enormes ojos negros. Y aunque era extraño ver a alguien de su acomodada condición entre los inmigrantes irlandeses, pues la mayoría era gente de campo que fueron

invitados al país para sustituir en las labores más ínfimas a la población morisca². Se sabía que hubo también entre estos irlandeses algunos aristócratas que dejaron su isla para asentarse en una tierra con clima más benigno. Y aunque es verdad que al poco tiempo los más de los inmigrantes fueron mal vistos en el reino, pues pronto decidieron abandonar el trabajo y dedicarse a la mendicidad, hubo otros que de buena manera contribuían al sustento del reino ya fuera con su riqueza o con su denodado trabajo.

En fin, que estaba la viuda en trámites para recoger a un pequeño donado bajo su cuidado y tutela, un niño que sin duda era también hijo de irlandeses y que incluso no dejaba de tener un aire de cercanía con la viuda, lo que desde luego también dio material para acrecentar las habladurías. El niño, de nombre Diego Alonso, tenía más o menos la misma edad que Francisco, y también iniciaba ese día su aprendizaje de monaguillo.

Siendo la viuda una mujer hermosa, siendo la Meiga una mujer astuta, no pasó desapercibida a la mirada de don Alonso, quién se acercó a su hijo para sugerirle que entablara amistad con aquél niño.

-¿Cuál?

-El que nos está mirando.

Luego Francisco preguntó a su padre por qué a su entender debería entablar dicha amistad, y el padre arguyó cualquier razón, que tocaba desde la caridad hasta la simpatía por los menesterosos, todo porque no quería decirle que le importaba muy poco ese otro niño y los monaguillos todos, pero que en cambio necesitaba echar mano de un buen pretexto para conocer a la viuda, para interpelarla sin el asomo de las habladurías que en otras

circunstancias generarían su acercamiento, sus carnales y turbias intenciones. De inmediato don Alonso se sintió culpable por los pensamientos que tanto le abrumaban, la carne que lo obsesionaba a todas horas, incluso en el interior del templo de Dios.

Y se entienden ambas cosas, la culpabilidad que aflige a don Alonso por sus pensamientos impíos, y el genuino interés que le despierta aquella mujer inevitable, pues en verdad que era rotunda e impertinente su belleza. A Francisco en cambio, la idea de procurar alguna cercanía con esa mujer no hacía más que atemorizarlo, pues aunque nadie se lo iba a creer, a Francisco le constaba que la viuda era en realidad una meiga.

Por eso cuando Francisco vio a su padre afanándose por conversar con la viuda, sintió un profundo desasosiego, y aunque pensó comentarle a don Alonso, decirle de los meigallos que él le había visto proferir, de cómo ella se agazapaba por las noches frente a la casa, con su porte maligno y altanero, aunque lo pensó, finalmente Francisco nada dijo, pues temió que fuera en vano. Para colmo, el desasosiego fue acrecentado por el hecho de que sus ángeles guardianes jamás hubieran podido entrar a la iglesia, a defenderlo del mal que lo perseguía aun en territorio santo. Y en cambio ella sí, la Meiga inmune, paseando la hipocresía de su falsa devoción entre los crucifijos del templo, simpatizándole a la gente a pesar de ser una enviada del maligno, o quizá por ello.

-¿Y tus ángeles custodios? -le pregunto la Meiga con sorna.

Desde el momento en que los infantes fueron requeridos para que se separaran de los adultos, se diferenciaron e hicieron notorias las dos clases de niños que ese día iniciaban su camino dentro de la estructura de la Iglesia: unos eran los hijos de las familias de la aristocracia e iban ser parte del clero porque siempre estaba bien visto tener cuando menos

a un religioso por generación en la familia, los otros eran hijos de los campesinos o bien los donados³, e iban porque en sus casas ya no podían mantenerlos y esperaban que dentro de la Iglesia con el paso del tiempo sus hijos no sólo resolvieran su situación personal sino la de toda la familia. Antes de marcharse con los otros pequeños, Francisco de Aguiar y Seijas se sonrojo de vergüenza al comparar sus ropas finas, nuevas, con los ropajes de los muchachos más menesterosos. Y su madre, doña Mariana, adivinando el motivo de la turbación de su hijo, le aseguró que estaba bien renunciar a cualquier posesión, tal como en su momento hiciera san Francisco, pero eso sería más adelante, y que por lo pronto para ello, para emprender el camino de la santidad, le sería indispensable prepararse. Y fue la Meiga, entonces, quien viendo la complicada escena, intervino a favor de Francisco y su vocación de santo.

-Tienes razón, muchacho. Cambia tus vestidos con alguien, porque para aprender la renunciación, para poder algún día no tener nada, hay que empezar por despreciar lo que uno tiene ahora.

Luego los aspirantes a monagillos se apartaron pero tanto ellos como sus padres se quedaron con el arzobispo para soportar unas pláticas interminables, en las que el arzobispo Spíndola aprovechó para conminar a los presentes no sólo para que incrementaran la generosidad de sus limosnas, sino para que además oraran por el rey y por el reino: para que con verdadera devoción pidieran a Dios una larga vida para Felipe IV rey de España, y sobre todo para que rogaran por la ventura del Imperio que recién hacía unas semanas se había metido en otro de los atolladeros que lo caracterizaba al haberle declarado la guerra a Francia⁴.

Y antes de finalizar su plática, el arzobispo fustigó a los malos fieles, esos que desatendían sus oraciones y descuidaban la pertinencia de sus actos. Que daban un mal ejemplo y se alejaban de Dios. Después comulgaron y finalmente permitió que los jóvenes acólitos fueran conducidos a otra sección del templo para iniciar el estudio formal, y luego convidó a los adultos a una frugal comida, donde el arzobispo don Agustín Spíndola, ya menos exaltado, agradeció las generosas aportaciones de la selecta feligresía ahí presente, que aportaban tanto recursos como hijos, para que la continuidad de la laboriosa tarea de formar ministros del culto estuviera garantizada al menos por un tiempo.

Ahí, durante la comida, don Alonso hizo toscos esfuerzos por alejarse de su esposa y acercarse a la viuda, quien una y otra vez lo evadió con elegancia, para en cambio procurar estar ella siempre cerca del arzobispo. Y eso se entiende, porque hundir en el infierno el alma de un pecador contumaz como don Alonso, desde luego que tendría poca gracia, era un trabajo menor, y ella no estaba para trabajos menores. Ahí en el templo, la Meiga se cuidaba de mostrar discreción, humildad y templanza, pues ella iba por el arzobispo, y Spíndola era en verdad un hueso duro de roer, un hombre prudente pero desconfiado que observaba el comportamiento de la viuda atentamente.

Francisco en el catecismo, y primero sin mucha convicción pero siguiendo el consejo de su padre, procuró la cercanía de Diego Alonso, luego buscó tal cercanía por gusto propio, pues el muchacho aquél resultó ser una grata amistad, una de esas personas de risa fácil que encontraba en todo, incluso en los más divinos preceptos, algo de lo que se pudiera hacer carrilla. Diego Alonso fue lo más cercano a un amigo que tuvo Francisco.

Claro que a los dos jóvenes de poco les valió el gusto inicial por estar cerca el uno del otro, porque desde que al empezar las pláticas escucharon el primer dogma de la fe, sus existencias, juntadas por azares del destino, de inmediato volvieron a separarse. En cuanto oyeron que la vida eterna sólo era posible para quienes siguen el camino de Jesús: esto es la ruta del dolor para llegar a la gloria, Diego Alonso eligió, sin dudarlo un momento y aunque esto significara su perdición, el camino del gozo, pues él, a diferencia de su nuevo amigo, conocía de cerca al dolor, a pesar de su corta edad ya había padecido del dolor, el impuesto, no el dolor elegido. Mientras que con Francisco pasaba lo contrario, él por su parte confirmó, también sin tener que pensarlo mucho, que su elección desde hacía algún tiempo estaba tomada, y ésta era optar siempre por el camino de la flagelación.

Dentro de las actividades de su incipiente formación en la estructura de la Iglesia, lo primero que les hicieron aprender fue el significado de la palabra acólito; que proviene del griego *akolutein*, y significa “el que sigue”. Y que entonces ellos, si aspiraban a ser acólitos, tendrían que seguir con obediencia primero al sacerdote y luego a Jesús. Lo segundo que aprendieron aquél día, fue que los acólitos tienen dos ramas, una era la de los “instituidos”, y otra eran ellos, los llamados de “hecho” o monaguillos⁵.

Y mientras que las pláticas resultaron para Francisco un interesante principio en el arduo camino de esa vida con la que aspiraba a lograr la santidad, para Diego Alonso, en cambio, resultaban insoportables de tan aburridas, ofensivas de tan ingenuas, así que para distraerse se acercó a su nuevo amigo con una inquietante revelación:

-He espiado a la viuda cuando se baña.

Francisco se sorprendió como nunca, y reaccionando con torpeza llamó la atención del sacerdote, quien lo conminó, previo par de golpes con la palmeta en las manos, a poner más atención. A Francisco le dio mucha pena que lo reconvinieran y un poco de risa por el hecho de que el guía supusiera que esos golpecitos significaban algo para él, que desde hacía un año venía de padecer dolores otros. Y entonces acercándose a su amigo le dijo:

-Luego te mostraré algo.

En cuanto tuvieron un descanso, los dos muchachos fueron hacia un ala vacía de catedral, y ahí, bajo el ruido de la lluvia que se estrellaba contra los vitrales, frente a las imágenes de innumerables santos en martirio, Francisco se levantó la camisa para mostrarle a su amigo la espalda surcada por las cicatrices que dejaron sus contundentes disciplinas, una espalda que hacía mucho perdió la tersura a favor de unas abultadas cicatrices que se encimaban unas en otras.

Diego Alonso se quedó perplejo.

-¿Quién te hizo eso?

-No te lo puedo decir.

-Yo también tengo un secreto, un gran secreto –sentenció Diego Alonso borrando del rostro su gesto de maliciosa felicidad- pero hasta que pueda confiar en ti te lo revelaré.

Entonces, prometiendo que pronto habrían de compartir sus respectivos secretos, los dos muchachos pactaron su precaria lealtad, construyeron los cimientos de su efímera amistad.

Y si Francisco nunca pudo imaginar cuál era el secreto de Diego Alonso, es porque a él le

resultaba imposible suponer que los religiosos, los hombres que eran ministros de Dios en la tierra, fueran capaces de hacer semejantes cosas.

Lo escuchado a lo largo de aquella primera plática que les dio su nuevo guía espiritual, le había servido a Francisco para ubicar cuán lejos estaba de su pretendida santidad, él, que pensaba que con su espalda desfigurada y sus tímidas tandas de azotes ya había ganado algo. Supo que tan sólo estaba pecando de soberbia, y por nada. Comprendió que a partir de esa noche tendría que acrecentar la contundencia de sus castigos.

Y como en la segunda parte de las pláticas, que fueron dedicadas a repasar la obra de los santos patronos de los monaguillos, le mostraron el gran dolor que habían tenido que padecer los santos, entonces Francisco Aguiar se entristeció, y vio cuán lejana estaba aún su meta, aun a su pesar se re ubicó en la realidad mediante aquellas revelaciones de las vidas santas, vidas que entonces no sólo despertaron en él una enorme admiración, sino que al mismo tiempo lo desolaron aun más, y lo que es peor, por un momento lo desalentaron, por primera vez atisbó la posibilidad de que todos sus esfuerzos fueran en vano. Los patronos de los monaguillos son tres, a saber: san Ignacio, santo Dominguito del Val y san Tarcisio, siendo la corta vida de este último lo que a los nuevos monaguillos más llamó la atención⁶.

A los santos siempre habrá que agradecerles el ingenio que invierten para primero atraer, luego capotear, y por último sucumbir ante la adversidad, pues lo enorme y desmesurado de sus delirios hacen que tanto la vida como los pesares de los demás hombres resulten irrelevantes y llevaderos, tal es el caso de uno de los patronos de los monaguillos, san Tarsicio mártir de la eucaristía. A él la santidad lo encontró al correr apenas el siglo III, cuando era Valeriano emperador de Roma. E intuyendo el duro emperador que los

cristianos eran por aquél tiempo el peor enemigo del imperio, un enemigo que le crecía dentro de sus entrañas, se dio a la tarea de ejercer una feroz persecución sobre ellos, que se entonces se veían obligados a esconderse, a negar su credo en público y a practicar sus ritos religiosos en las horas y los lugares más extraños.

Así, durante una celebración de la Eucaristía en un cementerio en ruinas, al pequeño Tarsicio le había tocado presenciar la ejecución del Papa a manos de los soldados romanos, que irrumpieron a media misa atravesando a quien pudieran con sus espadas. Y tras ese incidente, que no sólo lo marcó sino que lo comprometió si duda alguna y para siempre con la fe, y dada su profunda devoción, fácil se entiende que Tarsicio decidiera seguir el ejemplo del Papa y también él ofrendara su vida para cumplir las tareas más riesgosas de la entonces clandestina cristiandad. Por ello muchas veces se ofreció como portador de los misterios, para aprovechando que un pequeño llamaba menos la atención, intentar llevarlos a las catacumbas del otro lado de la ciudad, donde no había presbíteros y por ello los presos, los cristianos encerrados por no aceptar la fe romana, no tenían acceso al sacramento de la eucaristía, al “Cuerpo y la Sangre de Cristo”. Pero ocurrió que un día, a la mitad del camino, Tarsicio fue sorprendido y apedreado por uno grupo de niños romanos que pretendían despojarlo de su tesoro, mismo que abrazaba y protegía contra su pecho. Lo agredieron sin pausa hasta que tras los duros golpes de las piedras sobre su cuerpo lograron que la vida lo abandonara, y en el acto, y he aquí el milagro que le ha valido la santidad, su alma devota, prescindiendo de la carne, logró de modo milagroso poner a salvo los misterios, llevárselos consigo. Para que los romanos al revisar su cuerpo inerte no encontraran nada, y no pudieran echarles mano a los símbolos de la cristiandad. Muerto al

parecer por nada, y entonces los romanos se sorprendieron al no entender por que el pequeño defendió, aun a costa de su vida, aquel montón de paños vacíos⁷.

A media tarde, y después de una agotadora jornada formativa, los jóvenes acólitos asistieron fatigados a misa, y después fueron invitados por fin a comer un plato de sopa de lentejas en la cocina de catedral. Ahí, Francisco le pidió a su nuevo amigo que le revelara su secreto.

-Ya te dije que no te lo diré, sino hasta que hayas dado muestras de que se puede confiar en ti.

Francisco asintió con la cabeza.

-¿Y a ti quién te pega así, tus padres?

-No, y yo por lo pronto yo tampoco te revelaré mi secreto, te lo diré hasta que hayas aprendido a confiar en mí.

Luego de terminar con el desabrido potaje de lentejas, cocinadas sin sal y servidas sin aderezo alguno, reanudaron la enseñanza. Ahora la plática tuvo lugar en el presbiterio, donde familiarizaron a los pequeños con el lugar en el que tendrían que prestar sus servicios. Ahí les enseñaron lo que era el altar: el signo más claro y permanente de Cristo Jesús, la Mesa del Señor: a cuya participación es invocado el pueblo de Dios en el templo. El ambón: especie de atril donde se coloca el misal, a la izquierda del altar. Y la sede: que aunque por una parte no debe tener apariencia de trono, por otra no debe tampoco ser una silla cualquiera; debe tener una sobria dignidad y se ubica al otro lado del altar. Les

mostraron todo pero no los dejaron acercarse demasiado al altar, pues era la sede del culto, el lugar reservado para el obispo o el sacerdote⁸.

Así que los aspirantes a monaguillos tan sólo miraron la mesa de piedra pegada al retablo, donde quien oficiara la misa daba las espaldas a los fieles. Eso fue todo lo que aprendieron en ese primer día de formación, y luego antes de caer la noche fueron a escuchar la última misa, y mientras los donados tuvieron que regresar al claustro para continuar rezando, los otros muchachos corretearon un poco por el templo.

Cuando la Meiga fue a despedirse de Diego Alonso, quien por ese entonces aun vivía en el seminario, se despidió también de Francisco. Y cuando ninguno de los otros adultos la escuchaba murmuró:

-Mis pequeños pupilos, por caminos distintos, pero pueden estar seguros de que a los dos voy a llevarlos al infierno.

Al salir de catedral, desolado tanto por la lejanía de la santidad como por la impudicia de la Meiga, y caminando a poca distancia tras sus padres, acudieron a increparlo sus ocho ángeles custodios, y tras fastidiarlo con sus burlas le preguntaron cuál era la razón de esa congoja y ese llanto. Y sin esperar respuesta, antes de marcharse hacia las nubes del cielo nublado de Compostela, muertos de risa algunos de los ángeles le sentenciaron:

-Buscar la santidad, Francisco, es de suyo un acto de soberbia.

-¡Arrepiéntete!

¹ Muchos niños eran abandonados en las puertas de las iglesias, sobre todo en los años de crisis alimenticia, mismos en los que vivió su infancia el protagonista de este texto. Se les dejaba en la puerta con una nota en la que se anunciaba si estaban o no bautizados. Para un contexto sobre la vida religiosa en la primera mitad del siglo XVII véase: R. Llorca, Bernardino, García Villoslada y F.J. Montalbán, *Historia de la iglesia católica en sus cuatro grandes edades: antigua, media, nueva, moderna*, Tomo IV “La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII”, Madrid, [Católica], 1953-1963, (Biblioteca de autores cristianos, 54, 104, 199, 76; Sección. 5, historia y hagiografía).

² Sobre el papel de las migraciones irlandesas y la expulsión morisca en la demografía y su impacto en la sociedad española, se puede consultar el capítulo sobre la demografía de: Ramón Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe 1954-1999, en sus capítulos sobre demografía, potencial humano y base económica en el siglo XVII.

³ Sobre la procedencia de los miembros de la iglesia: R. Llorca, Bernardino, García Villoslada y F.J. Montalbán, *Historia de la iglesia católica en sus cuatro grandes edades: antigua, media, nueva, moderna*, Tomo IV “La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII”...

⁴ Arzobispo Metropolitano de Santiago de 1627 a 1630, según lo publica la página en Internet de la Arquidiócesis de Santiago de Compostela, en su *episcopologio*. www.archicompostela.org

⁵ José Cacciatore, *Enciclopedia del sacerdocio*, adaptación y versión española por el Tomás Teresa León, Madrid, Taurus, 1957, 379 p.

César Vid al Manzanares, *Diccionario histórico del cristianismo*, Estella, Navarra, Verbo divino, 1999.

⁶ Íñigo Aguilar M., y Salvador Martínez Ávila, *Libro para la formación litúrgica de los monaguillos*, México, Arquidiócesis de México- Acción Católica de Adolescentes y Niños, 2003, 100 pp.

⁷ Los datos de esta leyenda fueron obtenidos de los recursos electrónicos publicados en serviciocatolico.com, grupo de acólitos perteneciente a la parroquia Espíritu Santo.

⁸ *Ibidem*

SEIS

EL HERMANO ANTONIO

Una mañana, al terminar las horas de enseñanza de los acólitos, y mientras al esperar a sus padres correteaban por los pasillos, a Francisco lo interceptó nuevamente la Meiga en un corredor del templo, y dirigiéndose a él con una familiaridad que lo avergonzó ante los otros muchachos, le dijo que su madre lo esperaba en la cúpula del crucero. Francisco extrañado caminó hacia allá y antes de llegar, en una de las naves laterales, se topó con alguien que vendría a cambiar la lógica de su pequeño mundo, el devenir de sus hasta entonces tímidos esfuerzos por someterse al dolor: el hermano Antonio.

Antonio era un joven rústico, regordete, vivaracho y de criterio limitado y simple, que había ingresado a la Iglesia como solía ocurrirles a muchos en esos tiempos, sin sabiendo poco de la fe pero con mucha hambre. Y el hecho de que las órdenes de Compostela se hubieran portado bien con él y paliado su menesterosidad, lo hacía sentir no sólo una profunda gratitud, sino también la necesidad de corresponder a la generosidad de la Iglesia, y que mejor manera de lograr la correspondencia, a su entender, que dedicándose a servir de la mejor manera a sus ministros.

Pero como Antonio pese a ya estar ordenado era aún muy joven, su cuerpo nada entendía de las elaboradas razones de la austeridad y el celibato, y por ello a la menor provocación su cuerpo le pedía olvidar los dogmas de su credo y en cambio aliviar los instintos, y Antonio, tras una raquílica y más bien simbólica oposición, se dejaba envolver por las tentaciones del mundo, y caía de un escalón a otro de las bajezas humanas, adentrándose en

los placeres propios de la carne: en la gula en menor grado, en la lujuria con todo el ímpetu y la fuerza de sus diecisiete años. Entonces, tras claudicar, desde luego que invariablemente sobrevenía la culpa, una culpa delirante, saturada de visiones, con voces de santos recriminantes, y un enorme remordimiento resaltado por un ejército de ángeles de las condenaciones que muertos de risa lo señalaban, que le exigían correr al confesionario, que le gritaban al oído eso de que la penitencia oral no le serviría para nada, ángeles de las condenaciones que un día como éste, otro cinco de enero de varios años antes, le pusieron delante un texto con la historia de san Simeón Estilita, y con ese texto lo atraparon en las redes del castigo.

Los ángeles, como siempre eficientes, lograron su cometido, colocando a Antonio en el severo camino del martirio.

Castigándose con una furia ejemplar, intentando poner remedio a sus debilidades al sancionar a la carne, fue así como lo conoció Francisco. Y si bien el acólito ya por iniciativa propia tenía tiempo familiarizándose con el castigo corporal, pues no sólo había fabricado sus personales disciplinas sino que gustaba de reprenderse periódicamente con ellas, lo de Antonio era otra cosa. Por supuesto que los tímidos esfuerzos de Francisco de Aguiar y Seijas, nada tenían que ver con lo que hacía el padre Antonio, con el castigo que se infligía. Nada podían parecerse sus disciplinas de filigrana argentada a los rudos cardos metálicos que aquella mañana el joven padre pecador, Antonio reincidente, ceñía a con determinación a su gruesa cintura.

Como el padre Antonio recién ese año se había ordenado al sacerdocio, entre sus múltiples obligaciones dentro de catedral tenía la encomienda de pulir la enorme superficie del

botafumeiro, por lo que armado con toda clase de sustancias y betunes se le podía ver afanoso, día tras día, frotando la superficie de metal, lo frotaba con un esmero y una acuciosidad digna de mejor causa. Quizá por eso, por carecer de mejor causa, era que el joven distraía la mente en otras cosas, en asuntos lejanos a la fe, esmerándose en los frotamientos, imaginaba que en lugar de las frías paredes metálicas, tenía como destinatario de tanto afán a algún cuerpo con vida, el de una mujer, de preferencia.

Cuando Francisco se lo topó aquella invernada mañana de su primer encuentro, Antonio no estaba cumpliendo sus deberes, no al menos los de pulir el singular incensario, sino que tenía el hábito levantado hasta el pecho mientras con un anhelo delirante se tensaba en la cintura los hilos de carnaza negra que sujetaban las espigas metálicas. Antonio furioso apretaba las amarras para empujar las puntas contra la carne dañada y vulnerable hasta terminar penetrándola, sangrándola. Segunda falta ésta también, la de flagelarse fuera de su celda, porque el castigo, salvo en las festividades religiosas, debía ser privado y discreto. Aunque claro que Antonio nunca imaginó que alguien lo estuviera mirando. Por ello, cuando el padre reparó en Francisco, interrumpió su quehacer en el castigo y regresó presto a los trapos y los betunes, intentó en vano retomar su actividad de pulimenta como si nada atípico ocurriera, pero Francisco notó ahora que el piso de piedra se manchaba con pequeñas gotas de sangre.

Entonces, al darse cuenta que el muchacho lo miraba, Antonio se apresuró a limpiar la sangre de las baldosas con un trapo, y luego sin dilación retomó la faena de pulimenta.

-La sangre ayuda, ¿Sabes? A todo ayuda, incluso a pulir los metales maculados o los espíritus débiles.

-¿Cómo?

-¿Has oído hablar de san Simeón?

-No.

-¿Qué santo te guía?

-San Francisco.

Y sin más preámbulo, el padre Antonio le dijo a Francisco que sin duda era una señal divina eso de que sus pasos lo hubieran llevado hacia allá, hacia el crucero, que eran señales de buenos augurios eso de que los dos apreciaran al mismo santo. Y como Francisco no quiso decir nada sobre la Meiga, confesarle que ella era la encarnación del mal y quien los había hecho coincidir, entonces guardó silencio. Tras un breve intercambio de miradas el padre le propuso al niño adoptarlo como su pupilo. Por lo que más tarde, luego de consultarlo con doña María, Antonio tomó al joven como ayudante, para intentar juntos tener listo a tiempo el botafumeiro que todos los domingos, siendo ese de 1638 un año santo, habría de columpiar su magnífica mole entre los extremos de las naves laterales, descubriendo un arco enorme mientras en vano intenta perfumar el aire que el hacinamiento de tanta multitud enrarece¹.

-No es casual que hayas venido aquí precisamente hoy, Francisco, es la voluntad del Señor quien sin importar cuán pecadores seamos guía misericordioso hacia buen fin nuestros pasos.

A partir de la mañana siguiente, Francisco tomó la costumbre no solamente de trabajar un par de horas con el padre Antonio en la pulimenta del botafumeiro antes de sus clases de

formación de acólito. Si no que ante cualquier pretexto sus pasos lo llevaran hacia el crucero de catedral, donde las más de las veces se encontraba con el pertinaz padre Antonio, quien poco a poco le iba confesando tanto las técnicas de la pulimenta como el rigor con que solía disciplinarse para no sucumbir ante las tentaciones, y en una de sus tantas charlas, fue que le reveló la historia del hombre de quién heredó tan formadora rutina.

Y si san Simeón era la figura emblemática de Antonio, su santo ejemplar, sí se identificaba tanto con él, era porque Simeón tuvo una historia de antes de la santidad en la que era un hombre vulgar, como Antonio, proveniente de una familia de labriegos y con un largo historial en las flaquezas, un hombre común que luego de escuchar la lectura de un pasaje bíblico, por propia determinación, y esto es lo que tanto agradaba al padre Antonio, decidió sustraerse de la vida en el pecado para en adelante ofrendar su existencia a la que sin duda era la más digna de las labores, la de honrar al Señor.

Y como a su buen entender todos los que son parte de la Iglesia deberían tomar en uno u otro momento a alguno de los santos de modelo, con la intención de luego seguir con fidelidad a ese modelo no tanto en las cuestiones de la enseñanza doctrinal, a las que el padre Antonio nunca concedió demasiada importancia, sino en el hecho de seguir al pie de la letra el ejemplo de la obra redentora del santo; esto tanto en lo referente al ser piadoso como lo de martirizarse. Pues la obra de los santos estaba, las más de las veces, salpicada por dolores sin precedente, porque, a fin de cuentas, decía el padre Antonio

-¿Qué es lo que da la santidad, sí no el martirio?

Y fue por eso, porque el pequeño Francisco tenía ya a un santo que lo guiaba, y había decidido un camino a imitar, por lo que el padre Antonio gustó de ese muchacho que de modo propio había elegido seguir los pasos de san Francisco, santo que de ninguna manera era difícil de emular, a no ser que uno no se necesite ni a sí mismo.

Antonio en cambio se identificaba profundamente con san Simeón, y le rendía culto al santo por diversas razones; no sólo porque fue la primer vida de un santo que conoció a fondo, sino además por el hecho de que a ambos, a Antonio y a Simeón, el haber escuchado el Sermón de la Montaña fue lo que les había cambiado la vida. También es cierto que para ambos la promesa del Reino de los Cielos resultaba ser una oferta que hacía tolerable cualquier mundana desventura. Pero sobre todo, lo que Antonio íntimamente suponía que los unificaba al santo y a él, era que los dos habían elegido acercarse a Dios por el poco transitado camino de un dolor peculiar, el dolor auto inflingido.

Muchas fueron las horas que Francisco pasó junto al padre Antonio, las más transcurrieron envueltos en la silenciosa monotonía de la faena de pulir, que apenas se veía perturbada por alguna breve anécdota que Antonio contaba sobre san Simeón, o por la alharaca de los tiraboleiros: quienes se encargan de mover las poleas del botafumeiro, y que eventualmente pasaban por ahí para apurar al padre Antonio con su labor de pulimenta, y de paso para mortificarlo obligándolo a escuchar las pláticas de sus encuentros con muchachas.

Y sí bien el padre Antonio era sumamente débil con los asuntos de las tentaciones carnales, era fuerte como pocos a la hora de imponerse los castigos que bien habían ameritado sus debilidades. Digno discípulo de Simeón Estilita, escandalizaba a todo Compostela por sus

contundentes ejemplos de extrema penitencia. Pues contrario a lo común en el clero, él gustaba de martirizarse no sólo dentro del templo, sino también en las procesiones.

Para Francisco, el padre Antonio y sus emotivas conversaciones fueron una influencia determinante, sobre todo porque a través de él que conoció la vida de Simeón, ese paria santificado al que, dada la rudeza y el rigor de su ejemplo, la iglesia mantiene con un bajo perfil. No vayan luego los fieles a caer en la tentación de necesitar y exigir ese grado de compromiso y penitencia en los demás ministros de la iglesia, los falibles pastores de sus almas.

Durante sus cotidianos encuentros, y dependiendo del humor del padre Antonio, las conversaciones podrían tomar uno de dos derroteros: o bien hablaban de las peripecias del botafumeiro, o bien de la historia de Simeón. Para Francisco, por supuesto, lo mejor era lo segundo, porque ya desde entonces nada lo seducía más que lo relacionado con los padecimientos de la carne. Así, por Antonio, Francisco aprendió que Simeón nació por ahí del año cuatrocientos en el poblado de Sisan, donde pasaba el tiempo pastoreando ovejas, haciéndose pocas preguntas sobre la vida, ajeno a sus misterios, hasta que una tarde escuchó en una plaza a un sacerdote que leía el evangelio de san Mateo, y le resultó extrañamente inolvidable esa parte donde Jesús dice que “Dichosos serán los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos.” Desde entonces, tras escuchar esa lectura, el joven pastor empezó a frecuentar de manera asidua el templo, donde hacía tímidas preguntas al sacerdote, preguntas por las que siempre obtenía respuestas ininteligibles, hasta que finalmente escuchó una voz que dentro de su cabeza que surgió para aclararle todo. La voz le dijo: “Sólo cuando seas suficientemente humilde, serás santo”.

De inmediato, a la edad de quince años, Simeón fue a pedir que lo aceptaran en un monasterio, y también de inmediato llamó ahí la atención de sus maestros, pues no sólo tenía una evidente devoción sino que además hacía cosas sorprendentes, como por ejemplo, y dado lo difícil que era conseguir una Biblia para rezar, a poco de haber ingresado al monasterio se aprendió de memoria los 150 salmos de la Biblia, para luego rezarlos todos cada semana, 21 cada día, hábito que no habría de variar ni un ápice durante su larga vida².

Pero sí las charlas entre el padre Antonio y Francisco no sólo versaban sobre asuntos del santo, era porque el botafumeiro también tenía lo suyo, desde la finura del metal como el detallado trabajo que lo ornamentaba, y ya en una de esas, y siendo honestos, de su esplendor original lo único menguado era la irreparable abolladura y sobre todo la menesterosa calidad de los inciensos que en su interior se consumían. En verdad muy diferentes estos aromas sin pretensiones que la pureza índiga que emanaba del botafumeiro en los tiempos en que abolló su geometría con el impacto sobre el cuerpo de los once peregrinos a los que robó la vida en territorio santo, en el accidente aquél de 1499; cuando, harto del aire encerrado, le dio al incensario la gana de salir volando, y la enorme semiesfera de plata atravesó la puerta de Platerías para echar literalmente un vistazo sobre ese tumulto de peregrinos que como se vio tuvo dos veces mala suerte: una al no poder entrar al templo para escuchar la misa, la otra muriendo aplastados entre aromas de vinagre e incienso³.

Aquella vez, el enorme péndulo salió de paseo justo a la mitad de una misa en honor de la infanta doña Catalina, hija mayor de los reyes Católicos, que esa mañana de poca fortuna honraba a la catedral, pues paró a descansar unos días en Santiago de Compostela antes de

continuar con su viaje a La Coruña, donde finalmente habría de embarcarse para ir a encontrar lejos, ella también, el corolario de su mala suerte, porque sin importar la mucha sangre real, lo cierto es que la infanta continuó con el viaje hacia su boda con Enrique VIII, pasando a ser otra peregrina a la que el santo compostelano no supo, o no quiso, o no pudo proteger⁴.

A Francisco de Aguiar se le podía ir el día entero escuchando al padre Antonio, así que era el padre quien daba por terminadas las conversaciones cuando juzgaba pertinente aumentar su perenne castigo. Entonces despedía al muchacho sin que para ello mediara pretexto alguno, y al quedarse solo apretaba tanto los cilicios de la cintura como los de los muslos, porque al igual que su santo ejemplar, él no se despojaba de los cilicios ni de día ni de noche, para tanto en el sueño como en la vigilia lograr el dominio de sus tentaciones, o acaso más modestamente intentar dominar sus tentaciones, porque la verdad es que ya durante el sueño o ya en la vigilia terminaba sucumbiendo ante las tentaciones. Entonces, Antonio apretaba los metales contra su carne hasta que tanto daño lo sustraía del mundo para sumirlo en un silencio redentor.

A veces Francisco regresaba sobre sus pasos, descalzo, y espiaba al padre desde lejos. Lo miraba martirizarse las abundantes carnes con una convicción rayana en la locura, para luego recomponerse del dolor y seguir con la pulimenta, que sólo interrumpía en el resto de la tarde para rezar arrodillado, o para salir corriendo a devorar, con una gula impropia de su camino de santidad, las viandas que le ofrecían los peregrinos.

Cierto es que ante esa tentación, la de la gula, era la parte en que más le costaba seguir los pasos de san Simeón, pero también, a cada tanto, mientras para su mala suerte tenía que

confesar a una peregrina en extremo pecadora, de esas que con falsa ingenuidad gustaban solazarse en los detalles, terminaba él arrastrándola para encerrarse con ella en el confesionario, derrumbando la totalidad de sus convicciones por un instante de flaqueza, perdiéndose él, que por otro lado tanto honesto esfuerzo hacía para lograr la salvación, y perdiéndola a ella, que no encontraba sitio alguno donde estar a salvo de su lujuria.

El padre Antonio fue quien le enseñó a Francisco que a san Simeón se le considera el inventor del cilicio, pues el suyo es el primer registro de alguien que se procuraba dolor atándose bejucos espinosos en muslos y cintura. Pero no era eso lo único relevante que hacía el paria, aunque sí lo que más seguidores le atrajo. El santo tenía además muchas otras virtudes: como por ejemplo el hecho de que una vez paso los cuarenta días de cuaresma sin comer, los primeros catorce rezó de pie, los siguientes catorce sentado y los últimos días estaba tan débil que rezaba recostado en el suelo de tierra, en vano intentado consolar por sus correligionarios que se escandalizaban no tanto por el exceso de la penitencia, como por su incapacidad ante el compromiso de emularlo.

Así, en riguroso ayuno, san Simeón Estilita pasó todas las cuaresmas de su larga vida.

Luego de concluir sus apologías, el padre Antonio apartaba de sus recuerdos del santo y regresaba al tema del oficio que los reunía: al frotamiento de los metales del incensario. Al parecer sus manos lamentaban no haber frotado nunca al botafumeiro original de plata, ese que dos siglos después de inaugurada la Catedral robaron las tropas napoleónicas, durante la guerra de independencia, el mismo caldero que ocasionó el accidente aquél con la infanta Catalina, antes de que ésta saliera rumbo a Inglaterra para su trágica unión con el príncipe de Gales, quien inició con ella su historia de repudios y, dicho sea aquí de paso,

algo de suerte tuvo finalmente la infanta, pues muy a pesar de la humillación del repudio por su incapacidad de procrear hijo varón, pasó a ser a la que mejor le fue de las siete esposas del Rey Enrique VIII.

Tímido como era, Francisco nunca pudo, a lo largo de todo ese año santo en que fue pupilo del padre Antonio, preguntarle a su guía espiritual qué debería hacer él para salvar de la condenación a su padre, que era, según le daba el entendimiento, el pecador más grande que hubiera conocido nunca. Y aunque el padre Antonio nunca lo supo, era por eso que Francisco seguía con tanta atención los relatos sobre san Simeón, porque el incipiente acólito supuso que si alguien sufría por decisión propia tanto dolor en su cuerpo, tendría derecho ante Dios para interceder por el Alma de alguien más, aunque este alguien, don Alonso, no diera señal alguna de arrepentimiento. Secretamente Simeón se convirtió en el ejemplo de la clase de santo varón en la que a Francisco le gustaría convertirse, él quería ser como el santo que un día decidió irse a vivir a una cueva en el desierto y que, sabiendo o temiendo por la flaqueza de su voluntad, se hizo encadenar a la roca, hasta que, y dada la celebridad que estaba alcanzando con su mal ejemplo, el mismísimo obispo de Antioquía acudió a visitarlo, para intentar persuadirlo de que desistiera de su castigo, y convencerlo de que no siguiera tratándose como a una bestia.

Y aunque obediente ante los señalamientos del obispo, Simeón regresó a la ciudad tan sólo para ir acrecentando su leyenda, porque ahora no le bastaba con el ayuno de cuaresma, sino que hizo voto de ayuno semanal, y no comía más que una vez por semana como penitencia de sus faltas y para obtener la conversión no sólo suya sino de todos los pecadores.

Y claro, tanta y tan clara firmeza hicieron que pronto se regara el prestigio de su devoción por todo el reino, y entonces no era extraño ver que viniera gente de todas partes, incluso de países lejanos, para consultarlo, para pedirle algún consejo o por lo menos tocarlo. Y como no solía responderle a nadie, pues casi no paraba de rezar, columpiando su cuerpo de atrás para adelante, la gente viéndolo en aquél trance divino aprovechaba para quitarle a jirones trozos a sus ropas, para llevárselos luego a sus lejanas tierras como reliquias. Después, para continuar con su penitencia, Simeón tuvo que inventar un remedio para evitar que la gente lo siguiera distraendo de sus rezos, y para ello se hizo construir una columna de tres metros y se fue a vivir en ella, en lo alto, sobre una plataforma a la intemperie, donde supuso erróneamente que la gente lo dejaría orar en paz. Pero como no faltaba quien se las ingeniara para alcanzar esa altura, el santo se hizo construir una nueva columna, ahora de siete metros, que tampoco le fueron suficientes. Y no fue, sino hasta construir una columna de diecisiete metros, cuando por fin dejaron de mortificarlo, y ahí el santo se pasó los últimos 37 años de su vida, rezando a sol o lluvia o luna o viento. Rezando por el perdón de los pecados que él ya no tenía manera de cometer, y también por el perdón de los pecados que los demás hombres, allá abajo, sobre la faz del mundo, seguían cometiendo sin cesar. Así, primero fue Simeón el paria, luego Simeón el encadenado, más tarde Simeón el ayunador, después Simeón el estilita, porque *stilos* es columna en griego, y por último Simeón el santo. De ese tamaño, era el ideal apostólico de Antonio. Y a Francisco, entonces, tanta convicción, tanta devoción, le parecían inalcanzables.

Después, casi para finalizar en Compostela el año santo, cuando Francisco al terminar su iniciación de acólito tenía más dudas sobre la forma de encontrar el camino, sí no ya a la

santidad, sí al menos el sendero mediante el cual pudiera rogar por los otros en general, y por su padre en particular. Fue cuando se truncó su amistad con el padre Antonio, pues éste se empezó a alejar de él, no por otra razón, sino porque los asuntos de la Universidad Compostelana, donde el padre continuaba sus estudios, se lo demandaban, y porque la caótica situación del reino distraía incluso a las conciencias religiosas hacia los temas sociales. Pues eran sobre manera preocupantes las noticias del hervidero que preludiaba las revueltas catalana y portuguesa, en las que vientos independentistas presagiaban nuevos altercados con la Corona⁵.

Sin embargo, y no queriendo el padre Antonio dejar en su discípulo el enjambre de dudas inconclusas, lo conminó a no confundirse.

-Me parece bien, Francisco, que comiences a desprenderte de todos tus bienes, como hizo san Francisco, pero no quiero que te confundas, pues la humildad no es la pobreza. Ambas, humildad y pobreza son virtudes distintas, la humildad para nada consiste en dejar todo lo que se posee o todos los bienes que pueden necesitarse, sino que la humildad implica reconocer las bajezas y las limitaciones que hay en uno mismo. ¿Entiendes?

-Sí, padre.

-Por eso este camino que piensas seguir es con mucho el más difícil: ser tan humilde como san Simeón, y tan pobre como san Francisco. Y luego, si es auténtica tu devoción y con el favor de Dios, puedes estar seguro de que si lo logras, si combinas en ti esas dos virtudes, te acercarás a ser tan santo como ellos.

Después nada se volvió a saber del padre Antonio, sólo rumores que desprestigiaban su vocación y su fe. Rumores que, bien sabía Francisco, no podrían ser del todo verdaderos, no al menos en un hombre que era capaz de flagelarse de aquel modo. Y apenas a unos cuantos meses de haber conocido al padre Antonio, Francisco de Aguiar y Seijas había aprendido una cosa: que si estos tiempos son tan precarios de hombres santos, es porque nadie quiere sufrir lo que se requiere para construir la santidad. Y hubo también otra cosa que intentó aprender pero que en el fondo dudaba, y era el precepto de que el dolor, tarde o temprano, habrá de purificarlo todo.

-La santidad no es un destino, Francisco –le dijo alguna vez el padre Antonio- es un camino, y como cualquier otro camino, siempre está abierto para quien quiera tomarlo.

¹ Se refiere a los años jacobeos, que son aquellos en que la festividad de Santiago del 25 de julio cae en domingo. La Iglesia Católica decreta que en ese año y cubriendo ciertos requisitos se puede alcanzar la Indulgencia Plenaria. Se debe acudir a la Catedral de Santiago. En estos años la afluencia de peregrinos es aún mayor. Sobre las fechas de las fiestas a los santos en España: Jean Croisset, *Año cristiano, o, ejercicios devotos para todos los días del año*, 12 vols., traducido al castellano por José Francisco de Isla, adicionado con las vidas de los santos y festividades que celebra la iglesia de España, que escribieron Pedro Centeno y Juan de Rojas, Barcelona, Religiosa, 1882.

² César Vidal Manzanares, *Diccionario histórico del cristianismo*, Estella, Navarra, Verbo divino, 1999.

³ Jacques Chocheyras, *Ensayo histórico sobre Santiago en Compostela*, Barcelona, Gedisa, 1999, 217 pp. (Econobook. Historia).

⁴ Sobre el accidente del botafumeiro véase: José Salvador y Conde, *El libro de la peregrinación a Santiago de Compostela*, Madrid, Guadarrama, 1971, 457 pp., il. (Colección Universitaria de bolsillo; Punto

Omega, 122). Sobre la historia de vida de Catalina: Lawrence Joseph Stone, *Broken lives: separation and divorce in England, 1660-1857*, [Oxford], Oxford University, 1993, XVIII, 355 pp.

⁵ El texto se refiere a las revueltas de 1640 ocurridas en Cataluña y Portugal, con motivo de la guerra con Francia; así como a los demás factores económicos, diplomáticos y administrativos provocados por la administración del valido de Felipe IV, el Conde-Duque de Olivares. Véanse: Ramón Menéndez Pidal, (dir.), *Historia de España*, Madrid, Espasa-Calpe 1954-1999 y Vicens Vives, J. (dir.), *Historia social y económica de España y América*, Vol. 3 “Los Austrias imperio español en América”, 586 pp., Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1982, 5 vols., il. (Libros Vicens bolsillo).

SIETE

SÓLO MEIGAS

La última vez que Francisco de Aguiar y Seijas habló con su padre, fue la víspera del viaje que habría de separarlos físicamente por un tiempo, porque Francisco se marcharía a estudiar gramática. Iba a ser una separación de apenas unos cuantos meses, aunque realmente la separación resultó ser para siempre, porque don Alonso Vázquez de Seijas y Lobera fue a perder tanto razón como cordura en un inhóspito paraje del bosque.

Aquella ocasión, antes de que Francisco se marchara a la provincia de Ourense para continuar con sus estudios de gramática, y a don Alonso lo llevaran sus negocios hacia Betanzos, ambos coincidieron en el palacio del arzobispado, y aunque estaban ahí por asuntos de índole diversa, el destino quiso que terminaran aceptando ambos, por separado, la invitación que el cardenal de la Iglesia Romana y arzobispo Metropolitano de Santiago, don Agustín Spíndola, les hizo para que lo acompañaran en la merienda.

Ya luego, recordando los incidentes de ese día, a Francisco le quedó claro que la jornada entera había estado cargada de señales y malos augurios, que de ser interpretados correctamente quizá hubieran cambiado el curso de los acontecimientos por venir. Esa, la culpa, es la mecánica del *hubiera*. Pero lo cierto fue sus quince años eran aún demasiado pocos años para hacer con eficiencia tan elaboradas lecturas.

Las señales comenzaron desde la madrugada, cuando Francisco se levantó preso por un desasosiego moral y una inflamación física que no lograron paliar ni los rezos ni la tanda de cincuenta azotes que se propinó con sus disciplinas antes de la primera misa. Se había despertado con el ruido de sus gimoteos tras una pesadilla, tras un sueño impío lleno de

suplicios y tormentos donde la Meiga lo había convencido, a través de un hechizo infalible, de acompañarlo a un aquelarre en lo profundo del bosque. Y ahí en la espesura, en medio de un ritual orgiástico, ella misma le había manipulado sus partes pudendas hasta obtener el líquido blanco y espeso con que, tras mezclarlo con sus propios humores, le dibujó en la frente una cruz, para así bautizarlo con el nombre de la lujuria y el pecado, para así condenarlo a pudrirse en el infierno.

Tan vívida fue la experiencia onírica, que incluso al despertar Francisco de Aguiar se trajo desde el sueño una erección dolorosa que no parecía menguar por el recurso de voluntad alguna, ni siquiera bastaron los castigos menores, y no fue sino hasta que ajustó las cuerdas del cilicio que días antes había puesto en su cintura, que la excitación cedió un poco. Francisco decidió mantener permanentemente el cilicio atado a su cintura, dado el rumbo que tomaban sus tentaciones y debilidades, que al menor descuido intentaban llevárselo a morar en el pecado.

Entonces, liberada la presión de su cuerpo en la sangre que manaba entre las púas del cilicio, decayó poco a poco la erección, pero en cambio, la sangre fugada no fue suficiente para que disminuyera ni un ápice su desasosiego. Y entonces se propinó otra tanda de azotes, cincuenta, para paliar sus ansias febriles.

Más tarde, la segunda señal que le envió el cielo fue cuando antes del amanecer iba caminando al hospital y se topó de frente con la Meiga, y aunque logró esquivarla y no mirarle el rostro, aunque logró no recordarla en la manera excitante de su sueño, no pudo no escucharla, y entonces tuvo que oír las impertinencias con las que la hechicera acostumbraba, desde un tiempo a la fecha, dirigirse a él.

-Santo...santo.

Y recordó que en el sueño, mientras ella le manipulaba el miembro con certeza, le decía lo mismo.

-Santo...santo.

Buenos en lo suyo, estos engendros del infierno...

Luego el día pareció mejorar, y a media mañana Francisco fue a catedral a consultar los pesados libros de gramática, teología y latín, que estaban rigurosamente encadenados en la biblioteca episcopal, y se quedó ahí estudiando hasta ya entrada la tarde, cuando finalmente decidió interrumpir su labor para salir a dar un paseo, y ahí se encontró con la otra señal, pero tampoco la entendió.

Sus pasos y meditaciones lo llevaron hasta el parte luz del arco central. Hasta el lugar donde se encuentra la célebre obra escultórica de Mateo, donde se puede ver al apóstol Santiago sobre el árbol de David; en cuyo tronco se notan las huellas de los millones de peregrinos que lo han tocado, para dar fe a sus cansados cuerpos de que cumplieron con la encomienda. Y entonces Francisco de Aguiar, poniendo sus dedos en ese sitio donde tantos dedos de la cristiandad ansiosa de milagros se habían posado antes, tuvo una revelación, la primera de su vida donde no lo agobiaban ni demonios ni meigas, ni dudosos ángeles custodios, una visión pura y redentora, se vio como siempre quiso verse, con un andar sin dudas, con el paso firme del peregrino que va hacia la luz inevitable tras una vida justa, santa. Francisco de Aguiar y Seijas se miró recorriendo El Camino de Santiago, prodigando a cada tanto en la ruta esos milagros menores que no llaman mucho la atención pero procuran consuelo a quien de ellos se favorece.

Y en el acto, en cuanto hubo concluido la visión, Francisco decidió que: si bien iría a estudiar gramática, como lo habían decidido el arzobispo y su padre, luego iba a

interrumpir su formación para realizar la mítica peregrinación. Iría primero a Finesterre, para luego andar en contrasentido por el camino francés hasta la Vía Romana, y por último de regreso, hombro a hombro con los fieles, hasta la catedral de Compostela¹.

Así que padeciendo cierto innoble júbilo, continuó mirando por los nervios y esquinales del nártex, hasta encontrarse, en el centro del tímpano, con la estatua sedente de Cristo; rodeado por los cuatro evangelistas escribiendo en rollos enormes, y los ocho ángeles que ostentan los instrumentos de la pasión. Fue un vistazo sin afanes ni convicciones que no hubiera derivado en nada de no ser porque reconoció a sus ocho ángeles custodios. Verlos luego de tanto quizá debió llamarle la atención lo suficiente como para recordar los extraños acontecimientos de ese día, de toda su vida, porque pensándolo un poco hubiera concluido que los demonios que lo acompañaban desde pequeño de ahí habían copiado su apariencia. Pero no tuvo tiempo de reflexión alguna, porque hizo su entrada el cardenal de la Iglesia Romana, con un enorme séquito de prelados, secretarios y servidores que anotaban sus recomendaciones y luego se marchaban prestos, a cumplirlas se presume.

Al ver al cardenal, Francisco se acercó para arrodillarse a besar el anillo, y fue cuando Spíndola lo invitó a merendar en su palacio. Y como a menudo ocurre en la sufrida existencia de los hombres, a pesar de que hubo señales suficientes, faltó tanto quién las atendiera, como quién las entendiera.

Ya en la merienda, poco suntuosa como había sido siempre el estilo del arzobispo Agustín de Spíndola, muy al contrario de su antecesor, el padre González Villalobos, a quien la gula solía tentarlo, Francisco se sentó junto a su padre. Esa fue la primera vez que compartieron una mesa como iguales, y a don Alonso se le dibujó una sonrisa de orgullo. La merienda era, aunque abundante en cantidad, parca en variedad; compuesta tan solo por buñuelos y

chocolate, esa exótica bebida espesa traída de las Indias, y que en algún momento la iglesia consideró prohibir, dado el estado de leve exaltación al que se llegaba tras ingerirlo, pero finalmente nunca la prohibió, y en cambio, después de traerla, finalmente la incluyó en sus dietas monásticas².

En la charla de la merienda, fue inevitable hablar de lo malo que ese año de 1640 estaba resultando para el reino, porque cualesquiera que fuera el tema que se tocara, en ese tenor había un resultado catastrófico para España. Y cualquier ojo avezado en las cosas de los hombres y sus imperios, hubiera puesto a ese año como parte aguas de la fortuna del reino de Castilla. En verdad que no se precisaba mucha atención para notar que ese fue el año en que España cavó la tumba de su imperio.

Y entonces, no era de sorprender que una amena charla de sobremesa se aderezara tratando de demostrar cual de todas las desgracias que azotaban al reino era la peor, cuál de todos los lamentables sucesos marcó el principio de tan estrepitoso derrumbe. Ahí, tratando de dilucidar el peor de los males, el consenso de la crisis tomaba por fin diversos derroteros, a cuál más verídico. Y la conversación daba para alargarse toda la noche.

Inició el debate don Fernando de Andrade y Sotomayor, hombre de toda la confianza del arzobispo³, quien aseguraba que debía tenerse en cuenta a la epidemia de brujas como la causa principal de todos los males, porque, a su entender, habían sido ellas quienes, enviadas por el Maligno, trastocaron la rosa de los vientos, dirigiendo hacia la península una aireada con todos los males⁴.

En cambio, para don Alonso Vázquez de Seijas, rebelde y dubitativo como era, aunque innegable y generoso mecenas de la Iglesia, la ruina del reino tenía una génesis más influenciada por la incapacidad de Felipe IV y su valido, que por mediación demoniaca

alguna. Pues según don Alonso, a la causa podría incluso ubicársele, al inicio del desastre, en uno de dos sucesos: o bien los pésimos manejos diplomáticos que resultaron en las incontenibles revueltas que terminarían logrando la independencia de Portugal, o bien por las pésimas estrategias militares seguidas en la guerra contra Francia, en la que España perdió, en una sola batalla, a toda la flota hispano flamenca. Una sola batalla, menor ella, y fue la ruina de la otrora Armada Invencible del mar.

Y ante el fallido intento de algún comensal por defender las acciones del soberano, don Alonso refutaba con no poco veraces argumentos, pues era menester no olvidar que el descontento de los portugueses quedó de manifiesto desde las insurrecciones anticastellanas del 37. Y luego la prueba irrefutable de que las colonias ya no tenían una actitud cooperativa con el reino, fue cuando al producirse la sublevación de Cataluña los portugueses no sólo se niegan a enviar tropas sino que inician otra revuelta, la suya propia. Luego, y por iniciativa de Spíndola que se interesaba en su opinión, Francisco tomó la palabra, y devoto como era, decidió no hablar de asuntos del mundo y sus fronteras, y mejor les cuenta su reveladora visión vespertina. Todos los comensales, reconocen en Francisco la señal inequívoca de los elegidos por el Espíritu Santo, y lo conminan a continuar por el difícil camino que ha elegido, el de la renunciación.

Antes del oscurecer Francisco, abochornado por la lisonja que es semilla de la vanidad, se disculpa y se levanta. Pero antes de irse aclara que su retirada no obedece a razón distinta que a sus deberes de oración, y luego va a besar el anillo episcopal, y tras agradecer el convite, pasa a despedirse de su padre. Entonces el arzobispo lo detiene, y habla a los otros de lo avanzadas que están las gestiones para que Francisco ingrese en la universidad compostelana, pero, y teniendo en cuenta que la universidad esta a cargo de la Iglesia y de

algunos mecenas laicos entre los que destaca su padre. Francisco les comunica el deseo de hacer un cambio en los planes, si así lo aceptan las autoridades, pues acorde a su humildad, prefiere ingresar en la universidad de Fonseca⁵.

Ahí, en la Universidad de Fonseca, habría de conocer personalmente al rey Felipe IV, quien cambiaría el derrotero de su destino. Será este rey quien lo descubra e interceda para que se le ordene como Sacerdote Canónigo Penitenciario, nombramiento que lo obligará a confesar mujeres. Y luego el mismo rey lo recomendará también para obtener el cargo de obispo de Michoacán, lo que le valdrá sus siguientes tormentos, dejar Compostela y cruzar el Atlántico⁶. Pero para estos acontecimientos aún faltan muchos años. Ahora Francisco acaba de decir que estudiará en Fonseca, y luego, aprovechando el silencio que abarca al salón, cuenta también sobre su resolución de peregrinar como cualquier fiel de Santiago.

De poco vale que los ahí reunidos coincidan en un punto: Pues a decir de todos, quien está en un sitio, no precisa peregrinar hacia allí. A lo que Francisco de Aguiar respondió lacónico, aludiendo a la virtud de la obediencia, pues sostiene que hay designios divinos que lo llaman.

-Toda peregrinación no es un misterio y, está claro, que quien busca la virtud aún no ha llegado.

Apenas Francisco llevaba tres días de su estancia en Ourense, llegó montando en un alazán hermoso el adelantado de las malas noticias. Era un jinete adusto, de esos servidores extraños de los que se rodeaba el arzobispo, que vestía todo de negro y no aceptó para él nada, ni el agua que le ofrecieron, y sólo pidió líquido y yerba para su caballo. Traía, el adelantado, para Francisco una notificación lacrada con el sello del cardenal, y dentro un

mensaje escueto en el que lo conminaban a retornar cuanto antes a Compostela, para atender un asunto impostergable.

Y Francisco de Aguiar, al recibir el mensaje, se mostró alarmado por un sueño recurrente que lo atormentaba desde que dejó la catedral, un sueño breve donde la Meiga paseaba del brazo de su padre por un puente sobre las llamas del infierno. Sólo eso era el sueño, y bastaba para temer lo peor: que su padre hubiera muerto.

Así, no bien terminada la lectura de la carta, se postró de rodillas para rezar el inicio de la novena de Santiago Apóstol.

“Santiago gloriosísimo, Apóstol de Jesucristo, singular patrón de las Españas, padre de infinitos santos mártires, terror de los demonios...”⁷

Luego, por si fuera el caso en que pudieran socorrerlo, rezó también a san Sebastián y a san Roque, que suelen abogar contra los estragos de la peste⁸. Después pidió que le prestaran un caballo, y cabalgó junto al otro jinete, y fueron los dos, adelantados de malas noticias.

Tan pronto como pudo llegó a Compostela, y no fue directo al palacio episcopal sino a casa de su padre, para encontrarlo postrado en el lecho de la locura, vociferando impías sandeces, trastornado de lujuria. Las mozas de la servidumbre, que de sobra conocían ese lecho, ahora se negaban a entrar, y sólo Mariana, sin rastro de dolor, pura en la resignación, refrescaba la frente de su esposo.

Según contó el cochero del carruaje, quien fue el último que vio cuerdo a don Luís y el primero que lo encontró poseso, poco antes de que cayera la tarde y cerca de la aldea de Pedrero, don Alonso Vázquez de Seijas y Lobera le ordenó dejar de acicatear a las bestias cuando divisó a tres mujeres a la vera del camino. Eran tres muchachas con ropas finas que respondieron sonrientes al saludo de don Alonso, y que tras intercambiar los saludos

propios de cortesía, le informaron que iban bosque adentro, a una celebración. Luego lo invitaron y don Alonso accedió gustoso. Cuenta el cochero que él intentó prevenirlo, porque a todas luces aquellas eran unas mozas descarriadas pero, y aquí hizo énfasis para ganar credibilidad, todos saben como es don Alonso.

Dijo el cochero que por orden expresa del patrón permaneció ahí a la espera, que desenganchó a los caballos y los arrimó a un riachuelo donde pastaron y pasaron la noche, cuenta que él durmió bajo el carro para resguardarse del rocío, que a poco de dormirse tuvo un sueño interrumpido por los gritos lujuriosos que alcanzaban a escucharse, que eran tan sugerentes que estuvo tentado a ir a la orgía, pero que había oído sobre las epidemias de brujería que asolaban al reino y que entonces mejor rezó, primero por él, dijo con toda honestidad, pero luego también por don Alonso.

Cuenta el cochero que al despuntar el alba se adentró en el bosque para buscar a don Alonso. Dijo que lo encontró en medio de otros cuerpos, entre mujeres desnudas con los rostros y los senos pintarrajeados con señales que a su entender eran demoniacas, que como don Alonso estaba desvanecido tuvo que cargarlo trabajosamente hasta el carruaje, que enganchó los caballos y que regresó tan rápido como pudo a Compostela.

Don Alonso Vazquez de Seijas no despertó sino hasta que Spíndola entró en su habitación para darle las bendiciones que el caso requería, y desde ese momento no paró con las vociferaciones. Luego intento intimar con la servidumbre, o someterse de continuo a los oficios de Onan, por lo que se precisó amarrarlo a la cama. Así, atado como bestia, lo encontró Francisco, su padre ya era entonces un espíritu irreconocible, con una irrefrenable obsesión por el pecado. Y ya no hubo mejoría ni cambio alguno, hasta que luego de una semana don Alonso finalmente murió.

Fue el propio arzobispo don Agustín Spíndola quien ofició la misa de cuerpo presente, y luego pidió hablar con Francisco, que había pasado la convalecencia de su padre encerrado en una celda de catedral, en riguroso ayuno, rezando con inédita devoción y mortificando al cuerpo con singular severidad. Spíndola, piadoso, trató de instruirlo en la otra cara del pecado, en como el pecador contumaz se aproxima a la verdad por el otro lado, al igual que la serpiente que se come la cola, así, indagando un poco, mirando sin prejuicios, se puede ver a las orgías como una prueba de nostalgia por los comienzos; pues de algún modo durante la orgía se vuelve a la edad primigenia del paraíso sin tabúes ni reglas. Las orgías desenfrenadas, como cualquier otro pecado sin límite, en ocasiones es el último recurso de los viles, de los débiles, un recurso inverosímil donde esperan que la enormidad de los pecados obre el milagro de redimirlos: El truculento camino de los excesos para al final recibir la gracia del arrepentimiento⁹.

-Pero mi padre no se arrepintió nunca.

-Eso no lo sabemos, hijo, sabemos que no pudo decirlo.

-A usted vuestra excelencia, le queda claro que eso, el no arrepentimiento, es motivo de condenación.

-Lo único que me queda claro Francisco, es que los deudos, con fe verdadera y devoción infinita, pueden obrar milagros, pueden rescatar almas del purgatorio.

Luego el obispo, ya más realista, le dijo a Francisco que ciertamente sería difícil sacar a un alma así de pecadora del purgatorio.

-Difícil sí, y mucho, pero los límites de la fe y devoción están mucho más lejos de lo que nos imaginamos.

Entonces Francisco hizo promesas, rezos, y se infringió dolores inéditos para con ello intentar salvar al alma del padre.

Y a pesar de ten férrea convicción, poco a poco un dejo de duda fue calándole hondo. Francisco todas las noches del año siguiente soñó a su padre, ahora iba del brazo de una mujer que él conoce, que reconoce, es su madre, doña Mariana, quien lo conduce por el puente sobre las llamas del infierno. Es su esposa, Mariana, la que a la mitad del puente lo suelta, lo deja solo, y se regresa a morar en nuestro mundo.

Francisco de Aguiar y Seijas pasó cuarenta días en ayuno, rezando e infringiéndose castigo físico mientras tuvo fuerza, luego abandonó su retiro y se reintegró con inusual convicción a las actividades de la fe.

Y no acababa de acostumbrarse a estar fuera de su encierro cuando la Meiga lo increpó.

-Santo...santo ¿quieres tú también saber cómo es qué vuelvo locos a los hombres?

¹ Aunque de este viaje de peregrinación no se encontró evidencia documental, lo que lo ubica como meramente un aporte literario, es fácil suponer que un hombre como Seijas, devoto y propenso al castigo, realizara en algún momento de su vida este viaje que era entre los creyentes la prueba mayúscula del fervor por el Santo.

² Sophie Dobzhansky Coe, *La verdadera historia del chocolate*, Mexico, FCE, 1999, 396 pp., il. (Coleccion Tezontle).

³ Era el hijo menor del señor de Barrantes y Vistalegre, Don Rodrigo de Mendoza. Estudió la carrera eclesiástica en Salamanca, terminada la cual, y siendo un competente jurista, se marchó a Roma, donde sirvió doce años (1603-15) en la curia pontificia. De regreso a España, fue arcediano de Carrión de los Condes y canónigo de Palencia. Tras una nueva estancia en Roma como Procurador general de las Iglesias de las dos Castillas, regresó a Andalucía como arcediano de Écija y canónigo de Sevilla. Fue elegido obispo de Palencia en 1628, pasando a Burgos en 1631. Al estallar la guerra con Francia (1636) fue nombrado virrey y Capitán

General de Navarra, ocupando el puesto hasta 1640. Fue nombrado obispo de Sigüenza en 1640 y en 1645 tomo posesión del arzobispado de Santiago de Compostela.

www.archicompostela.org.

⁴ Véase la nota 1.

⁵ Toda la educación estaba a manos de la Iglesia. Llorca, Bernardino, R. García Villoslada y F.J. Montalbán, *Historia de la iglesia católica en sus cuatro grandes edades: antigua, media, nueva, moderna*, Tomo IV “La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII”, Madrid, [Católica], 1953-1963, (Biblioteca de autores cristianos, 54, 104, 199, 76; Sección. 5, historia y hagiografía).

José Manuel Gallegos Rocafull, *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los siglos de oro*, México, Stylo, 1946, 189 pp.

⁶ Que Aguiar y Seijas fuera descubierto por el propio rey de España e intercediera por él para que se le ordenara Sacerdote Canónigo Penitenciario en Santiago de Compostela es un dato incierto de los pocos que se consiguen sobre el que fuera arzobispo de México. Estos datos fueron publicados por el arzobispado de México en su página de Internet:

“Ordenado sacerdote, es nombrado canónigo penitenciario del templo catedralicio de Santiago. Es “descubierto” por el rey, debido a su formación teológica, moral y filosófica, y piensa que este hombre podría ayudar, como obispo, en las provincias de ultramar. Al llegar a la Nueva España, con destino a la diócesis de Michoacán, es consagrado por el Obispo de Puebla de los Ángeles. Pero muy pronto es ascendido para ocupar la sede arquiépiscopal de México. Llega, pues, a ésta precedido de una recia formación espiritual, quizás un poco rígida, pero nunca con algún defecto de personalidad. La fama del Arzobispo se fundaba, principalmente, en su gran caridad. Es “el gran limosnero” de la Arquidiócesis. Todo él era caridad y pobreza. Murió en la Ciudad de México el 14 de agosto de 1698. El Cabildo de México inmediatamente promovió la causa de beatificación, contando con el apoyo del Arzobispo, Francisco Lorenzana. El proceso se inició el 30 de diciembre de 1767, firmado por el Deán de la Catedral Metropolitana, Luis F. de Moya y Mier, y firmado también por altas personalidades de la Universidad de Salamanca, España.”

www.arzobispadomexico.org.mx

⁷ La novena completa puede encontrarse entre otras muchas publicaciones en el Devocionario Católico (Ediciones Parroquiales).

⁸ San Sebastián y San Roque fueron considerados como “abogados contra la peste”. José Deleito y Piñuela, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, 384 pp.

⁹ Mircea Eliade en su libro *Brujería, ocultismo y modas culturales* (*Op. Cit.* Nota 1), hace referencia a que durante las llamadas “epidemias de brujería en los siglos XVI y XVII, uno de los principales cargos de la inquisición contra ellas era el de las llamadas “orgías de brujas”. Sobre estas prácticas orgiásticas atribuidas a las brujas, el autor analiza que su objetivo era en realidad cosmogónico: el de evitar que una crisis cósmica o social (sequía, epidemia, fenómeno meteorológico, etc); asimismo, el autor las considera como una forma de reactualizar el momento primordial de la creación y, realizadas en tiempo sagrado, representan la vuelta a la edad primigenia. Véase la página 125.

OCHO

DE PECADO PUNCIÓN Y PENITENCIA

Llegó a la celda extenuado más que por las labores de la jornada por el prolongado ayuno de casi una semana, y no obstante la obediente penitencia observada durante el día, Francisco de Aguiar y Seijas habría de exigirse todavía más, porque aun siendo cierto que padeció, y no poco, de compunción y pena a lo largo de la mañana y de la tarde, aún le faltaba el dolor físico. El dolor que todo lo redime, el honesto e incomparable arrepentimiento que resultaba de castigar sin misericordia alguna a esa carne inocente, a ese cuerpo cuyo único pecado era el de albergar a un alma pusilánime.

No fue un día fácil, porque ya desde la madrugada, al terminar de rezar las laudes, el arzobispo le había insistido para que tomara con él el desayuno en el palacio, y no fue sencillo evadirse, menos porque prefería que no se enteraran de su ayuno, pues no quería argumentar el por qué estaba de nueva cuenta siendo tan riguroso con su cuerpo. Luego tuvo también que forcejear como siempre con los mendigos que en espera de caridad se agolpaban tras la portería y cuya voracidad, entre manotazos y maldiciones, ni tiempo le dieron para bendecir los panes. Luego, ya de regreso al oratorio le indicaron que recibió una misiva de su amigo Fray Joseph, una carta contrastante donde primero le aclaraban al recién nombrado obispo de Michoacán que para nada en las Indias había menos pecado que virtud, y que Méjico era algo así como la Sodoma del nuevo mundo donde se prodigaban los escándalos y la perdición, y en donde, por haber sido durante tanto tiempo imperio del Demonio, no pocos hombres de la iglesia caían, uno tras otro, en la codicia y el vicio¹. Y aunque en verdad es cierto que había también muchos hombres realmente

comprometidos con la fe, hombres esforzados que predicaban sin tregua, con ejemplo y sacrificio, no eran pocos los párrocos que terminaban por caer ya en la gula, en la fornicación o en la avaricia.

Casi al final de la misiva, y muy al estilo de Fray Joseph, venía una fraternal reprimenda, porque a su entender aquel temor de Aguiar a embarcarse era una clara y pueril señal de apego; apego no sólo a la amada rutina de Francisco en Santiago de Compostela donde apreciaba la cercanía con el santo y su sepulcro, sino también y peor aun, apego a una vida que, no lo debía olvidar nunca, no era suya sino de Dios, y para Dios. Y que por lo tanto él debería estar agradecido con el Altísimo por esta difícil prueba que le ponía delante. Por la inevitable oportunidad de superar la que sin duda era su última atadura, porque trascender este contratiempo significaría al fin lograr el desapego de la carne, que de entre todas las virtudes, es con mucho la mayor.

Quien nada tiene, a nada teme.

Después de leer la misiva y ya cercana el alba, Francisco de Aguiar fue al comedor por sus frugales viandas, aquel día se sirvieron alubias sin sal condimentadas con cenizas, y tras recibir la porción que le correspondía salió, como era su costumbre, para de nueva cuenta repartir el alimento entre los mendigos que, tenaces, esperaban tras el portón. De ahí, no sin antes rogar a Dios para que no se le apareciera en el camino mujer alguna, enfiló hacia el hospital de San Roque, donde por supuesto únicamente frecuentaba el pabellón de hombres. Ahí predicaba, confesaba, y procuraba consuelo a esos seres vencidos, degradados por la enfermedad irremediable, y entonces, cuando Francisco les besaba la frente, las manos, comprendía que si se humillaba ante ellos sin temor a los contagios, era porque fue

precisamente el humillarse ante los más humildes, lo que convirtió a Jesús en ejemplo de los hombres.

Luego al regresar a catedral, y tras más oraciones y rezos, una escapada furtiva; ir un momento a su celda mientras se servía la comida también negada a su ayuno, recostarse un instante en el apolillado camastro de tablones de madera y cerrar los ojos por un momento, descansar un poco pese a las polillas que le revoloteaban en la cara, para luego afrontar con entereza las labores de la tarde. Aquella vez sin embargo el cansancio logró vencerlo, se durmió y soñó que estaba ya embarcado, navegando a barlovento en una carabela con rumbo a las Indias. En el sueño iba sin la sotana, apenas cubierto por el ropón y amarrado de la cintura al borde de los perfiles de cubierta, mareado, embarrado en su vómito y reconfortado a medias por una brisa salina que le enredaba el pelo ralo. Y aunque en el sueño era apenas el tercer día de navegación sobre las embravecidas aguas del Océano, Aguiar ya estaba devastado, tres días y ningún viso de resurrección, hasta que sus ojos hinchados por la presión de las arcadas miraron a lo lejos un navío que gobernaba con majestad al mar y al viento, una nave imposible guiada por ángeles del averno donde tras el timón venía el pirata Morgan, con la vista fija en él y la espada ya desenvainada, lista para decapitarlo, para que finalmente Francisco de Aguiar y Seijas terminara sus días como el apóstol Santiago, o casi igual, pues uno fue perdiendo la cabeza como logró la cima de su martirio y el otro perdiendo la cabeza lograría terminarlo.

Tan sutil la diferencia, y sin embargo el uno se fue al cielo, y el otro habrá de ir a pudrirse hasta el infierno.

Despertó poco tiempo después, empapado de sudor y abrumado por el ensordecedor escándalo de las campanadas. De inmediato salió corriendo de su celda, con tiempo apenas

para llegar al pórtico de la Gloria, para ocupar su sitio en la penumbra del confesionario, donde buena parte de la tarde escucharía el desfile de pecadores enumerando culpas, sinceramente preocupado cuando el confesante era un hombre débil, profundamente irritado cuando era una mujer perversa. Así se le escapó la tarde, pasando con frenesí las cuentas del rosario, escuchado tras la tímida muralla de madera toda clase de aberraciones, y tras recorrer con apenas unos cuantos fieles confesados el *Malleus Maleficarum*² de la perdición, se santiguó con hartancia.

Mientras confesaba a los fieles, Francisco de Aguiar, había juzgado pertinente castigar esa noche con especial severidad el profundo desánimo que lo asistía desde unos días atrás. Ese desánimo perenne que no sólo lo hacía ser tibio a la hora de administrar reprimendas a los fieles, sino que además lo llenaba de congoja ante los deberes que le deparaba el destino. Era un desánimo enorme que agobiaba su voluntad desde el amanecer aquél en que el obispo le extendió la misiva, lacrada, de su condenación.

Le urgía encerrarse ya en su celda, pero la noche aún estaba lejos, y antes, tendría que pasear de nueva cuenta su desánimo por las calles terrosas de la ciudad, pocas calles, por suerte, hasta llegar al Colegio de Fonseca, donde impartiría su cátedra de Doctrina Moral ante unos discípulos que habían caído en los colegios de la iglesia sin interés verdadero en el credo, vueltos a predicadores sólo porque la crisis del reino no les dejaba otra opción; le crisis les había cerrado todas las puertas de la esperanza, y entonces la institución eclesiástica les garantizaba al menos techo y sustento, a más claro, de la formación religiosa que para ser honestos es lo que menos les importaba.

Como quiera, al salir de la catedral rumbo al Colegio, agradeció que continuara esa llovizna tímida que sin embargo bastó para empapararlo de nuevo, agradeció que fuera septiembre y

cayera lluvia, pues el agua pese a la molestia de los charcos, resbalones y las ropas empapadas, reducía siempre el número de paseantes con los que se toparía en las calles, y sobre todo reducía la cantidad de mujeres que habrían de irritarlo con la provocación de su sola presencia; porque a la ira de Francisco de Aguiar le bastaba con que fueran mujeres, sin importar si eran cínicas o recatadas, pues todas, siendo hembras eran de suyo impías, falsas, impuras, tentadoras.

Mujeres, puertas del infierno que se abren en todas partes.

Para su suerte llegó hasta las escalinatas de Fonseca sin topar con mujer alguna, pero en el mismo pórtico le tocó presenciar otra señal, otra evidencia del maligno que de un tiempo a la fecha se prodigaba en testimoniar su presencia; en las escaleras del Colegio una jauría de perros sitiaban, locos de hambruna, a un cerdo de regular tamaño que se defendía con la enjundia propia de quien en ello le va la vida, y entre chillidos ladridos y mordiscos, aquella carnicería, ayudada por la lluvia, inauguró en las escaleras una cascada de sangre que sin lugar a dudas era otra señal de la saña del maligno.

Francisco de Aguiar se persignó, oró, y gritó pidiendo ayuda para terminar con esa escena, que finalmente se vino a resolver cuando el cerdo con la piel rosada hecha jirones logró abrir un boquete entre el cerco de perros y salió corriendo, chillando malherido por un daño que habría de dejarlo muerto unos metros adelante. Los perros sobrevivientes, ya sanos o mal heridos, dieron pronta cuenta tanto del cerdo como de los perros muertos, y gracias a lo pertinaz que son la lluvia y a la hambruna, de todo aquel alboroto en un suspiro no quedó nada más que un lago escarlata sobre la tierra encharcada, en la escalinata de piedra.

Y Francisco, ante esa imagen brutal de dolor y sangre, entrevió o quiso entrever otra señal de su fatalidad, y entonces se pensó él como el cerdo, e imaginó a los perros como los demonios que, lo temía, tarde o temprano vendrían a dar cuenta de él.

Luego Aguiar apresuró su clase sin mucha convicción, y cuando la última luz de la tarde menguaba, salió corriendo rumbo al palacio. Y claro, como siempre antes de llegar observó desde lejos a la Meiga, esa silueta altanera que lo aguardaba con la boca llena de mortificaciones, y con el tono de lamento que empleaba para dirigirse a él, lo increpó.

-Si todos han caído, Francisco, es porque la tentación es enorme.

Por eso es que ya en la serenidad de su celda, en la noche de la claridad y de la culpa, Aguiar y Seijas se sorprendió en pecado de cobardía; deseando la muerte, suya, pronta, salvadora, para así no tener que cumplir con su nueva encomienda, para no tener que embarcarse hacia las Indias, a sembrar la palabra de Dios en los confines de la cristiandad.

Fue hasta entonces que Francisco sintió vergüenza de su miedo, y para reconfortarse atrajo a su mente la imagen del Santiago el Grande, del apóstol mártir, del fiel inamovible decapitado ante una turba de insensatos. Imagino la cabeza del Santo cercenada e incorpórea cayendo lentamente de bruces sobre la tierra seca, rodando luego unas cuantas varas para terminar con la cara boca arriba, empolvada, con los ojos abiertos y granulados mirando el límpido cielo de primavera palestina. Quizá Santiago en ese momento aun se entretenía persiguiendo con la vista el rastro de su alma, quizá lo que hacía era no acabar de comprender del todo por qué el gran Dios permitía semejante saña y castigo contra quienes, como él, le habían servido con tanta devoción.

Secretos los designios.

Aguiar regresó arrepentido de su ensoñación, de poner en la cabeza del santo el reclamo por sus temores, y por ello claro, ahora, en el anonimato de su celda, estaba ansioso por provocarse un buen castigo. Con una lógica demente se fue adentrando en la plenitud de la noche y de sus dudas. Se despojó con prisa de las ropas empapadas; la capa que todavía escurría, el jubón amarillento, manchado de sangre y otros humores menos redentores, convertido en el elocuente sudario de su martirio. Tomó las disciplinas con firmeza y después sin más preámbulos se propinó un golpe auténtico, feroz, otro. Los trozos de plata se estrellaban una y otra vez sobre la superficie curtida de su espalda sin que para ello mediara oración alguna, pues ahora no rogaba por su alma, ni por su salvación, ni por el perdón. En un arrebato de honestidad consigo mismo se golpeó repetidas veces tan sólo porque el dolor lo seducía.

Tarde vino a comprenderlo, disfrutar del dolor había sido el verdadero pecado en su vida, y nunca estuvo lejos de él. El Mal que lo rondaba no era el Satán bufonesco tentándolo desde la voluptuosidad de las mujeres, sino un mal ingenioso y verdadero se agazapaba dentro de su mente, en el altar pagano donde desde niño le rendía culto al dolor.

Si el dolor es el pecado, entonces es mentira que la santidad se encuentra pecando hasta los confines del martirio.

Mientras Francisco de Aguiar y Seijas aumentaba furioso la severidad de su castigo, iba al mismo tiempo enumerando los pasos del dolor: porque su espalda dañada comenzaba a sufrir y estremecerse mucho antes del impacto, desde que se tensaban los músculos del pectoral por el movimiento de un brazo rencoroso, o incluso quizá desde antes, desde que su mente ordenaba el muñequero ágil que precedía a las cuerdas silbando contra el aire.

Luego por fin se escuchaba un golpe seco, una superficie de metal rugoso queriendo penetrar la piel fibrosa, curtida en el suplicio.

Nada seduce más que provocar dolor.

Tuvieron que transcurrir cincuenta y seis azotes para que Francisco cayera más que dolorido exhausto, más que arrepentido decepcionado, y por entretenerse para estirar los brazos con la intención de continuar con el castigo, estuvo lejos de notar los riachuelos tibios y escarlatas que escurrían en su espalda, que encharcaban el suelo. Pero en cambio, lo que sí le llamó la atención fue un flujo tenue, discreto, transparente, una baba de condena y perdición que bailaba oscilante colgándole del pene.

Noche de dudas, otra, y sin embargo ya afuera esta el alba, el canto del gallo y una lluvia pertinaz. Afuera la Meiga que satisfecha de la noche y de su obra, se confundía en la negrura. Dentro en cambio la peculiar eucaristía de sangre a simiente. Afuera la lluvia y la Meiga, adentro el dolor y la culpa, en todas partes el tiempo que se cumple.

En la celda oscura estaba a punto de iniciarse la comunión del dolor y el placer. El dolor del placer, el placer por el dolor.

Entonces, excedido de martirio Francisco de Aguiar y Seijas se recostó de nueva cuenta en las baldosas heladas, con los músculos cansados por dar y recibir azotes, ya sin asomo de redención ni de entusiasmo, apenas con decenas de hilos de sangre que le atigraban la piel, y por fin después de tanto algunas señales de un sutil arrepentimiento que coronaba el inicio de un rezo entre sus labios. Unas tímidas ganas de arrepentirse.

Se quedó solo con aquel dolor de probada inutilidad, y con esa erección que no menguaba.

Padre nuestro.

Luego sin poder evitarlo le vino a la memoria el brillante medallón que portaba siempre la Meiga, que frotaba incesante con sus dedos largos. Aguiar pensó en la serpiente devorando pertinaz su cola. Ese medallón de sabiduría ancestral y pagana que representaba a los ciclos del eterno retorno, y que sin saber por qué, para Francisco había evidenciado lo que iba a ser la inutilidad de una vida como la suya, dedicada con irracional fervor tanto a los menesteres la renunciación y a la fe, como a los de la tentación y el martirio.

Hágase tu voluntad.

Después, recostado ahora sobre la humedad pegajosa de su sangre, hundido en todo el dolor que le había sido posible inflingirse, humillado en la soberbia de quien obviando sus limitaciones aspira a lo supremo, supo que de nada valieron los muchos logros de su trayectoria en la Iglesia y en la vida casta, si a pesar de sus esfuerzos estaba al final de su vida tan lejos de la santidad como lo estuvo al principio de su existencia.

Líbranos de todo mal.

Y en estos momentos de capitulación y duda. Le quedaba claro que de bien poco sirvió que hubiera renunciado honestamente, una y otra vez, a las virtudes con las que se lograban los ascensos en el mundo de los hombres, y que en cambio se hubiera abocado con firmeza a acumular las virtudes requeridas para alcanzar alturas divinas. Pues a pesar de sus denodados esfuerzos, los hombres insistían en premiarlo como si vieran en él a alguien a punto de flaquear. Era por eso que no sólo le ponían delante codiciados nombramientos, sino que además lo obligaban a aceptarlos. La Iglesia lo abrumaba con recompensas pueriles con las que intentaron sumirlo en las vanas tentaciones del mundo.

En la Tierra como en el Cielo.

Y en ese trance de dolor le vinieron también a la mente primero las palabras condenatorias de la Meiga: *Le falta dolor a tu culpa, Francisco*. Y luego, ahí, en la derrota de su celda, en el derrumbe de su vida, en la caída de su fe; Francisco de Aguiar y Seijas, canónigo penitenciario de la catedral de Santiago de Compostela, y flamante obispo de Michoacán, desde el clímax de su altísima e inagotable soberbia, acuñó o recordó o pensó una frase certera que encerraba la totalidad de sus flaquezas:

-Yo soy el camino; el dolor de la vida.

Y luego claro, fue preciso azotarse nuevamente hasta despellejar la espalda, y además apretar con desmesura las correas de los cilicios que se perdieron carne adentro. Tan honesto y grande fue el dolor que entonces la paz de madrugada se rompió, pues el canónigo berreó y aulló y gritó, y no fue sino hasta vislumbrar el otro lado del dolor, que por fin a Francisco se le reveló la naturaleza de los misterios de la Virgen; esos que se cumplen y se repiten, una y otra vez, para luego de nuevo comenzar.

Extenuado en la derrota de su pena, Francisco lo supo: el dolor es la verdad, lo demás, apenas un tímido acto de fe.

Y sumido para siempre en la dinámica de un sufrimiento sin precedentes, de un dolor implacable, creyó o pensó o quiso pensar y creer y sentir que, si bien todavía muy lejos del final, al menos estaba ya en el camino correcto, que por fin había logrado ponerle a su vida rumbo; porque el martirio ilimitado es el único camino que conduce a la santidad.

Y entonces, justo al cantar el gallo, Francisco de Aguiar y Seijas retomó con severidad las oraciones.

En verdad te digo, que el frugal alimento del alma es la fe.

Amen.

Polanco, febrero de 2007

¹ Es difícil precisar de quién recibía Aguiar noticias de México, ¿Acaso del cronista Joseph Acosta? Lo cierto es que las noticias del nuevo mundo alentaban la vocación de Aguiar.

² Pieza maestra de la literatura demonológica. Conoció treinta y cuatro ediciones entre 1486 y 1700. José Deleito y Piñuela, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, 384 pp.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar M., Íñigo y Salvador Martínez Ávila, Libro para la formación litúrgica de los monaguillos, México, Arquidiócesis de México- Acción Católica de Adolescentes y Niños, 2003, 100 p.

Aldea Vaquero, Quintín (dir.), Tomás Marín Martínez y José Vives Gatell, Diccionario de historia eclesiástica de España, 4 vols., Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1972.

Ariès, Philippe, El Niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen, México, Taurus, 1973

Bango Torviso, Isidro G., El Camino de Santiago, Madrid, Espasa-Calpe, 1993, 367 p., il. (Espasa grandes obras. Arte).

E. Barriobery y Herrán, Los delitos sexuales en las viejas leyes españolas (Madrid, 1930)

Benitez, Fernando, Los Demonios del convento, México, Era, 2003

Benitez Fernando, Los Demonios en el convento, México, Era, 1985.

Bottineau, Yves, El camino de Santiago, Barcelona, AYMA, 1965, 228 p., il. (Coleccion Sumer Etapas y costumbres de la humanidad)

Butler, Alban, Vidas de los padres, mártires, y otros principales santos: deducidas de monumentos originales, y de otras memorias auténticas ilustraciones con notas de historiadores y críticos juiciosos, y modernos: corregida y aumentada por manuscritos del mismo autor, 12 vols., traducción al castellano de Joseph Alonso Ortiz, Valladolid, Viuda é hijos de Santander, 1789-91.

Cabeza de León, Salvador, Historia de la Universidad de Santiago de Compostela, 2 vols., materiales acopiados y transcritos por Salvador Cabeza de León, ordenados, completados y redactados por Enrique Fernández-Villamil, prólogo de Paulino Pedret Casado, Santiago de Compostela, Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946-1947, il.

Cacciatore, José, Enciclopedia del sacerdocio, adaptación y versión española por el Tomás Teresa León, Madrid, Taurus, 1957, 379 p.

Cambell Joseph, El héroe de las mil caras, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Cardini, Franco et al., Universidades de Europa: raíces culturales del viejo mundo, traducción de Ana Ma. Márquez, Milán, Anaya-Sociedad Estatal para la Ejecución de Programas del Quinto Centenario, 1991, 237 p., il.

Caro Baroja, Julio, España primitiva y romana, Ilustraciones seleccionadas y clasificadas por Pedro Batlle Huguet y Julio Caro Baroja, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1957, 373 p.

Caro Baroja, Julio, Inquisición brujería y criptojudaismo, Barcelona, Ariel, [1972], 315 p. (Ariel quincenal, 37).

Caucci von Saucken, Paolo (dir.), Robert Plötz et al., Santiago: la Europa del peregrinaje, traducción de Eleonore Merckens, Barcelona, Lunweg editores, 1993, 411 p., il.

Caucci von Saucken, Paolo (dir.), El mundo de las peregrinaciones: Roma, Santiago, Jerusalén, textos de Fernando López Alsina et al., Barcelona, Lunweg editores, 1999, 384 p., il.

Chinchilla, Perla, De la Compositio Loci a La Republica de las letras, México, El Mundo sobre papel, 2004

Chinchilla, Perla, Historia e Interdisciplinariedad (compiladora), México, UIA, 1994

Chocheyras, Jacques, Ensayo histórico sobre Santiago en Compostela, Barcelona, Gedisa, 1999, 217 p. (Econobook. Historia)

Coe, Sophie Dobzhansky, La verdadera historia del chocolate, México, FCE, 1999, 396pp., il. (Colección Tezontle).

Contreras, Jaime, El santo Oficio de la Inquisición en Galicia, 1560-1700: poder, sociedad y cultura, Madrid, Akal, c1982, 706 p., il. (Akal universitaria. Serie historia moderna ;34)

Cortés, Jerónimo, El non plus ultra del lunario y pronostico perpetuo general y particular para cada reyno y provincia, ahora de nuevo visto y corregido conforme al índice último expurgatorio de la Santa Inquisición por el padre Geronimo Vidal, Barcelona, Antonio Lacavalle, 1670, 215 p.

Croisset, Jean, Año cristiano, o, ejercicios devotos para todos los días del año, 12 vols., traducido al castellano por José Francisco de Isla, adicionado con las vidas de los santos y festividades que celebra la iglesia de España, que escribieron Pedro Centeno y Juan de Rojas, Barcelona, Religiosa, 1882.

De Certau, Michel, La Escritura de La Historia México, UIA, 1993

Deleito y Piñuela, José, La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, 384 p.

Deleito y Piñuela, José, La mala vida en la España de Felipe IV, prólogo de Gregorio Marañón, Madrid, Espasa-Calpe, 1948, XI, 251 p.

Dozy, Reinhart Pieter Anne, Historia de los musulmanes de España, traducción del francés y notas de Federico de Castro, revisada por Eusebio de Gorbea, Buenos Aires, Emecé, [1946]. (Biblioteca Emecé de obras universales; 10. Historia y arqueología).

B. Ehrenreich y D. English, Brujas, comadronas y enfermeras. Historia de las sanadoras (Barcelona, 1981; ed. orig. 1973)

Eliade, Mircea, Brujería, ocultismo y modas culturales, Barcelona-México, Paidós Ibérica, 1997, 161pp. (Paidós orientalia).

Elias, Norbert, La sociedad Cortesana, México, FCE 1996

Elias, Norbert, El Proceso Civilizatorio, México, FCE 2001

España turística, Guías Afrodísio Aguado, 9ª ed., España, 1973, 1146 p

Europa románica, 8. Caminantes y caminos: las rutas hacia Santiago de Compostela, texto de Raymond Oursel, fotografía de Zodiaque y F. Outtier, traducción de Victoria Bastos, Madrid, Encuentro, 1984, 417 p., il. (Arte, 18).

Gacto Fernández, Enrique, El derecho histórico de los pueblos de España: temas y textos para un curso de historia del derecho, Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, 1994. 8ª ed., 732 pp.

Gallegos Rocafull, José Manuel, El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los siglos de oro, México, Stylo, 1946, 189 p.

Glasson, Ernest Désiré, *Le Mariage civil et le divorce dans les principaux pays de l'Europe : étude de législation comparée précédée d'un aperçu sur les origines du droit civil moderne*, Paris, G. Pedone-Lauriel, 1880, CXLI, 273 p.

Gittings, Robert, *La Naturaleza de la Biografía*, México, Divulgación, 1997

Haliczer, Stephen, *Sexuality in the confessional: a sacrament profaned*, New York, Oxford University, 1996, 267 p.

Kino, Eusebio Francisco, S.I., *Exposición astronómica de el cometa que el año de 1680, por los meses de noviembre, y diciembre, y este año de 1681, por los meses de enero y febrero, se ha visto en todo el mundo, y le ha observado en la ciudad de Cadiz*, México, Francisco Rodríguez Lupercio, 1681, 28 h., il.

Kuhn, Thomas. S, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971

Lacarta, Manuel, *Diccionario del siglo de oro*, Madrid, Alderaban, 1996, 436 p. (Colección DIDO diccionarios)

Lázaro Damas, María Soledad, “Una iconografía de frontera: Santiago Matamoros en el privilegio de Pegalajar”, *Sumuntán: Revista de Estudios sobre Sierra Mágina*, Vol. 15 (2001), Colectivo de Investigadores de Sierra Mágina.

Le Goff, Jaques, *The Birth of Purgatory*. EUA, University of Chicago, 1984.

Lisón Tolosana, Carmelo, *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia: antropología cultural de Galicia 2*, 3ª ed., Madrid, Akal, 1987, 453 p., il. (Akal universitaria, 54; Antropología).

López de Bonilla, Gabriel, *Discurso, y relación cosmetographia del repentino aborto de los astros, que sucedió del cometa que apareció en diciembre de 1653, México, Vda. de Barnardo Calderón, [1654], 12 h., il.*

Los Delitos sexuales en las viejas leyes españolas, recopilación, prólogo, notas y glosario por Eduardo Barriobero y Herrán, Madrid, [s.e.], 1930, [Imp. Galo Saez], 203 p. (Colección Quevedo).

Llorca, Bernardino, R. García Villoslada y F.J. Montalbán, *Historia de la iglesia católica en sus cuatro grandes edades: antigua, media, nueva, moderna, 4 vols., Madrid, [Católica], 1953-1963, [v. 1, 1960] (Biblioteca de autores cristianos, 54, 104, 199, 76; Sección. 5, historia y hagiografía).*

Martín Hernández, Francisco, *La formación clerical en los colegios universitarios españoles (1371-1563), Madrid, Eset, 1961, 285 p.*

Menéndez Pidal, Ramón (dir.), *Historia de España, Madrid, Espasa-Calpe 1954-1999.*

Muchembled Robert, *Historia del diablo, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.*

Muchenbled, Robert, *Historia del Diablo Siglos XII-XX, México, FCE, 2002*

Muñoz García, Juan Francisco, *El matrimonio, misterio y signo: siglos XVII y XVIII, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, c1982, 553 p. (Colección Canónica de la Universidad de Navarra).*

Otero Túnez R y Izquierdo Perrin, R.: *El coro del Maestro Mateo, La Coruña, España: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1990, 207pp.*

Pagels, Elaine; *The origin of Satan, New Cork, Vintage Books 1995*

Pollock Linda A., Los niños olvidados, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Pouget, François-Aimé, Instrucciones generales en forma de catecismo: en las quales, por la Sagrada Escritura y la tradición, se explican en compendio la historia y los dogmas de la religión, la moral christiana, los sacramentos, la oración, las ceremonias y usos de la Iglesia, 3 vols., traducción de Francisco Antonio de Escartín y Carrera, Madrid, Imprenta Real, 1785

Robbins, Rossell Hope, The encyclopedia of witchcraft and demon logy, London, Peter Nevill, 1963, [c1959], 571 p., il.

Rodríguez-San Pedro Bezares, Luis E. y José Luis Sánchez Lora, Los siglos XVI-XVII: cultura y vida cotidiana, Madrid, Síntesis, [2000].

Romaniuk, Casimir, “La transmisión del sacerdocio y la jerarquía en los hechos de los apóstoles y en las cartas de San Pablo, en Il sacerdozio del Nuovo Testamento. Esesesi e Tradizione, traducción la Hermana María de las Virtudes, SSVM, Convento de Contemplativas, Pontina, Italia de Bologna, 1976, pp. 213-226

Rubial Antonio, La Nueva España, México, Tercer Milenio, 1999.

Rubial Antonio, Los Libros del deseo, México, Grijalbo, 2004.

Salvador y Conde, José, El libro de la peregrinación a Santiago de Compostela, Madrid, Guadarrama, 1971, 457 p., il. (Colección Universitaria de bolsillo; Punto Omega, 122).

Serna Enrique, Ángeles del abismo, México, Joaquín Mortiz 2004.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, Libra astronomica y philosophica en que D. Carlos de Sigüenza yGongora... examina no solo lo que à su Manifiesto Philosophico contra los

cometas opuso el R.P. Eusebio Francisco Kino... sino lo que el mismo R.P. opinó y pretendió aver demostrado en su Exposición Astronómica del cometa del año de 1681, sacada a la luz D. Sebastian de Guzman y Cordova, México, Vda. de Bernardo Calderón, 1690, 177 p., il.

Stone, Lawrence Joseph, Broken lives: separation and divorce in England, 1660-1857, [Oxford], Oxford University, 1993, XVIII, 355 p.

Swedenborg Emanuel, Del Cielo y del Infierno, Madrid, Siruela, 2000.

Trabulse, Elías, Archipiélagos siderales: eclipses y astronomía en la historia de México, México, SCT-Grupo Azabache, 1991, 176 p., il. (algunas col, 33):

Trabulse, Elías, Ciencia y religión en el siglo XVII, México, Colmex, 1974, VII, 286 p. (Centro de Estudios Históricos; Nueva serie, 18).

Trevor-Roper, H. R., Religión, reforma y cambio social y otros ensayos, traducción de Estrella Oliván y Joaquín Vidal, Barcelona, Argos Vergara, 1985, 232 p. (Colección En Línea).

Vicens Vives, J. (dir.), Historia social y económica de España y América, Vol. 3 "Los Austrias imperio español en América", 586 pp., Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1982, 5 vols., il. (Libros Vicens bolsillo).

Vidas de los santos de Butler, 4 vols., traducida y adaptada al español por Wifredo Guines de la segunda edición inglesa revisada por Herbert Thurston y Donald Attwater, publicada por C.I. John E. Clute, México, 1965, 738 p.

Vidal Manzanares, César, Diccionario histórico del cristianismo, Estella, Navarra, Verbo divino, 1999.

Vila Jato, María Dolores (coord.), O patrimonio histórico da Universidade de Santiago de Compostela, 2 vols., Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela-Parlamento de Galicia, 1996.

Vilar, Pierre, Historia de España, traducción de Manuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria, Barcelona. RBA, 2004, 184pp. (Biblioteca historia de España).

Villari, Rosario et al, El Hombre Barroco, Madrid, Alianza Editorial, 1991

White, Hyden, El Contenido de la forma, México, Paidós Básica, 1992

White, Hyden, Metahistoria, México, FCE 2001

Yzquierdo Perrín, Ramón, Santiago de Compostela en la Edad Media, España, Edilupa, 2002, 123 p., il.

SITIOS EN INTERNET:

www.archicompostela.org: página en internet de la Arquidiócesis de Santiago de Compostela.

www.asantiago.com: imágenes de los monumentos existentes en el camino francés de peregrinación hacia Santiago de Compostela.

www.artehistoria.com: Recurso electrónico de monografías históricas.

www.arzobispadomexico.org.mx: página de internet del Arzobispado de México.